

SOFÍA TARTILAN.

PÁGINAS

PARA LA

EDUCACION POPULAR.

MADRID

ADMINISTRACION: CALLE DEL OLIVO, 6 Y 8

Librería de Anllo y Rodriguez.

1877.

SP - 2734

S.P.-2734

2309



50000306698

S.P. 2734

2309
8-8-

2309

SOFÍA TARTILAN.

PÁGINAS

PARA LA

EDUCACION POPULAR.

*Al Ateneo
Palentino.*

La autora

MADRID:

IMPRENTA DE ENRIQUE VICENTE.

Cuesta de Santo Domingo, núm. 20.

1877.

D> 306698

SOFIA PARTILANI

PAGINAS

EDUCACION POPULAR

MADRID

IMPRIMERIA DE CALIXTO VIGIL

Calle de San Diego, núm. 20

1877

INTRODUCCION.

La verdadera division humana es esta: los luminosos y los tenebrosos. Disminuir el número de los segundos, aumentar el de los primeros, tal es el grande objeto. Por eso gritamos: ¡Enseñanza! ¡Ciencia! — Aprender a leer es encender el fuego; toda silaba de- letreada brilla.

(VICTOR HUGO.)

En medio de los grandes problemas políticos, filosóficos y sociales que en las esferas especulativas agitan el entendimiento de la presente generacion, destaca en primer término, reclamando imperiosamente prontas y rápidas soluciones, uno que, á nuestro entender, supera á todos en importancia y trascendencia, y del cual no es posible prescindir ni siquiera momentáneamente, si de buena fé se aspira á que la sociedad recobre su perdido asiento, mejorando la condicion moral y material de las muchedumbres, al gobernar los pueblos con los sistemas y doctrinas que más conformes se hallan con la naturaleza humana y la razon filosófica de nuestros tiempos: la educacion popular. Este es el gran problema de nuestros dias. De sobra sabemos que por alguien se nos objetará que el problema de la emancipacion material del

cuarto estado, el problema del proletariado, como otros dicen, es de más urgente resolución, por los gravísimos peligros que entraña; por las terribles consecuencias que en la actualidad produce; por las pavorosas sombras que acumula en los horizontes del porvenir, perturbando de continuo el presente, y siendo perpétua amenaza de todo lo que se funda en beneficio y provecho de las otras clases sociales.

Precisamente este es un argumento, quizá el más poderoso en pró de nuestra afirmación. Que las clases productoras, que las clases obreras no pueden soportar por más tiempo la miserable vida que arrastran; que sus necesidades son superiores á los medios de subsistencia que poseen; que las revoluciones meramente políticas porque vamos pasando como en alas del torbellino, más bien vienen á agravar que á mejorar, materialmente hablando, la condición de esas clases; que la práctica de la libertad y el conocimiento de los derechos naturales sirven más para irritar el ánimo del hombre que para satisfacer y deleitar su espíritu cuando la justicia no se ha elevado á dogma, y las necesidades materiales no están satisfechas con la equidad relativa que debe existir en toda sociedad medianamente organizada, verdades son por nosotros aceptadas, y puntos por consiguiente fuera de discusión. Que, partiendo de estas afirmaciones, urge la pronta, la inmediata solución del problema que entraña la extinción de la miseria, cosa es que no hemos

puesto nunca en duda; antes al contrario, la hemos proclamado más de una vez con la sinceridad y energía que siempre prestan las convicciones profundas y arraigadas; pero á la extincion de la miseria debe preceder, debe ayudar eficazisimamente la extincion de la ignorancia, origen y fundamento de todos los errores, de todos los fanatismos, de todos los crímenes, de todas las tiranías que pesan sobre la tierra y manchan la conciencia humana. Y no sólo asentamos que la extincion de la ignorancia debe preceder á la de la miseria, sino que consideramos ésta completamente imposible sin la realizacion de aquella, porque mal podrán ejercitar sus derechos y cumplir sus deberes en un estado social que haya resuelto el problema de la miseria, con arreglo á la justicia, aquellos pueblos ó individuos que no posean la instruccion é ilustracion necesarias para comprender y amar las altas definiciones de esa misma justicia; ciencia la más difícil de la tierra, segun afirma Quintiliano.

Los pensadores, los hombres de Estado, los legisladores que logren resolver en su sentido más humano el problema de la ignorancia, podrán gloriarse de haber echado los cimientos del gran edificio de la regeneracion social. La ignorancia es madre de la esclavitud, y los pueblos esclavos no pueden ser felices; del mismo modo que la tiranía no cabe, no puede haber en aquellos pueblos que, cultos y civilizados hasta el extremo de tener la conciencia de su deber, estando po-

seidos de la grandeza de su mision, buscan en los eternos é inmutables principios de la justicia los medios necesarios á su mejoramiento material, siempre con relacion á sus necesidades físicas, mientras el espiritu se cierne satisfecho en las puras regiones del sentimiento y de la poesia, sin que la fuerza ni la violencia intenten nunca ocupar el lugar que de hecho y de derecho pertenece á las leyes que dictó la experiencia, la razon del momento histórico en que se aplican, y principalmente el sentimiento unánime de los que por ellas han de ser regidos.

La educacion popular, la instruccion de las multitudes, la ilustracion del mayor número, es la primera y más esencial obligacion de los gobiernos (1) en los momentos actuales, si tienen la conciencia de su mision y aspiran á fundar algo estable en nuestras vagas instituciones políticas; si desean, como es lógico, aunque no sea mas que por instinto de conservacion, que la paz sea un hecho y el orden público por algo esté garantido más que por las puntas de las bayonetas; si ambicionan la gloria de dar el primer impulso á sus goberuados hácia la regeneracion moral y material que se anuncia en los horizontes de la ciencia, y que de una ó de otra manera, ya por los medios pacíficos, ya

(1) Imponemos á los gobiernos esta obligacion, porque no creemos que todavía puedan dejarse á la iniciativa individual ciertos derechos que en justicia le pertenecen.

por los violentos, habrá de realizarse ostensiblemente como esos hechos fatales que ordenan las leyes de la física en los cuerpos á su imperio sometidos.

En esta pobre tierra de España, tan digna de mejor suerte, la educacion popular se encuentra en un estado tan lastimoso como inconcebible.

No apelamos á la estadística, en apoyo de nuestro aserto, por no contristar el ánimo del lector, por la vergüenza que, como españoles, nos causa nuestro estado, y porque todo el mundo tiene la conciencia de estas verdades. Pero tal estado no puede continuar por más tiempo, y tambien esta resolucion, ó por mejor decir, esta necesidad, está en la conciencia de todos los que en uno ú otro sentido muestran el filantrópico deseo de instruir é ilustrar al pueblo.

En esta empresa nobilísima de educar al pueblo se destaca en primer término la necesidad de educar á la mujer, modificando esencialmente su modo de ser en la esfera de la moral. «Las leyes—dice Rousseau—que siempre se ocupan en las cosas y casi nunca en las personas, porque su objeto es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad á las madres aunque sea su estado más cierto que el de los padres, más penosas sus obligaciones, más importantes sus afanes para el buen orden de las familias, y en general mayor el cariño que á sus hijos tienen.» La mujer, redimida por el cristianismo, arrancada por la caridad y la civilizacion de la abyeccion en que la tenia sumida

el bárbaro paganismo de las viejas sociedades, no ha llegado todavía, sin embargo, á ocupar el puesto que de derecho le corresponde en el concierto humano, dada la capital influencia que ejerce en la familia, eje sobre el cual giran todos los organismos sociales y base de la moral y de las costumbres en todos los tiempos y muy particularmente en los actuales.

Conformes con el autor del *Pacto social* en que la mujer es la que debe educar sus hijos, urge inmediatamente la necesidad de educar antes á la mujer de manera distinta á como hoy se la educa, para ponerla en condiciones ventajosas de llenar con provecho tan augusta y santa misión. La educación superficial, y en ocasiones hasta peligrosa que, por punto general, recibe la mujer en nuestros tiempos, no solo no la permite educar á sus hijos del modo y forma que deben ser educados para que sean en lo futuro ciudadanos dignos de un pueblo libre y honrado, sino que ni siquiera las deja aptas para llenar medianamente los respetables deberes de la esposa. En el curso de estas páginas trátase de esta cuestión con el detenimiento que merece.

Además de la educación de la mujer, para que ésta lleve con holgura la misión indicada, hay necesidad, pero necesidad imperiosa en nuestro actual estado social, de que el Gobierno se ocupe de la educación de esos pobres niños abandonados que, entre las garras de la miseria, nos salen al paso siempre que transita-

mos por los barrios apartados de todas las ciudades populosas. Inútil será pretender educar á esas criaturas cuando han traspasado los linderos de la infancia en semejante situacion; porque aunque en los primeros años de la vida, en el primer período de la infancia la criatura

Vivit, et est vitæ nescius ipse suæ (1)

que dijo Ovidio, no es ménos cierto que las primeras impresiones y sensaciones que experimenta el sér; que la primera educacion que recibe y los primeros dolores que sufre influyen de una manera decisiva en el resto de su existencia.

En todos los tiempos y en todos los pueblos, los más grandes filósofos, los más ilustres pensadores, los más sábios humanistas han concedido una importancia capital á lo que entre nosotros se desprecia ó poco ménos: á la educacion que debe darse á los niños en el primer período de la infancia, educacion que aquí confiamos á un ayo ó á una nodriza, cuando no abandonamos completamente este asunto á la casualidad. Segun nos refiere Plutarco, Caton el Censor, que con tanta gloria gobernó á Roma, educó por sí mismo á su hijo desde la cuna, y Augusto, señor del mundo, que habia conquistado, y que regia él propio, enseñaba á

(1) Vive, y él mismo ignora que esta sea su vida propia.

sus nietos á escribir, á nadar, y los elementos de las ciencias.

Siendo esto así, siendo indudable que las criaturas deben ser educadas con esmero desde que ven la primera luz, para aquellos seres que tienen la fortuna de venir al mundo en condiciones de ser atendidos y cuidados por sus padres, no es preciso reclamar la proteccion del Estado, pero si es necesario propagar entre los encargados de formar esos corazones y esas inteligencias, la lectura de los buenos libros que de estas cosas se ocupan, de los tratados de sana moral que al objeto se escriben y que generalmente son abandonados y pospuestos á otros trabajos literarios que, ó nada enseñan, ó por el contrario enseñan lo que no es moral, ni bello, ni conveniente. Respecto de los niños abandonados, no vemos otra solucion, por el pronto, que la proteccion del gobierno á la creacion de escuelas y de asilos perfectamente organizados para llenar concienzudamente tan elevados fines.

Tratando de la educacion del pueblo en general, entendemos que deben crearse escuelas de adultos, ateneos, centros recreativos que tengan por base y por objeto la enseñanza en sus múltiples y variadas manifestaciones y formas, preparando así el terreno, como decimos más arriba, á los grandes problemas sociales de cuya solucion dependen, al par que la suerte del individuo por su mejoramiento material, la

felicidad de las naciones por la justicia de sus leyes, por lo apacible y sano de sus costumbres, por su riqueza y prosperidad, por sus adelantos en el comercio, las ciencias, la literatura, las artes y la industria, por el respeto que inspiran y por la hermosa luz que irradia de ese foco luminoso que se llama civilización, y que refleja todos los bellos horizontes de la humanidad.

CAPÍTULO I

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

Desconocer la importancia y la necesidad absoluta de que se propague la educación popular, sería uno de los mayores absurdos que hoy pudieran cometerse, un error de fatalísimas consecuencias y hasta un crimen de lesa-humanidad. El monopolio que de todos los beneficios que trae consigo la ilustración y que se ha venido haciendo por los ménos en provecho de los más, es una de las causas principales de la marcha torpe y pesada que en algunos pueblos ha tenido y tiene el progreso; y allí en donde domina la ignorancia en el pueblo, sabido es que las ideas retrógradas han de hallar ancho campo para sembrar su negra semilla, cuyos amargos frutos son el fanatismo y la barbarie.

El porvenir de la humanidad está en manos del pueblo; esta es una verdad que no necesita ser probada por su misma sencillez y claridad. El porvenir está en manos del pueblo, porque el pueblo representa hoy en el concierto de las naciones la fuerza, la vida, la

juventud, la sávia toda de la humanidad, el elemento reconstituyente de las sociedades que empiezan á mostrarse gastadas y de las instituciones que amenazan ruina. Desde hace mucho tiempo, desde que sordo, latente, se inició el movimiento intelectual y material del progreso, todos los poderes, todas las instituciones, todas las ideas que, más ó ménos francamente, no se han apoyado en el pueblo, han arrastrado una existencia lánguida ó se han derrumbado con estrépito. Graves pensadores, hombres eminentes en todos los ramos del saber humano, profundos políticos y filósofos de todas las escuelas, han proclamado muy alto y repetidísimas veces esta innegable verdad. Los esfuerzos de los reformadores que, de buena fé, se han consagrado al bien de la humanidad, han sido siempre procurar la ilustracion para el pueblo, considerando como un sagrado deber el difundir la luz para disipar las tinieblas de la inteligencia, que tantos errores mantienen y que de tantos males son causa primordial. Allí, donde quiera que se ha iniciado un movimiento político, cuyo móvil haya sido el progreso, inmediatamente han aparecido medidas más ó ménos eficaces, más ó ménos acertadas para que la educacion popular fuera una verdad; y es que está en el sentimiento de todos el que es una imperiosa necesidad que esto suceda; es que la idea en sí es buena y grande, y como tal se abre paso por sí misma; es que está en la conciencia humana la intuicion de la nueva

vida que le espera al mundo civilizado, y que en esta nueva vida su primer etapa debe hacerla apoyado en ese gran elemento que se llama pueblo; pero comprende tambien que para que este apoyo sea fuerte y robusto, necesita ser inteligente é ilustrado.

No pretendemos nosotros decir nada nuevo en las líneas que vamos á trazar. Al escribirlas no creemos tampoco que prestamos un gran servicio á la humanidad; nuestra voz es demasiado débil para ser oída, y nuestro nombre harto oscuro para que haga eco muy lejos de nosotros; pero lo que si creemos es que tenemos el ineludible deber de arrimar nuestra piedra al gran edificio social, y en este sentido por nada ni por nadie dejaremos de llenarle. Escribimos solo un pequeño libro, un modesto periódico; más si este libro, si este periódico llegan á manos de algunos centenares de personas, y si de éstas una sola aprovecha las pobres lecciones que nuestra escasa inteligencia la proporciona, ya nuestro objeto queda llenado, pues si cada cual hiciera otro tanto, llegaría á tocarse el resultado.

No seremos nosotros los que pretendamos negar los grandes esfuerzos que de algunos años á esta parte vienen haciéndose para educar al pueblo, y tampoco creemos que hayan sido nulos é inútiles en absoluto los medios empleados; pero sí nos atreveremos á decir que falta mucho que hacer aún, y que para conseguir felices resultados en este asunto, lo principal

debería ser escogitar bien los medios, no perdonando sacrificio alguno, por costoso que fuera, porque esta es una cuestión que entraña un interés general.

Desde los más sencillos rudimentos de la primera educación, hasta la solución de los más difíciles problemas sociales, todo debería enseñársele al pueblo, puesto que para todo es apto y en todo está llamado á tomar parte. Por muy generosos que sean los instintos del hombre, necesita la noción exacta del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, para aplicar á la práctica esos mismos generosos instintos. La ignorancia puede muy fácilmente convertir en mal el bien, como en manos de un niño se convierte en arma mortífera aquella que en el uso de la vida y en manos de un hombre es, no solo necesaria, sino de inmensa utilidad. Educar al pueblo en las ideas de libertad y de progreso; pero haciéndole comprender la inmensa responsabilidad que contrae con la historia y con su propia conciencia, si no hace del progreso y de la libertad el uso conveniente y si no aplica al bien de sus semejantes todas las ventajas que encuentre en los adelantos de la civilización y en las luces mismas que él adquiera, deberá ser la base principal de la educación dada al pueblo, y para llegar á este fin, necesario es empezar por lo más pequeño arribando después á lo grande, á lo sublime, á lo ideal.

La educación popular, sencillísima en sí, á pesar de sus complicaciones, está ó debe estar en manos de to-

dos. porque á todos interesa y porque todos podemos hacer algo en su ayuda. El libro, el periódico, las conferencias públicas, los espectáculos recreativos, la canción popular, todo debe servir para este grandioso fin. Las escuelas de párvulos, primero, y más tarde las de adultos, echan los cimientos; más para dar solidez al edificio, es necesario algo que venga despues; algo que mantenga vivo el sentimiento y el deseo de ilustrarse, que en el ánimo de los niños y de los jóvenes hayan hecho nacer las primeras nociones recibidas en las aulas.

Una vez llena la imprescindible necesidad de que los hijos del pueblo, sin distincion de sexo, sepan leer y escribir, ¿qué cosa más natural que poner á su alcance libros útiles en donde su inteligencia se acostumbre á pensar y analizar los hechos y las cosas? Y en verdad que no es la carencia de libros para el pueblo lo que ménos contribuye á mantener la ignorancia que lamentamos. Desconsoladora se presenta á nuestros ojos la idea de lo mucho que aún resta que hacer para llegar al ideal que anhelamos de ver al pueblo conociendo sus deberes y aspirando con sensatez á la conquista de sus derechos.

Quando tratamos de orientarnos, examinando, si así puede decirse, el pensamiento y la inteligencia de algunos seres de los que diariamente pasan á nuestro lado, y con los que tenemos que rozarnos, profunda tristeza se apodera de nosotros al ver la oscuridad en que yacen y la profunda ignorancia que tienen de las

cosas más sencillas y esenciales á la vida moral é intelectual. Poseyendo el pueblo en general una inteligencia clara y un juicio recto, desconoce, sin embargo, la mayor parte de las verdades que debería saber, no teniendo formada idea de nada en concreto. Asusta el considerar que si no poseyera como posee el instinto del bien, podría llegar por su crasísima ignorancia hasta el crimen, sin comprender que le cometa, ó no cometerle solo por temor al castigo, y no por tener conciencia exacta del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto.

La moral, la religion, la sociedad, y la familia, son palabras que todos tenemos constantemente en la boca, el pueblo las oye repetir á cada paso, y sin embargo, su sentido verdadero le es casi desconocido.

La idea de Dios con todas sus grandezas, con su infinita bondad, con su infinita misericordia, con su inmenso amor al hombre, al que creó para acercarle así por medio del perfeccionamiento y la constante práctica del bien, no la vemos entrar en la oscura inteligencia del pueblo sino de una manera imperfecta y á través de fanáticas supersticiones, y todo porque su educación es nula ó está encerrada en estrechísimos límites. Las verdades filosóficas, los grandes hechos históricos, las peripecias y transformaciones porque han pasado las sociedades, le son completamente desconocidas al pueblo, siendo así que á nadie como á él interesan.

De los asuntos de la vida práctica, de las evolucio-

nes y cambios importantes que cada día tienen lugar en torno suyo, y que no pueden menos de afectarle en su manera de ser, no está más adelantado. Y por último, en la historia de la humanidad, en la de su nación, y hasta en la de su mismo pueblo, se halla tan ignorante como de todo lo demás.

Los ramos del saber, en sus más sencillas manifestaciones, necesitan también llegar á manos del pueblo, porque una educación perfecta debería abrazarlo todo, y perfecta debe ser la educación que se dé al pueblo, porque, lo repetimos, importa mucho que esto suceda. Ya sea para gobernar, ya sea para ser gobernado, la primera condición necesaria es la inteligencia cultivada y el espíritu acostumbrado á la luz, porque de lo contrario, como gobernante, el pueblo, sería un amo estúpido, brutal y déspota; y como gobernado, una masa inconsciente, buena apenas para máquina de guerra ó para comparsa de una comedia indigna, pero no para honrar al gobernante que, más que tal, parecería un pastor guardian de una manada de carneros, y esto en nuestros días sería el colmo de la iniquidad y del oprobio.

El pueblo necesita ser educado como niño que es, con dulzura, con paciencia y con amor. Ante todo, **y sobre todo**, necesita educarse á la mujer, cuya influencia es un hecho que nadie se atreverá ya á negar. La mujer y el niño del siglo XIX han de formar la generación que está llamada á sucedernos, y nuestros

hijos y los hijos de nuestros hijos recogerán el fruto que hoy sembramos y nos bendecirán por haberle sembrado.

Estamos en un siglo de transición.

La humanidad acaba de recorrer una importantísima etapa que comienza con la era moderna, y probablemente terminará con esta centuria. Al siglo XIX le ha cabido la gloria de los más grandiosos y útiles descubrimientos. El vapor, la electricidad, los estudios antropológicos y prehistóricos, y la aclaración de muchos problemas filosóficos y científicos. Las montañas se han prestado como blanda cera á la voluntad del hombre permitiéndole abrirse paso de un pueblo á otro. Las barreras que la naturaleza parecía haber levantado como invencibles obstáculos, han caído ante las inmutables leyes del progreso. Los istmos han quedado rotos, y la humanidad marcha hácia su fin, que es la fraternidad universal. Muchos, casi todos estos prodigios se han realizado en nuestro siglo. Por eso, lo repetimos, en la presente centuria de transición, aun deben tener lugar quizá otros acontecimientos, para los cuales la educación del pueblo es de primera, de absoluta necesidad, y todos debemos hacer para ella y por ella cuanto esté en nuestra mano, aprovechando todos los elementos que se encuentren dentro de nuestra esfera de acción, empezando por lo pequeño, por lo sencillo, hasta llegar á lo grande á lo sublime, á lo ideal.

Nuestros humildes esfuerzos los dedicaremos á la mujer; que aquellos que más sepan y más puedan los dediquen al hombre, y algo llegaremos al fin á conseguir.

Inculcar la moral en el corazon de la juventud por medio del convencimiento, debería ser el bello ideal de todos los que aspiran á merecer el nombre de sacerdotes del progreso. Sin esta condicion esencialísima, la marcha de la humanidad será siempre torpe y perezosa, como lo es la del beodo, cuya razon se halla turbada y oscurecida por los vapores de la embriaguez. Sin la moral todos los adelantos serán imperfectos y casi nulos, ya que no sean nocivos sus resultados.

Si el porvenir es del pueblo, segun procuramos demostrar, y sobre todo, segun más enérgica y claramente lo demuestra la inflexible lógica de los hechos y de la historia, la educacion del pueblo debe ser el primer cuidado de todo legislador.

Educar, y sobre todo mejorar la condicion de las clases populares por medio de la moral práctica y del convencimiento, será un hecho tan grande, tan beneficioso, que el dia que se llevara á cabo, la valla estaria salvada y los obstáculos que hoy se oponen á la marcha rápida y progresiva de la humanidad podian darse por superados. Obra de grandes esfuerzos será esta, y para la cual tenemos todos el ineludible deber de prestar nuestra ayuda con el consejo y el ejemplo.

Milagros de paciencia y de abnegacion será necesario realizar para conseguirlo; pero la satisfaccion que resulta del cumplimiento del deber es un premio halagador que debe estimularnos continuamente.

Si el tiempo del oscurantismo ha pasado para no volver, porque la ley de la humanidad es marchar hácia adelante, el anhelo de todo corazon recto, de toda alma generosa debe ser el de difundir la luz en la cantidad proporcional que la posea, para que sus semejantes disfruten de su benéfica influencia.

Ya que afortunadamente la lectura se vá generalizando entre las clases ménos acomodadas, vamos á permitirnos una observacion dirigida, aunque de muy abajo, á los que por lo elevado de la esfera en que giran no se han fijado en estos detalles. Repetimos que, afortunadamente, la lectura se va generalizando, y por lo tanto seria de desear, por ejemplo, que esos *romances* y *canciones* que, por su índole especial, corren de mano en mano entre las jóvenes y aun entre las niñas del pueblo, fueran objeto de una prudente censura. Nadie ama la libertad del pensamiento más que nosotros. La idea de toda presion nos subleva; pero cuando vemos ejercer una tan esquisita vigilancia sobre los escritos políticos, cuando sabemos que diariamente se suspenden publicaciones periódicas, por tal ó cual frase más ó ménos intencionada, ó bien por un ataque personal mal encubierto, nos parece que *romances* y *canciones* en las que se ataca á la moral, en

las que el pudor sale harto mal librado ,y en las que frases equívocas y de doble sentido están combinadas con soeces chocarrerías, debian tambien tener su correctivo y ser impedida su circulacion.

Al pueblo no se le educa solamente en las escuelas públicas, es preciso que los elementos de su civilizacion, de su cultura los encuentre siempre al alcance de la mano. El libro, el periódico, el romance, la cancion popular, la novela que distrae sus momentos de ocio, el buen ejemplo que los niños deben hallar en en los adultos, y éstos en los ancianos, los prudentes consejos del maestro de la fábrica, del dueño del taller, del compañero del trabajo, todo debe contribuir á la gran obra de la regeneracion social, de la educacion popular.

Si los gobernantes quisieran descender por algunos momentos de su olímpica grandeza, contemplarian cuadros harto significativos de la verdad que encieran estas observaciones, por más que sea pequeña y humilde la voz que la proclame.

Muchas veces nos hemos retirado, llenos de desconsolador hastío, de esos círculos que se forman al rededor de los vendedores de coplas y canciones populares, deplorando nuestra impotencia para prohibir tal espectáculo. ¿Se han fijado alguna vez en la letra, el espíritu y la tendencia de esa literatura callejera, los que tienen en su mano el medio de sustituirla por otra? Pues si no lo han hecho, nosotros les rogamos que

se fijen y verán dos cosas á la vez harto sensibles:

Primero: verán que en esas coplas, ó se hace alarde de desvergüenza y de inmoralidad, ó tomando la religion por pretexto para ensartar unos cuantos desatinos en forma de malísimos versos, se refieren anécdotas estúpidas con el título de milagros, milagros que contienen más heregías que letras, poniendo en ridículo la religion, sacando de su centro la devoción sencilla, y haciendo á los santos cómplices de cuentos extravagantes y risibles; y verian además que el círculo de oyentes estaba compuesto en su mayor parte de mujeres, de jóvenes, y sobre todo de niñas.

Ahora bien; ¿no creen nuestros lectores que todo esto forma parte integrante de la educacion popular? ¿Se oculta ni por un momento á la sana razon, la influencia que todos estos detalles ejercen sobre el ánimo de la infancia y de la juventud? Pues hé aquí el por qué debería tenerse muy presente que la educacion del pueblo no está solo en las escuelas públicas, que la juventud necesita ver y oír en todas partes sanos ejemplos y buenos consejos, procurando que la moral y el amor al bien entre en su espíritu por la puerta de la razon y del convencimiento, empleando esa dulce persuasion que puede ejercerse en el corazon de la infancia con la autoridad y el cariño.

Necesario es no olvidarnos que tal es nuestro deber y que, padres, amigos, maestros, ó simples ciudadanos, todos estamos obligados á llevar nuestra piedra ó

nuestro puñado de arcilla para levantar el gran edificio, para ayudar á la gran obra de la marcha de la humanidad por la senda del bien. Los egoístas, los perezosos y los indiferentes, representan en la sociedad el poco envidiable papel de los zánganos en la colmena, y el desprecio público deberá ser su castigo, y la execracion general la oracion fúnebre que se pronuncie sobre su tumba.

La misma facilidad que resulta de la abundancia de medios de educacion, que afortunadamente va teniendo el pueblo, hace imprescindible un minucioso cuidado en la eleccion. Todas las épocas de rápidos adelantos nos ofrecen los mismos casos; porque en todas ellas ha subido á la superficie ese cieno que duerme tranquilo en el fondo del lago social en épocas normales.

Obedeciendo á la eterna ley de las compensaciones, nunca han faltado en esos periodos de agitacion, séres que, permaneciendo en calma, han podido pesar y medir las consecuencias, poniendo en la balanza, como regulador, el peso de la razon clara y fria.

Si despues del desbordamiento no hubieran existido esos hombres que, con la energía y el verdadero valor moral, hubieran de nuevo encauzado el torrente, toda la fecundidad, todos los gérmenes, toda la sábia difundida en los pueblos por medio de la invasion de las ideas nuevas, hubieran perecido arrolladas por la impetuosidad de la corriente. Si esto hubiera sucedido,

el progreso sería una quimera, un mito, al que inútilmente nos empeñaríamos en perseguir; y la humanidad permanecería estacionaria. Esto no sucede, no puede suceder, porque los designios de la Providencia deben cumplirse, caminando el hombre hácia su perfectibilidad; pero es indudable que este progreso puede ser más ó ménos rápido, segun se aprovechen ó despilfarran los gérmenes que vaya dejando á su paso la invasion de las ideas.

Si es una verdad demostrada, inconcusa, que las instituciones gastadas deben morir cuando han cumplido su mision; si todo nos dice que hoy el porvenir de la humanidad está en manos del pueblo, porque, jóven, rico, valiente, enérgico y capaz de todos los sacrificios, de todas las abnegaciones, de todos los grandes hechos, es el único que puede realizar el ideal supremo, la sola razon nos indica la conveniencia de mejorar, de perfeccionar tanto como sea posible á ese pueblo que parece destinado por Dios para instrumento con el que ha de llevarse á cabo la más grande obra, la de la regeneracion de la humanidad.

Cuanto más detenidamente se examina esta cuestion, tanto más importante nos parece y más culpable encontramos la apatía con que se mira.

Decíamos antes que los elementos de la educacion popular están diseminados por todas partes, y tambien que no son quizá los más importantes los circunscritos á los centros oficiales, es decir, á

las escuelas y á las bibliotecas. Lejos de nosotros la idea de negar ni desconocer los inmensos servicios que tales centros prestan para la educacion del pueblo, pero insistimos en que son incompletos.

Existen tantos y tales detalles en este asunto, que no terminaríamos de señalarlos aunque estuviéramos escribiendo sobre el mismo tema años enteros.

Al ocuparnos de la literatura callejera, indicamos algo de lo mucho malo que contiene, y si nuestras líneas llegan por casualidad á manos de algunos de los vates que lanzan sobre la sociedad esa mal llamada poesía popular, les rogamos que miren desapasionadamente la cuestion y comprenderán que no somos injustos si la juzgamos duramente.

El pueblo lee, el pueblo canta, el pueblo escucha, el pueblo necesita del *romance*, de la *cancion popular*, de la poesía fácil y sencilla que, concretando los pensamientos y los hechos, haga de una estrofa una historia, de una redondilla un poema; y para probar nuestro aserto ahí están sus cantares, cantares que no pasan de moda, que siempre son gráficos, que ni aun las modificaciones del idioma les han hecho perder nada de su energía, de su significacion. ¿Por qué, pues, si esto es cierto, si esto lo saben los que componen las canciones populares de hoy, echan mano de tan pobres recursos? ¿Cuánto más digno y más humanitario seria valerse de esos medios para contribuir á la educacion del pueblo, mejorando sus condiciones, é in-

culcando en el corazón y en el espíritu de la juventud las ideas del bien, de lo justo, de lo elevado?

No puede, no debe desconocerse la influencia que todas esas cosas, al parecer tan fútiles, ejercen en la educación y en el modo de ser de las clases populares. Las pequeñas causas son las que producen los grandes efectos, razón por la que no hay en este asunto nada que sea insignificante.

Por lo mismo que el alma del pueblo es joven, robusta y llena de savia, es más susceptible de recibir las impresiones y dejarse dominar por ellas, guardándolas más tiempo, porque la huella que dejan es más profunda.

Además de lo noble de la tarea, está en el interés de todos el que el pueblo se eduque, y se eduque en el bien, en la virtud y en la moral, para que el día, quizá no lejano, en que el mundo sea suyo, no abuse de su poderío.

¡Cuántas recriminaciones se acercan á nuestros labios en el momento en que trazamos estas líneas! Recriminaciones justísimas y severas; porque tendríamos que hacérselas á los mismos padres. Ellos son los primeros á quienes dirigimos nuestra voz, porque son los más interesados en escucharla.

Después de los padres, todos, absolutamente todos, tenemos el deber de contribuir al mismo fin, cada cual según sus medios y la esfera en que gire.

Y volviendo al tema de nuestro pensamiento, re-

petimos, que no está concretada la educacion popular á las escuelas públicas ni á las bibliotecas, que si todos estos adelantos son dignos de elogio, no deben descuidarse esos otros que, no por ser más lentos, son ménos seguros.

Todos los pueblos y todos los siglos han tenido poesía popular; pero en ninguno la vemos tan corrompida como en el presente. Propio es, segun ya indicamos, de las grandes avenidas el que el cieno salga á la superficie; pero detrás de las imaginaciones volcánicas que van sembrando las ideas por do quier, sin separar las buenas de las malas, debe estar la razon para dirigirlas. Las primeras cumplen con su mision arrojando la semilla; la segunda debe separar la eizaña del trigo, para que las espigas lleguen á desarrollarse libres de obstáculos.

CAPÍTULO II.

Los buenos libros son, sin duda alguna, el primer elemento de la educacion, por lo que, tan pronto como el niño ó el adulto sepa leer, lo primero de que deberia cuidarse es de poner en su mano páginas de moral, que de una manera clara y sencilla le enseñaran cuáles son los deberes que el individuo tiene que llenar si ha de cumplir su mision en la tierra. La moral, base sobre la que descansa la sociedad y la familia,

es, sin embargo de sus complicadísimas ramificaciones, sencilla y clara, porque asentada en la verdad, que es Dios, su cumplimiento está en la verdad misma; por lo tanto, enseñar al hombre á conocer la verdad, es enseñarle á conocer á Dios y á practicar la virtud.

El amor á sus semejantes, el ejercicio constante del bien, el amor al trabajo, hé aquí las máximas que deben encerrar los primeros libros que se pongan en manos del pueblo, ya sea su forma seria ó recreativa, ligera ó grave; porque no siendo posible tener el ánimo en constante tension, la inteligencia necesita, como el cuerpo, un alimento sano, pero variado.

Nada más complicado que una perfecta educacion, y nada, sin embargo, más sencillo, si el sistema es bueno y se huye de inútiles metafísicas, porque la claridad y precision ayudan á la inteligencia mucho más que el tecnicismo de las frases.

Poner ante los ojos del pueblo la pintura de grandes hechos históricos relatados con sencillez; hacer la enumeracion de las virtudes públicas y privadas, cuya práctica constante trae á la familia y á la sociedad una suma de dicha tan grande como es posible tenerla en esta vida, en donde todo es transitorio; facilitar la marcha del espíritu, á través de las dificultades que ofrece la espinosa senda por la cual es preciso dirigirse hácia la perfeccion; elevar el ánimo por medio del ejemplo y del consejo; inculcar en la inteligencia amor á todo

lo que es bueno, grande y elevado, esta debe ser la hermosa mision del que escriba para el pueblo, y de quien elija y ponga en sus manos las páginas que han de ayudar á su educacion.

Grandes escollos ha ofrecido y ofrece aun todavia el adoptar un método para la educacion popular. Las luchas políticas, las pasiones, constantemente agítadas, que en perpétua fermentacion suben á la superficie del lago social, y con sus espumosas corrientes lo invaden todo, esterilizan con harta frecuencia los laudables esfuerzos hechos para alcanzar el fin de que tratamos.

Apenas el niño sabe leer, cuando ya el periódico político figura en sus manos, componiendo parte hasta de sus juegos.

En los adultos este extravío lamentable es aun más marcado. Cuando en estos últimos años fueron fundadas las escuelas de adultos, esta institucion santa, veneranda, á la que deberia acatarse como una institucion religiosa, pronto tuvo un móvil distinto del que debia ser su ideal. Apenas los jóvenes sabian juntar algunas sílabas, cuando, sin comprender su sentido, se servian de ellas para descifrar el contenido de las columnas de un periódico, dando las más veces donosas y peregrinas interpretaciones á las ideas allí emitidas.

No somos partidarios del indiferentismo en política; es mas, creemos sinceramente que tal indiferen-

tismo es un mal grave y de graves consecuencias. Los males de la madre pátria deben interesar á todos sus hijos; pero de esto á la ingerencia en política de séres ignorantes, nos parece que hay un abismo.

No somos partidarios del indiferentismo, volvemos á repetir; pero nos parece absurdo el hecho de que la educacion popular empiece por el fin; es decir, por leer periódicos antes de tener ideas, dando lugar con tal lectura á que, al nacer aquellas, se extravíen lastimosamente.

Los municipios, ó cualquiera otro poder ó corporacion pública, que tome á su cargo el hacer algo en pró de la educacion popular, deberia tener muy presente lo espinoso de la senda que emprende el que echa sobre sí la responsabilidad de educar al pueblo, para tomar prudentes y sábias medidas.

Las bibliotecas populares, que tanta ayuda pueden prestar en este caso, deberian ser cuidadosamente vigiladas y tener al frente personas rectas, inteligentes é instruidas, para que, separando el oro de la escoria, solo libros de verdadera utilidad moral y material quedaran á disposicion de los pueblos, y sobre todo de la juventud: nada hay tan útil, tan provechoso, tan digno de estimacion, como un buen libro.

El libro es el amigo más cariñoso, más prudente, más amable y más sincero que puede tenerse. En su amistad, en su prudencia no hay nunca falsía, en gaño, interés ni cálculo, como puede haberlo, y des-

graciadamente lo hay, en la amistad de unos individuos con otros. El libro nos enseña todo lo que sabe, nos repite sus consejos y sus máximas cuantas veces lo exigimos, y jamás encuentra indiscretas nuestras preguntas, ni nos reprocha por nuestra torpeza; ¿qué amigo, pues, puede, y debe dársele al pueblo mejor que un libro? Pero así como un buen padre cuida con esmero de inquirir las cualidades que adornan á los amigos de sus hijos, lo mismo para la educación popular debe cuidarse mucho, con infinito esmero, con particular atención, la clase de libros que va á poner en sus manos, porque de ellos depende su tranquilidad presente y su dicha futura.

Además de las páginas históricas ó recreativas, en las que los hijos del pueblo deben encontrar sólidas bases para educar su inteligencia y su corazón, hay otros muchos libros de utilidad práctica, que debe hacerse que lleguen á sus manos. Allí, á donde hasta hoy no ha cabido mas que la rutina, es ya necesario que alcancen los adelantos del progreso, y en este supuesto, el pueblo debe también perfeccionar su educación como industrial, como productor, como obrero, como artista y como artesano. Los manuales de todo género de artes y oficios; las novelitas científicas que, con sencillez y precisión, bajo una forma agradable y recreativa, ofrezcan instrucción; los artículos sobre determinadas materias que por su índole enseñen algo útil, todo esto puede y debe contribuir á completar la

educacion popular, que es cada dia más y más necesaria.

Todo lo que tienda á elevar el espíritu del pueblo seria de un resultado tan inmediato y tan ventajoso, que se tocara en pocos años, recogiendo parte del fruto aquellos mismos que hubieran arrojado la semilla.

El dia en que el pueblo educado tenga la conciencia de su valor moral, sus costumbres variarán de un modo favorable, su moralidad estará en relacion directa con el desarrollo de su inteligencia, y sobreponiéndose las necesidades del espíritu á las de la materia, sus aspiraciones serán más elevadas, y sus miras tendrán un objeto digno, cual es el de mejorarse para perfeccionarse.

Como á una inteligencia niña, por mucha que sea su precocidad, seria un absurdo imbuirla en ideas metafísicas, corriendo el inevitable riesgo de extraviarla, desde luego salta á la vista la imprescindible necesidad de que los primeros elementos que se pongan á su alcance sean de fácil comprension y de forma amena y agradable.

Sentado por principio que la instruccion primaria debe ser gratuita y obligatoria, inmediatamente despues se hace necesario que los conocimientos adquiridos se cultiven, para no darlos al olvido, y para este cultivo inmediato es para lo que creemos de primera necesidad ese género de literatura que tanto cautiva

las imaginaciones sencillas del niño, y aun del adulto, en las clases populares. Teniendo, como tenemos en nuestra pátria, una riqueza envidiable en poesía popular, el trabajo está ya hecho y facilitada la tarea en su mayor parte.

En las mismas escuelas, los maestros deben abrir una especie de seccion recreativa, en la que se cultive esta clase de lectura, y en las bibliotecas populares que, segun ya hemos indicado, deberian estar cuidadosamente vigiladas y á cargo de personas inteligentes y de reconocida aptitud; los libros que con preferencia se pusieran los primeros en manos de los jóvenes, deberian tambien ser de este género, para no producir un cansancio prematuro, antes de que el alumno cobrara aficion al estudio.

La ociosidad es un mal contagioso y de tan funestas consecuencias, que deberian evitarse con tanto cuidado como se pone en extinguir una epidemia, ó cualquiera otra calamidad pública. Claro está que el obrero necesita algunas horas de reposo ó de recreo, además de las dedicadas al descanso material; pero estas horas pudieran muy bien constituir una recreacion útil, si se le acostumbrara á ocuparlas en lecturas agradables.

Por medio del estímulo, tan fácil de encender en las inteligencias jóvenes, todos querrian aventajarse unos á otros, lo que naturalmente les llevaria, como por la mano, á la laboriosidad intelectual; toda vez

que esto es lo que sucede en el trabajo material, cuando los obreros están colocados en ciertas condiciones.

Haciendo que la literatura popular tuviera las condiciones necesarias para el objeto de que tratamos, y que la hubiera en tal abundancia que llegara á todas partes, los Ateneos populares serian de fácil creacion, porque no hay pueblo, por pequeño que sea, en donde no exista la costumbre de reunirse en alguna parte, para pasar las largas veladas del invierno, ó las pesadas siestas del estío; y es altamente censurable que tales horas sean perdidas, cuando en ellas podia llevarse á cabo la mayor parte de la obra regeneradora, la educacion popular.

La lectura podria y deberia hacerse alternativamente, ya por unos ya por otros, para que todos ejercitasen la inteligencia, tratando de comprender aquellos lo que escuchaban, y éstos lo que leian.

Harto sabida es la aficion que en las clases populares ha existido siempre á esta clase de sencillo recreo. Desde tiempo inmemorial, en todas las aldeas hay siempre un narrador de cuentos, anécdotas, romances ó *sucedidos*, que es el niño mimado de jóvenes y viejos, y al que todos miran como á un sér superior, envidiándole sinceramente esta cualidad de narrador, más que sus riquezas si las tiene, ó cualesquiera otra ventaja personal.

Véase, pues, si no admitirian todos con gusto una instruccion que, por de pronto, les ponía en condi-

ciones de llegar allí á donde ambicionaban, esto es, á cautivar la atencion de sus convecinos y amigos.

La costumbre de leer y escuchar alternativamente, es indudable que traeria consigo, como consecuencias inmediatas y de innegable utilidad: Primero, la discusion, de la cual «brota la luz», porque tal ó cual punto, que un oyente no hubiera comprendido bien, motivaria una pregunta ó una observacion, y hé aquí entablada la polémica. Segundo, que la juventud cobraría aficion al estudio, porque llegaría á comprender las ventajas que la reportaria el buscar por sí misma la solucion y la explicacion de cosas que de otro modo tendria que mendigar.

No se nos oculta que el resultado de todo esto tardará mucho en obtenerse, que el trabajo es lento, y el medio que proponemos incompleto; pero decimos nosotros. ¿Si nunca se emprende una tarea, llegará al fin á terminarse?

En las naciones que, más ilustradas que nosotros, el pueblo tiene ya una educacion, el pueblo piensa, el pueblo lee, el pueblo discute, y el pueblo, en fin, es inteligente, activo é instruido; se empezó por alguna parte, porque sin principio no hay fin. Se empezó por lo que nosotros proponemos, por la instruccion gratuita y obligatoria, y luego por la propagacion de obras á propósito para el caso, ya escritas expresamente, ya entresacadas con minucioso cuidado de las antiguas bibliotecas, y pues-

las en forma adecuada que llenan las condiciones de sencillez y claridad necesarias para el caso.

Las obras de Ducray Dumenil, *Los viajes* de Guiliver, *La historia del descubrimiento de América*, de Campe, en forma de diálogo, las preciosas novelas de Walter Scott, los cuentos de Hoffmam, de Nodier y de Dikens, las fábulas de la Fontaine, *El Robinson*, *El Telémaco*, de Fenelon, *El Emilio*, de Rosseau y otros libros no ménos instructivos que vieron la luz despues, completaron la obra, acabando de perfeccionar la educacion popular en Francia, Alemania é Inglaterra, y hoy el pueblo de esas tres grandes naciones se encuentra un siglo delante de nosotros. ¿Es acaso porque la juventud de esas naciones tenga una inteligencia superior en organizacion á la nuestra? De ninguna manera. Quizá nuestro cielo, nuestro suelo y todas las condiciones fisiológicas están en nuestro favor; no es comprension, no es aptitud lo que nos falta para aprender, para educarnos é instruirnos, es un buen método de enseñanza, son libros, romances, canciones, manuales, pequeños compendios históricos, narraciones sencillas de hechos grandes, al par que interesantes; saber, en una palabra, estimular en el pueblo el deseo de estudiar, de discutir y analizar, único medio de que la luz ilumine su cerebro.

Segun indicamos antes, en las clases populares existe desarrolladísimo el instinto de la asociacion, para entregarse al placer de escuchar los hechos, ya

falsos, ya verdaderos, que quieran narrárseles: esta, indudablemente, es ya una ventaja de la que se deben aprovechar los que tienen á su cargo el poner en práctica lo que nosotros señalamos como necesario.

Rudimentariamente primitivo y patriarcal es el método que, en los pueblos pequeños puede seguirse, si se apela al sistema de las reuniones familiares y de convecinos para sembrar los primeros gérmenes de la instrucción popular, toda vez que, á primera vista, no habrá más diferencia entre las veladas de hoy y las de hace siglos, que la de ser la lectura la que sustituya á la narración. Sin embargo, pueblos enteros no han tenido otra historia y han pasado á la posteridad solo por el carácter especial que les imprimió esta costumbre que constituía toda su instrucción. Entonces el narrador era uno solo, y nosotros queremos que hoy lo sean alternativamente todos; así como los hechos narrados eran también siempre unos ó parecidos, y nosotros queremos que sean variados, interesantes y verídicos.

Aunque no hemos hablado de ello, damos desde luego por supuesto, que de ninguna manera deberá excluirse de estos círculos de instrucción á las mujeres. La luz debe difundirse igualmente para todos, sin distinción de sexo ni edad, porque todos á su vez pueden después enseñar á otros lo que hayan aprendido.

Las lecturas recreativas y los hechos históricos, sobre todo, deben hacerse en común, y hasta los ni-

ños es conveniente que se aprovechen de ellos, lo cual sería mucho más lógico, natural y moralizador que los juegos á que habitualmente se entregan, y los ejemplos que con frecuencia reciben á la vista misma de los padres.

CAPÍTULO III.

Toda vez que contamos entre los variados elementos que sirven, y pueden y deben servir para la educación popular, la literatura vulgar, cualquiera que sea su forma, dedicaremos un estudio tan extenso cuanto lo permitan nuestros limitadísimos conocimientos, á lo que es hoy, y ha sido en tiempos muy remotos, lo que se conoce por poesía popular.

La poesía popular que hoy vemos bajo la forma tangible del romance de ciego y de la canción ó letrilla escrita, que corre de mano en mano, y es leída y comentada por un pueblo, cuyos individuos saben leer, merced á los adelantos del progreso, no siempre tuvo la misma forma, toda vez que los mismos *bardos* que la componían, solían ser en punto á escritura tan ignorantes como su mismo auditorio. Como sería muy prolijo, además de pretencioso y ridículo, remontarnos en este sencillo trabajo al origen de la poesía po-

pular, aclaramos aquí que no es este nuestro objeto, sino el de demostrar con datos, que en tiempos de mucha, muchísima menos ilustración que los que hoy alcanzamos, esta poesía, que no dudamos en considerar como un poderoso elemento contribuyente de la educación popular, tenía tendencias más cultas y moralizadoras que la de hoy, y de esto es una prueba lo que de ella nos queda.

No es nuestro ánimo poner como modelo de esta literatura lo que tenemos coleccionado por los autores más conocidos de nuestro siglo de oro, pues harto se nos alcanza que todas estas perlas, hoy engarzadas, cuando no lo estaban, su diseminación las haría perderse casi por completo y desaparecer entre el polvo de las vías públicas, en donde los trovadores las vertían. Necesario ha sido, sin duda, que manos afanosas é inteligentes las hayan recogido para formar con ellas esas preciosas sartas que se llaman *Romancero general y Cancionero popular*; pero el hecho es que las perlas existían, pues de lo contrario, no hubieran podido ser recogidas ni engarzadas. Ahora bien: ¿qué perlas podrán recogerse de nuestra poesía popular, por mucho que mañana se revuelva el polvo y hasta el fango de las vías públicas en donde hoy se vierte tan á manos llenas la literatura callejera? Triste es decirlo; pero la civilización, que tantos bienes ha derramado y derrama sobre la sociedad en general, descuida de una manera lastimosa detalles que tienen

una poderosa influencia sobre la gran palanca del progreso, sobre el pueblo.

Educar al pueblo, y educarle inculcando en su alma jóven, entusiasta y viril, los sanos principios de la moral y de la virtud, debe ser el bello ideal de todo corazon honrado, de toda alma recta. Esto no nos cansaremos de repetirlo.

Para conseguir este bello ideal, tan noble y tan humanitario, no debe desperdiciarse ningun auxiliar, por pequeño que parezca, y *la poesia popular* está muy lejos de ser un elemento insignificante.

Si nuestro siglo, del que tan orgullosos nos mostramos, no puede, sin embargo, prestarnos para el canto popular héroes como *el Cid*, que no se hagan romances; pero en cambio que se arranquen de las manos del pueblo esas relaciones estúpidas de milagros, verdaderas heregías, que extravían la fé, sin ayudar á la razon; que ponen en ridiculo las cosas más santas y respetables, y que hacen servir, para la satisfaccion de brutales instintos, sanguinarios ó lascivos, la intercesion de los santos y aun del mismo Jesucristo y su venerada madre.

Casi estamos á punto de creer que hay de parte de algunos un interés en que esta mal llamada poesia popular no desaparezca, toda vez que la vemos propagarse cada dia con mayor rapidez, precisamente en una época en que los fatalistas dicen que el descreimiento es la enfermedad del siglo. ¿A dónde se pre-

tende conducir al pueblo por este camino? Aunque creemos adivinarlo, no nos atrevemos á decir en voz alta nuestro pensamiento. De todas maneras, aprovechar los elementos que el progreso pone en nuestras manos para hacer el mal, lo creemos tan monstruoso, que preferimos pensar que es un error de nuestra exaltada imaginacion.

Se nos dirá que siempre ha tenido la poesía popular letrillas más ó ménos atrevidas, y que en los romances lo inverosímil está salvado por la mano de lo sobrenatural. Esto no es completamente exacto; pero aunque lo fuera, resultaría que lo que en aquellos tiempos era disculpable por el estado de ignorancia, hoy, que tanto alarde hacemos de ciencia y esperiencia, es un ineludible deber el que todos tenemos de ilustrar al pueblo, porque todo debe hacerse por los menos en favor de los mas, principio exacto y fijo sobre que está asentada la base del progreso de la humanidad.

Repetimos que nadie, absolutamente nadie, respeta más que nosotros la libertad del pensamiento, emanacion divina; pero al ver el deplorable uso que de esta libertad se viene haciendo, casi lamentamos una prerogativa por la que hemos luchado con todas nuestras fuerzas desde la infancia: aprovechar la libertad para convertirla en licencia, es un crimen de lesa-humanidad, de lesa-civilizacion.

Aquellos que le deben á la Providencia un destello

de su luz divina, no podrán nunca separar de sí la terrible responsabilidad que contrajeron al servirse de esta luz para extraviar la inteligencia y la razón de sus semejantes. El mal que se hace está siempre en relación con el bien que se deja de hacer; porque no hay nada que sea nulo para el bien ni para el mal en la perfecta armonía de la naturaleza. Si pudiendo hacer el bien no lo hacemos, de seguro hacemos el mal, siquiera sea involuntariamente. Nosotros no podemos evitar que los malos romances circulen, y que el pueblo los lea; pero está en nuestra mano el advertir de una manera cariñosa á ese mismo pueblo de lo absurdo de esos milagros callejeros, de lo súcio é inmoral de esas grotescas letrillas, de lo nécio de esas relaciones inverosímiles; y si cada uno de nosotros se propusiera convencer y educar con el ejemplo y el consejo á esos hijos del gran cuerpo social que se llama pueblo, y con quien necesariamente tenemos que estar en contacto, al fin llegarían á verse los resultados.

Hagamos, pues, una propaganda de la razón contra el fanatismo, de la luz contra la ignorancia, de lo bueno, de lo bello, de lo sensato contra lo absurdo, lo inmoral y lo deforme; y si luchamos, si la victoria es nuestra, que sí lo será, ¡qué hermosa lucha y qué hermosa victoria!

Decíamos que *la Poesía popular* podía y debía ser un poderoso elemento para educar al pueblo si tuviera

otras condiciones: así como es un foco de corrupción, inmoralidad y fanatismo supersticioso, dadas las que hoy tiene. Decíamos también, que no siempre había revestido esta poesía formas tan poco cultas como las que hoy se permite, así como tampoco había tomado con tanta frecuencia, como ahora, pretexto en las cosas santas ó respetables, para propagar absurdos y hasta heregías. Al decir todo esto, ofrecimos probar nuestro aserto con ejemplos, y ahora que ya hemos expuesto, si no todas, muchas de las consideraciones que nos han sugerido las escenas que en las calles y plazas hemos presenciado repetidísimas veces, vamos á volver sobre nuestros pasos para dar una demostración práctica.

La poesía popular tiene tan variadas formas, que bien merece una clasificación, para que, al ocuparnos de ella, no nos confundamos y confundamos á nuestros lectores; y téngase en cuenta que esta clasificación es exclusivamente nuestra, y que en este momento no nos preocupa el tecnicismo, sino la importancia que, según nuestro pobre juicio, tienen para contribuir á la educación popular todas y cada una de las partes en que nosotros creemos que se divide.

Está, la primera y sobre todas, la parte que vulgarmente se llama *Cantares*, que obedece á los diferentes metros conocidos con los nombres de redondilla, cuarteta, quintilla y seguidilla; esta parte de la poesía popular es generalmente buena en la forma,

sencilla en las imágenes y sentenciosamente filosófica en el fondo. ¿Quién es el autor? Él mismo, el pueblo. La compone para sí, se inspira en sí mismo, en sus penas, en sus alegrías, en sus amores. Sus propios sentimientos le dan la forma y la medida, y bien puede decirse que ni una sola palabra hay en ella que sea ociosa. Por punto geneneral, esta poesía, que no obedece á reglas fijas, es correcta y agradable al oído; y si tiene frases intencionadas, jamás las ostenta groseras y mal sonantes. Repetimos que es tan suya, tan popular, que en vano se intenta imitarla. Miles de veces hemos leído, largas tiradas de cantares en libros y periódicos; pero jamás hemos encontrado en ellos esa espontaneidad que su verdadero autor, el pueblo, sabe darles. Las quejas del amor, los lamentos del dolor ó de la miseria, la desdeñosa filosofía del que nada echa de menos, la fria indiferencia del que duda de todo, porque todo le ha faltado, el entusiasmo de la verdadera amistad, la pasión, los celos, la cólera, todo sabe expresarlo con solo cuatro versos. Grande el pueblo en su sencillez, como lo es en todas sus manifestaciones, prueba, cuando se hace poeta, de lo que seria capaz sacándole de su ignorancia.

De esta forma, pues, de *la poesía popular* solo elogios podemos hacer. Pero ¿sucede lo mismo con lo que nos resta que tratar? Desgraciadamente no, y mil veces no.

Multitud de copleros, cuyo nombre permanece

en la sombra, y que debería ser conocido para execrarle como se merece, especulan ruinmente con la sencilla credulidad del pueblo, y le dan, para distraerle de sus rudas ocupaciones, esa asquerosa pócima de que hablábamos al principio de nuestra tarea.

En forma de *letrillas* ó canciones coreadas aparecen diariamente por las calles y plazas, expandidas por ciegos ó muchachos, multitud de composiciones obscenas, súcias, inmorales, llenas de palabras equívocas y desvergonzadas, y se las dan como pasto á los obreros, que las cantan en los talleres y en las fábricas. Los niños y niñas repiten, mientras juegan, esas inmundas frases, que no comprenden, pero que manchan, al pasar por ellos, sus lábios infantiles. Hoy mismo se cantan por las calles de Madrid, y suponemos que lo mismo sucederá en provincias, con la música de una zarzuela bufa muy popular, varias *letrillas* de este género, tan inmorales y atrevidas que mancharíamos el papel de nuestro libro si intentáramos copiar aquí aun la estrofa menos saliente, escogida entre las muchas que contienen. ¿Quiénes son los infelices que se entretienen en tan inicua tarea? ¿Qué daño les hace el pueblo para que así traten de pervertir sus instintos y torcer sus inclinaciones? ¿Por qué en lugar de esas inmundas canciones no componen otras, en las que se ensalce el amor al trabajo, el entusiasmo pátrio, las bellezas de la naturaleza, y tantos otros objetos dignos de ser loados?

El pueblo necesita esas recreaciones, necesita esparcir el ánimo y aligerar el espíritu para entregarse á sus rudas faenas, y lo mismo que entona, mientras trabaja, las miserables letrillas y canciones á que aludimos, entonaria otras si se las dieran. El no las escoge, no puede perder el tiempo en eso; canta para sentir menos la fatiga, y es una verdadera infamia abusar de todas estas circunstancias para pervertirle, cuando precisamente podrian aprovecharse para instruirle y mejorar sus condiciones morales.

Réstanos hablar aun de otra forma de la poesía popular, de la última, segun la clasificacion que nosotros nos hemos permitido darla. Nos referimos á *Los romances*. El abuso en este asunto es mayor aun y más peligroso, mucho más. Mientras solo se trata de canciones ó letrillas, la memoria puede no retenerlas con otro objeto que el de repetir las, pero sin analizar siquiera el sentido de las palabras; pero cuando el romance historia un hecho, cuando, en forma más ó ménos culta, encierra la relacion de un pasaje, ya real, ya imaginativo, no solo la memoria procura retenerlo, sino que la imaginacion lo comenta, se empa en ello, lo admite, y á su vez lo trasmite á otras memorias y á otras imaginaciones. Ahora bien: ¿es conveniente, que pues esto sucede, que el romance contenga absurdos, hechos monstruosos, relaciones de crímenes horribles, y muchas veces la apoteosis del vicio en toda su asquerosa y repugnante desnudez?

dez? ¿Es con esta clase de lecciones con las que se debe educar al pueblo? Pues desgraciadamente aun queda un punto más negro todavía que tocar. Aun nos resta hablar de estos mismos romances cuando se refieren á hechos milagrosos, en los que se ponen en ridículo las cosas más santas y respetables, haciendo intervenir lo sobrenatural en los asuntos de la vida y sirviéndose de lo prodigioso para cohonestar acciones punibles.

Estos desdichados romances, de los que no hay pueblo en España que no esté plagado, son, no solo un atentado contra la religion y contra la moral, y un descarado mentís á la razon y al sentido comun, sino un crimen de lesa buen gusto, un borron de la bella literatura popular, un arsenal de armas prohibidas, con las que se asesina la clara inteligencia del pueblo, y todo esto revestido con ropaje sùcio, con formas incorrectas y capaz por sí solo de destruir todos los adelantos que la primera educacion haya inculcado en los niños con respecto á las sencillas reglas de la lectura, la escritura, la gramática y la ortografía.

Prometimos una prueba de todo lo que llevamos dicho, y vamos á darla copiando unas cuantas estrofas de un romance que, con el título de *Milagro que ha hecho la Virgen del Cármen con una niña llamada Catalina, de edad de seis años, en el pueblo de Bañolas, del principado de Cataluña, el día 17 de Julio de este presente año*, se ha estado vendiendo hace más de

cuatro meses por las calles y plazas de esta corte. Por ellas verán nuestros lectores si tenemos ó no razon al calificar tan duramente como lo hacemos este ramo de la poesía popular. El romance en cuestion dice así:

(1) «Escucheme todo el orbe

este caso tan horrendo

y las hijas de familia

vengan á tomar egemplo.

En el pueblo de Bañolas

se nombra esta hermosa villa.

ha ido la vírgen del Cármen

á socorrer á una niña.»

Aquí á renglon seguido refiere el poeta cómo una mujer casada que tenia un *querido* (palabra textual) queria deshacerse de su marido y de su hija, niña de seis años. Una enfermedad la libra del primero, y ella se propone, aconsejada por su amante, librarse de la segunda dándole la muerte, para lo cual empieza por cortarle las manos con un cuchillo. El poeta sigue diciendo:

«Esta perfida muger

da castigo á una inocente

y en secreto se propone

querer tirarla á un estanque.»

(1) Conservamos la misma ortografía del impreso.

Continúa despues la historia. La madre sigue aser-
rando los brazos de su hija, y en este momento, al
bardo callejero le conviene que la Virgen aparezca, y
la hace entrar por una ventana é interponerse entre
la parricida y su hija. Despues la Virgen vuelve á
marchar por el camino que trajo. Allá van ahora dos
estrofas mas, y concluimos:

«Esta infame infanticida
llena de colera y rabia
se va ha vuscar á la niña
para concluir de matarla.
La pluma se me resiste
al contar la historia clara:
cuando al echarla la mano
un demonio se la agarra.»

Dejamos á la consideracion de nuestros lectores el
estrago que en el gusto, y en el sentido comun, puede
hacer una narracion de esta especie y con tales for-
mas. No queremos tampoco analizar los horrores y
absurdos que contiene; pero no podemos menos de
lamentar el hecho de que tales relaciones se escriban,
se impriman y circulen de mano en mano, expen-
diéndose diariamente miles de ejemplares. Y volve-
mos á exclamar: ¿no nos muestra claro todo esto la
necesidad que hay de educar al pueblo para que por
sí mismo rechace lo que es absurdo, ilógico é in-
moral?

Por las estrofas que, de uno de los muchos romances que circulan entre el pueblo hemos copiado, podrán formar nuestros lectores una idea aproximada del pasto que en tales poesías se dá á la imaginacion y á la inteligencia de esas clases que tanta necesidad tienen de ser educadas é instruidas. Y no vaya á creerse que hemos escogido lo peor del género; nada de eso: lo hemos tomado á la casualidad y del primer exabrupto que hemos hallado á mano, oyéndolo recitar á un ciego como un sucedido de actualidad.

Si nos propusiéramos registrar, aunque fuera muy por encima, el arsenal de esas armas de dos filos, mal llamados romances populares, armas de dos filos y aun de más, porque hieren al mismo tiempo á la moral, á la religion y al sentido comun, encontraríamos cosas tales, que ni aun como muestra podríamos presentar algunas líneas á nuestros lectores. Lo más socorrido, lo que más tributo ha pagado siempre, desde algun tiempo á esta parte, á esos *bardos* callejeros, enemigos declarados de la poesía, de la gramática, del buen sentido, de la moral y de la religion, han sido *los milagros*. Los poetas *milagreros* se multiplican como la cizaña, y nada hay sagrado ni respetable para ellos. Desde el signo de nuestra redencion hasta el santo más oscuro y desconocido, todo lo han puesto y ponen á contribucion para enlodarlo con su desgraciada musa. Con tales absurdos se entibia la fé más ardiente, se tergiversan los sentimientos religiosos y

se extravían las imaginaciones sencillas, haciendo que tomen por bueno lo que es detestable, por religioso lo que es impío, y por milagroso y sobrenatural lo que no es otra cosa que grosera patraña mal urdida.

Mas de una vez hemos oído anatematizar estos milagros á los mismos sacerdotes, porque su buen sentido les mostraba harto claro que la religion es la que peor librada sale de sus ataques.

Muchos medios se nos alcanzan de remediar tamaños males; pero lo insignificante de nuestra influencia nos quita la esperanza de ser atendidos. Sin embargo, no por eso renunciamos á la tarea que hemos emprendido. Callar cuando se debe hablar, omitir las ideas que pueden hacer un bien, es un verdadero crimen.

Hemos dicho que los romances que describen *milagros* absurdos hacen más daño aun que aquellos que por su forma grosera son hasta inmorales, y como muestra dejamos trascritas algunas líneas. Pues bien; á esos absurdos opongamos relaciones sencillas y claras, en donde, sin necesidad de lo sobrenatural, brille la misericordia infinita de Dios y su infinita bondad. ¿Hemos de poder nosotros menos que unos cuantos copleros ignorantes? ¿Tan difícil nos ha de ser el hacernos escuchar? Si cada uno de nosotros nos proponemos ilustrar una inteligencia en la esfera en que giramos, siempre será un sér arrancado á la ignorancia, y nadie es capaz de medir hasta dónde puede lle-

gar una voluntad firme, cuando es la razon y el convencimiento quienes la sirven de guia.

Uno de los medios que, á nuestro entender, podrian emplearse con fruto para remediar el mal que lamentamos, es el de compilar con cuidado los romances antiguos haciendo de ellos pequeñas ediciones que, por su precio módico, estuvieran al alcance del pueblo; y de este modo hacer que cobrase aficion á lo bueno, porque sabido es que nosotros poseemos en romances un tesoro, y que la poesia popular castellana es la más rica, no teniendo rival en ninguna nacion culta. *El Romancero general y El Cancionero*, de que tanto nos enorgullecemos, encierran joyas de gran precio; pero no debian permanecer tan guardadas, que solo los sábios y los ricos puedan gozar de sus bellezas. Mucha más gloria alcanzaria quien hiciera este servicio al pueblo, que los que, á costa de sangre, quieren añadirle á una nacion un pedazo de tierra.

Otra de las desdichas que lamentamos en este asunto es que, lejos de adelantar ni un solo paso, hemos, por el contrario, retrocedido, porque de cuantos fragmentos de poesia popular se conservan, ninguno indica que, aun en los tiempos más rudos, estuviera tan corrompido el gusto como lo está hoy, en medio del progreso de que hacemos alarde á todas horas.

Si, procediendo de buena fé, está en el interés de todos el educar al pueblo, todos debemos poner algo

de nuestra parte para conseguirlo, y cada cual que proponga los medios que crea más adecuados para llegar al fin.

Para no enmarañar el asunto y dar el ejemplo, por más que se nos tenga por audaces, nosotros nos atrevemos á proponer: primero, que se haga una guerra constante y sin tregua de ningun género, en el libro, en el periódico, en la cancion popular, con que el obrero entretiene sus horas de trabajo, lo mismo que en las distracciones de sus dias de ocio, á todo lo que tienda á mantenerle en la supersticion y en la ignorancia; segundo, que se opongan á los absurdos romances en que se historian *milagros* ridículos, que son verdaderas heregías, ó bien algunas de las muchas joyas de nuestra antigua poesia popular, ó relaciones sencillas en las que se refieran hechos posibles, en los cuales resalte la moral, y al mismo tiempo puedan servir de enseñanza; y tercero, que ante todo, y sobre todo, se procure hablar á la razon para llegar por ella á las puertas de la inteligencia y predisponerla en favor del progreso, que de ningun modo está reñido ni con la moral ni con la religion.

Expuesto nuestro pensamiento, creemos que con toda claridad, trataremos de apoyarle en razones sólidas, porque no dudamos que ha de ser combatido, como ya lo fué cuando comenzamos á publicar este trabajo, por alguien que cree, no sabemos si de buena fé, que la ignorancia es la felicidad.

El pueblo que trabaja; el pueblo que es la sávia vivificadora de la sociedad, la sangre que la dá vida, el brazo que lleva á cabo los adelantos del progreso, la gran palanca que mueve el mundo y le hace marchar; el pueblo, que sostiene sobre sus hombros el edificio de las antiguas instituciones, y que, prestándolas su apoyo, hace que no se derrumben por su propio peso; el pueblo que, con una mano en lo pasado y otra en lo futuro, es el solo que puede unir lo útil de los dos tiempos sin solucion de continuidad; el pueblo, repetimos, que es todo esto, tiene grandes é incontestables derechos á que todos contribuyamos á su educacion y perfeccionamiento para pagar de algun modo sus sacrificios, para honrarle en sus hijos y hacerle respetable y respetado. Todo lo que tienda á tan laudable objeto es un bien del que podemos con orgullo vanagloriarnos, además de que no habremos hecho otra cosa que sembrar para recoger y trabajar en provecho de la herencia de nuestros hijos.

Guerra, pues, á lo absurdo; guerra á lo inmoral; guerra á todo lo que tienda á mantener la ignorancia y la supersticion en las clases populares, y contribuyamos todos á la grande obra.

CAPITULO IV.

La moral, la virtud, la religion, tienen en si mismas, como todo lo que es bueno, una aureola lumi-

nosa que ayuda á la razon á comprenderlas, y basta con ejemplos sencillos para poner de manifiesto sus excelencias é inclinar hácia ellas el ánimo y la voluntad. El espíritu humano, cuando no está ofuscado ó dominado por ideas bastardas, es de suyo afecto al bien, como los ojos del cuerpo prefieren siempre lo bello á lo deforme. Admitir las malas inclinaciones, las malas ideas innatas, seria admitir la existencia del mal, y el mal no existe en absoluto, no puede existir, porque seria un absurdo. Lo que tomamos por el mal no es otra cosa que la ignorancia y sus funestas consecuencias. Esta ignorancia, pues, es la que debemos combatir, lejos de fomentarla con ridículas supersticiones.

Se nos dirá que la imaginación sencilla del pueblo admite mejor lo maravilloso que lo puramente real, y que es necesario impresionarla. Nosotros, y la razon sobre todo, niega esta necesidad. ¿En dónde hay nada más maravilloso que Dios y sus obras? Pues para mostrar á Dios no hay, lo repetimos, necesidad alguna de recurrir á lo absurdo, ni á lo extraordinario; y basta con educar la razon, porque una razon clara eleva el espíritu, inclinándole necesariamente al bien.

La ignorancia ha causado tantos males á la humanidad, que parecia natural que hasta el egoismo nos aconsejara el que fuera desterrada de la inteligencia del hombre; y sin embargo, hay séres tan fanáticos, ó tan néciamente ambiciosos, que creen, ó que la igno-

rancia es un bien, ó que por medio de ella les será más fácil reinar sobre sus semejantes. Que lo primero es monstruoso, está ya plenamente demostrado, y no necesita más prueba que la razon misma.

Desgraciadamente lo segundo es cierto. La ignorancia de los más es la que ha permitido el dominio de los ménos; pero triste dominio es, por cierto, el que se cimenta sobre tales bases. La ignorancia, que dejando al espíritu en la oscuridad desarrolla sólo la materia y sus brutales instintos, hace del pœblo un instrumento inconsciente de fuerza bruta; pero ¡ay del brazo que le maneja si el instrumento despierta, si la fuerza bruta se insurrecciona!

Para evitar esas fatales consecuencias es para lo que, volviendo á nuestro tema, insistimos en la necesidad de educar al pueblo y educarle de una manera sólida, haciendo que su razon y su inteligencia comprendan el bien, la moral, la virtud y la religion, sin mistificaciones ni ridículas farsas, y sí sólo por lo que la religion, la virtud y la moral son en sí.

Si miramos hácia adelante; si, contemplando la pequeñez que nos rodea y lo ilimitado del poder y de la grandeza de Dios, comprendemos que hay un más allá infinito, que es acercarse á la perfección, ninguna tarea, ningun sacrificio nos parecerá penoso, porque detrás de nosotros y de los que nos sucedan vendrán otras generaciones á recoger el fruto de la semilla que hayamos esparcido, porque el bien, como emana-

do de Dios que es la bondad suma, no puede perderse.

Llegará un día en que el pueblo sea rey. El porvenir es suyo, y es necesario que preparemos, para nuestros hijos y para los hijos de aquellos, un rey sabio, prudente, justo y benigno, que haga felices á sus vasallos. Un señor que sepa hacerse amar de sus súbditos; un padre que procure y realice la dicha de sus hijos.

¿A dónde, pues, podríamos hallar tarea más grata? El alma, que es inmortal, como Dios, de quien emana, se extasía recorriendo los espacios de lo infinito y recreándose en su obra. ¿En dónde hay satisfaccion más pura, más grande, más exenta de sombras que la que resulta de hacer el bien? ¿Quién de nosotros no habrá sentido esa íntima alegría en que se baña el espíritu despues de un acto de caridad ó de abnegacion? Pues comparemos ahora lo que puede ser una limosna dada á un individuo, un servicio prestado á un amigo, ó un sacrificio hecho en favor de una familia, con lo grande, lo inmenso del favor, del sacrificio, de la limosna que, contribuyendo á educar é ilustrar al pueblo, se viene á prestar á la humanidad entera, y se comprenderá cuán grande, cuán inmensa, cuán pura será la íntima satisfaccion á que pueda entregarse el espíritu despues de haber puesto con mano firme y segura una piedra en este gran edificio.

Ahora que hemos, hasta cierto punto, sentado las premisas, saquemos las deducciones. ¿Qué se hace en-

tre nosotros para educar al pueblo? Nada ó casi nada. Unos cuantos periódicos que parecian destinados á este objeto, bastardeando su mision, se dedicaron, al poco tiempo de comenzar á publicarse, á tratar, con más ó ménos acierto, las cuestiones políticas, abandonando el campo en el que podian y debian prestar tantos y tan importantes servicios á la causa del pueblo y al pueblo mismo. Se crearon, es cierto, las bibliotecas populares; pero antes de que los hijos del pueblo vayan á ellas á buscar instruccion y solaz, es necesario que sepan leer, y aún hay muchos miles de españoles, triste es decirlo, que ni saben leer, ni es probable ya que sepan en su vida.

Existen escuelas gratuitas para los pobres, pagadas por el Gobierno ó los Municipios (no siempre), en donde los niños y los adultos pueden adquirir los primeros rudimentos de la educacion para perfeccionarla despues de mil modos; pero esto, ya lo hemos dicho más de una vez, no basta: es un sistema muy imperfecto, porque tropieza con una porcion de inconvenientes, todos muy dificiles de vencer.

Las bibliotecas, las escuelas públicas, los libros y los periódicos necesitan auxiliares para llenar su cometido, y estos auxiliares podemos y debemos serlo todos y cada uno, segun su esfera, el círculo en que gire y la posicion social que ocupe.

Por mas que se nos pueda tachar de falta de modestia, creemos que, tratándose de una obra en la que

todos debemos trabajar, excusarse de hacerlo, alegando impotencia, escasez de conocimientos, falta de talento y sobra de humildad, seria un verdadero crimen, porque, ya lo hemos dicho, «el movimiento de un grano de arena puede hacer que se derrumbe una montaña.» Si las ideas que sobre la educacion popular vamos exponiendo no son nuevas, resultará que, repitiéndolas, quizá lleguen á resonar en oídos que hasta hoy no las habian percibido. Si por el contrario, tenemos la suerte de decir algo nuevo, algo útil, poco importa que seamos nosotros quien lo diga.

A medida que el tiempo, pasa, la educacion del pueblo se hace más necesaria, porque el día de la regeneracion se va encontrando más próximo.

Cada vez comprendemos menos la ceguedad absoluta en que viven los mismos que parecen haberse hecho una religion del progreso, un dios de la libertad y un deber de la práctica de todas las máximas que ese progreso y esa libertad imponen.

Como aun dentro de lo más avanzado de nuestras ideas no deseariamos jamás el desbordamiento de las pasiones, ni aun el de las generosas, tenemos el íntimo convencimiento de que solo podrian prevenirse las terribles consecuencias de este desbordamiento perfeccionando la educacion popular.

En la sociedad, lo mismo que en la familia, reprimir no es educar; y muchos de los males que en dife-

rentes épocas han afligido á los pueblos, así como los crímenes privados que han abrumado á las familias, no han reconocido otra causa que ese lamentable error. Reprimir no es educar, antes por el contrario, es provocar la rebelion ciega, y por lo tanto más temible.

Desde las guerras púnicas, que tuvieron lugar unos cuantos siglos antes de Jesucristo, hasta nuestras modernas revoluciones, las mismas causas han producido siempre los mismos efectos; la opresion moral de las ideas y la represion material, han acelerado la explosion y siempre con terribles resultados.

Si mantener al pueblo en la ignorancia, si descuidar su educacion, dejándole en el más punible abandono, si torcer sus inclinaciones ó dejar que ellas se tuerzan, no quitándole las piedras que entorpezcan su paso para que pueda marchar adelante, antes mas bien, poniéndole obstáculos en que tropiece, hubiera dado, para quien en ello tenia interés, resultados siempre positivos y favorables, la humanidad hubiera hecho muy poco camino, porque siempre han existido tiranos y ambiciosos.

Pero no es ese el destino del hombre, y por lo tanto, á despecho de todo, los fines de la Providencia habrán de cumplirse. Ahora bien: si ello ha de ser, si tal es la voluntad suprema, ¿no es un verdadero crimen el oponerse á sus leyes? ¿No nos imponen esas mismas leyes el deber de ayudar sus designios? ¿Ten-

dríamos mañana el derecho de quejarnos, si el torrente se desbordara porque en lugar de ahondar su cauce y limpiar el lecho solo pensamos en oponerle diques?

La educación del pueblo, que ha sido siempre una necesidad, lo es hoy más imperiosa que nunca, toda vez que el reinado de la fuerza queremos que termine para que comience el de la razón y el de las ideas; y como el porvenir es del pueblo, porque así debe ser, porque así es necesario que sea, la obra de su educación nos pertenece á los que vivimos hoy; los frutos de este trabajo los recogerán los que vivan mañana, mientras ellos á su vez siembran los que otros han de recoger.

La humanidad no tiene para guiarse en la azarosa senda de la vida otras antorchas que la de la razón y la de la experiencia. Una y otra nos muestran claramente que el porvenir es el perfeccionamiento moral del individuo. Una y otra nos enseñan que si las civilizaciones pasan, que si los adelantos materiales parecen sepultados en las ruinas de los imperios, las ideas viven siempre, y se levantan radiantes á través del polvo de los viejos edificios que se derrumban. Así ha sucedido cuantas veces la sociedad ha pasado por uno de esos períodos de conmoción y desquiciamiento, y así sucederá siempre, porque la idea es inmortal como Dios de quien emana. La razón, la inteligencia, el pensamiento, todo lo esencialmente divino,

que vive en nosotros, como un reflejo de Dios, nos muestra el más allá como la suprema aspiración, y aun á despecho de la materia que quiere retenernos, el espíritu nos empuja. Desde el momento en que obedeciendo á todo lo grande, á todo lo noble, á todo lo divino que hay dentro de nuestro sér, hagamos callar al egoísmo, trabajaremos con fé, con entusiasmo en esa gran obra, de la cual la Providencia es el primer obrero; procuraremos con todas nuestras fuerzas allanar el camino del bien, para que la humanidad marche más rápidamente á llenar su misión que es perfeccionarse. Verdad es, que la tarea será larga, mas ¿eso qué importa? Detrás de nosotros y de nuestros hijos y de los hijos de aquellos, vendrán otros á continuarla, y lo que hay en nosotros de inmortal, eso que no perece al descomponerse la materia, gozará de la parte de gloria que le haya cabido por su trabajo.

El bien que se hace, es como el grano de semilla que lleva el viento en sus alas, trasportándolo á grandes distancias; poco importa que vaya lejos, si al fin germina; poco importa que hoy no veamos con los ojos de la materia los resultados de lo que en provecho de la humanidad hagamos; las ideas no se perderán; y como el grano de semilla arrebatado por el viento germinarán muy lejos quizá de nosotros; pero el bien quedará hecho.

En la construcción de esos hermosos edificios que admiramos, y que son el orgullo de sus poseedores, y

el asombro de quien los contempla, ha entrado lo mismo el humilde grano de tierra que el soberbio y brillante pórfido. Es mas: lo segundo no podria ostentarse allí sin lo primero, porque sin la argamasa la piedra no podria sostenerse.

Nosotros, nuestras modestas observaciones, las lecciones sencillas que deseamos que se den al pueblo son indudablemente la humilde arcilla: las grandes inteligencias vendrán despues á coronar el edificio de bellos trozos de pórfidos y mármoles, pero nada habrá sido supérfluo.

Tenemos además el convencimiento de que la educacion popular no debe comenzarse por lo sublime, por lo intrincado, sino por lo sencillo, por todo aquello que esté al alcance de su inteligencia y que sin deslumbrarla la ilumine.

Si todos cumpliéramos con el deber que tenemos de poner nuestra razon y nuestro poco ó mucho saber al servicio de esta gran idea., *educar al pueblo*, ¿cuánto no podria conseguirse? ¿Quién no ha oido hablar alguna vez de esas hormigas que se crían en la América, tan activas, tan laboriosas, que en solo algunas horas tra- portan de un punto á otro tan gran cantidad de tierra que, aglomerada, parecen pequeñas montañas?

El triunfo de la razon sobre la fuerza, de la luz sobre la oscuridad, de las ideas claras y precisas del bien sobre los errores de la supersticion y el fanatis-

mo, no puede ser obra de un día, ni ha de conseguirse solo por medio de grandes teorías expuestas en los libros ó en los periódicos doctrinales y políticos. El buen sentido nos enseña que es necesario algo más. La luz del progreso es tan poderosa que penetra á través de los más pequeños resquicios, y gracias á eso los esfuerzos del oscurantismo se estrellan, ó por lo menos no ganan todo el terreno que desean; pero aun así, es preciso un esfuerzo supremo.

Para educar al pueblo no puede arrancársele de sus ocupaciones; este seria un gran mal. Es preciso ir á buscarle al taller, á la fábrica, al campo, al hogar doméstico, salirle al paso en las calles y las plazas, en sus ratos de ocio lo mismo que en sus horas de trabajo, y predicarle no doctrinas subversivas y utópicas, sino máximas nobles y elevadas en una forma sencilla, pero culta.

La razon, que es el más bello atributo del hombre, es tambien la primera que debe ser cultivada. Las ideas que tienen por cimiento una razon clara podrán ser ménos entusiastas, pero son más firmes: por eso la razon es lo que conviene educar antes que todo en el pueblo. Lo absurdo, lo ilógico no puede conducir á ningun fin realizable, y distraer la imaginacion con absurdos es un verdadero crimen. Hablemos al pueblo de moral, de virtud, de religion, pero hagámoslo de manera que las ideas de religion, de virtud y de moral penetren en su inteligencia por la puerta de la ra-

zon y del convencimiento. De este modo la práctica le será fácil y sencilla. ¿Hay nada más grande, y sin embargo, más sencillo que la idea de Dios? ¿No se le vé y se le concibe en todo cuanto nos rodea? ¿No son una prueba de su existencia, de su infinito poder, de su infinita bondad y de su infinita misericordia desde el más leve grano de arena hasta la luz potente y vivificadora del sol? ¿Qué necesidad, pues, tenemos de milagros absurdos para hablarle de Dios al pueblo y ensalzarle su poder y sus maravillas?

Educar al pueblo, y educarlo en la sana moral, dándole por guía la razon, por ejemplo el bien, y por consejo la verdad, seria la obra más meritoria, más grande, más humanitaria, de cuantas puede llevar á cabo el progreso.

Cuando llegue un dia en el que, caducando instituciones que han cumplido ya su mision sobre la tierra, dejen el puesto á otras nuevas que, á su vez, traigan grandes deberes que llenar, el pueblo, esa gran palanca que, más poderosa que la de Arquimedes, ha de servir, no para mover el mundo material, sino para mover al mundo moral con todo el inmenso peso de las ideas, el pueblo, repetimos, debería estar educado y estarlo de una manera sólida, completa.

El egoismo representado por la indiferencia hácia todo lo que no somos nosotros, es un mal tan grande, tan trascendental, que estremece la sola idea, el solo pensamiento de analizar sus funestos resultados.

Pensar que nosotros lo somos todo, olvidar el más allá, creer que con la muerte terminan nuestros deberes, empequeñece de tal manera la obra de Dios, que sobre absurdo é ilógico, es impío.

Suponer que la Providencia ha puesto en nosotros un espíritu inmortal, una inteligencia superior á la de todos los demás seres creados, una razon y una voluntad para que hagamos uso de todas estas facultades empleándolas solo en nosotros mismos, seria tanto como suponer que el sol no tenía otra mision que la de alumbrar la tierra, y el aire renovar la respiracion.

Por muy ligeramente que se fije la razon sobre todo lo que es el mundo moral y material que habitamos, hasta los más pequeños detalles nos revelan que la mision de la humanidad no termina allí donde muere el individuo, sino que su tarea queda pendiente para que otro y otro la continúen.

¿Cuál seria hoy el estado del mundo, si solo la indiferencia, basada en el egoismo individual, hubiera presidido á la marcha de la humanidad? Si esto hubiera sido posible, que no lo es, porque no está conforme con los designios visibles de la Providencia, la humanidad no hubiera dado un solo paso hácia adelante; y como el estacionamiento no entra en las leyes morales ni materiales de la vida, el retroceso hubiera sido la consecuencia lógica y natural.

Crear, descubrir, perfeccionar las cosas materiales

para nuestros hijos, para los que vengan detrás de nuestros hijos y de los hijos de aquellos, es una necesidad innata, que se deja sentir dentro de nosotros mismos, y de la que nos dejamos llevar impulsados por una fuerza superior. Y si esto es lo que sucede con respecto á las cosas tangibles, naturalmente la necesidad, ó mejor dicho, la obligacion de llenar esta necesidad que Dios puso dentro de nuestro sér, de nuestro espíritu, deberá ser más viva cuando se trata del mundo moral, del mundo de las ideas. Si la voz del egoismo, hablando muy alto, hace que calle la voz de la conciencia, muy triste será por cierto el triunfo.

Afortunadamente no sucede así; porque no puede suceder, porque está en las leyes supremas, y por lo tanto el hombre marchará hácia adelante, impulsado por la potente mano de Dios, hasta llenar los fines de la Providencia; pero esto no nos descarga de ninguna manera de la obligacion en que estamos de mirar, no al punto de partida, sino á la meta á donde es preciso llegar.

Partiendo, pues, de que el fin de la vida no es la muerte, y de que el egoismo que se encerrara en el yo fatalista, seria un crimen de lesa-humanidad, debemos considerar como uno de los más sagrados deberes el de contribuir á la educacion del pueblo, que es hoy el elemento vivo y reconstituyente de la vieja humanidad.

El niño de hoy, que ha de ser hombre mañana, el

hijo que ha de ser padre, la jóven que ha de ser esposa, el ciudadano que ha de ser patricio, el súbdito que ha de ser señor, el vasallo que ha de ser rey, necesitan, más que otro alguno, ser educados en el bien, en la moral, en la virtud.

De las pequeñas causas nacen casi siempre los grandes efectos, y el movimiento de un grano de arena puede derrumbar una montaña.

La educacion del pueblo depende de mil pequeños detalles, que quizá tendrían muy escasa influencia tratándose de otra clase social.

En la imaginacion rica, vigorosa, ardiente y virgen del pueblo, se graban con pasmosa facilidad las imágenes y las ideas, y no como en la cera caliente, en donde las primeras huellas se borrarían para recibir otras nuevas, sino como en el bronce, en donde el surco es á la vez profundo y estable. Por eso sería necesario que solo imágenes puras y sanos consejos formaran su educacion.

El pueblo, que no acude á las áulas á buscar la enseñanza, que no puede dedicar hora tras hora á buscar en los libros las ideas morales, ni las verdades filosóficas; el pueblo, que no puede estudiar en la historia los grandes hechos, ni escoger entre los diferentes sistemas filosóficos el que esté más conforme con la moral y con la práctica de las grandes virtudes; el pueblo, repetimos, debe hallar en el taller, en las calles, en el campo, en las diversiones públicas, en

todo, en fin, cuanto está al alcance de su mano, buenos ejemplos que imitar, sanos consejos que seguir y escuchar el eco de la verdad y de la razon; armonizado de tal suerte que no enfrie su entusiasmo, que no hiera su susceptibilidad, que le deje sus creencias; pero que al mismo tiempo le enseñe á separar lo verdadero de lo absurdo, la virtud de la hipocresía, la libertad de la licencia y la religion del fanatismo.

Esto es lo que quisiéramos que el pueblo encontrase en todas partes, y más que en ninguna otra en la poesía popular que tanta influencia ejerce sobre su imaginacion.

La poesía popular, que en su forma sencilla abarca sin embargo puntos tan heterogéneos, puede ser un gran auxiliar para la educacion del pueblo y es una rémora y un mal por el torcido camino que se sigue. Y hé aquí por que en el capítulo II, que de los centros de instruccion, de los pequeños círculos en los que se propaguen las buenas doctrinas para la educacion popular, no solo no debe excluirse á las mujeres sino que, por el contrario, debe hacerse de manera que los niños y niñas estén presentes, porque se conseguirian dos objetos: primero, que aprovecharan algo de lo que en su presencia se enseñara á los adultos, y segundo, que de este modo, lejos de olvidar lo aprendido en la escuela, se afirmarian más en ello y al dia siguiente la tarea del maestro se hallaria simplificada.

CAPÍTULO V.

Si la duda se apoderase de todos los que por deber ó por convencimiento nos dedicamos con más ó ménos acierto, pero con buena fé, á propagar la instruccion, convencidos de que de esta manera contribuimos al mejoramiento de la humanidad, esto seria una verdadera desgracia, porque nadie tendria más razon para dudar que los mismos maestros de instruccion pública, esos sufridos sacerdotes del progreso, pacientes labradores, que riegan un dia y otro la tierra con el rocío de su inteligencia; que cultivan con indecibles trabajos frutos que no han de recoger; que gastan su vida, el calor de sus ideas, la tranquilidad material de su existencia, y muchas veces hasta el reposo y la paz de sus familias en una lucha estéril, de la que no reportan ni gloria ni fortuna. Sin embargo, el cumplimiento del deber ofrece satisfacciones y alegrías íntimas que sirven de recompensa, y es necesario rechazar la duda léjos de nosotros.

Poco importa que nuestros trabajos pasen desapercibidos por lo pobre de su estilo y lo oscuro y humilde de nuestro nombre, siempre que las ideas germinen, y al calor de inteligencias superiores á la nuestra se extiendan y den su fruto. Con esta espe-

ranza vamos á tratar de desenvolver esta idea, *Educación de las niñas del pueblo.*

Por una ley ineludible en la marcha de la humanidad, el porvenir es del pueblo. Esto es tan claro, tan innegable como lo es que el sol alumbra y el fuego quema. El porvenir es del pueblo, porque las leyes de la naturaleza no se tuercen jamás; y si la lógica natural no nos lo enseñara, ahí están los hechos para demostrarnos esta verdad: no hay que hacer sino estudiarlos, y ellos nos enseñarán el pasado y el presente, señalándonos el porvenir.

Ahora bien; si el porvenir es del pueblo, al pueblo, ante todo, es al que conviene educar, y educarle en el bien, en la moral, en la virtud, en el amor á la humanidad, en la religion y en las ideas elevadas. Cada vez que estas ideas se hagan germinar en una inteligencia, este triunfo debe ser más justamente celebrado que cien conquistas obtenidas por el auxilio de la fuerza material; porque el triunfo de la fuerza trae consigo el estacionamiento, ya que no la destruccion de la cosa conquistada, mientras las conquistas de la inteligencia por medio del convencimiento llevan como por la mano al más allá, al progreso, á la perfeccion.

Claro está que no trabajaremos para nosotros, que el fruto de nuestras vigiliass ha de tardar mucho aún en recogerse; pero escuchar la voz del egoismo es la mayor de las impiedades; es más que eso, es un cri-

men; trabajemos, pues, para la generacion nueva, para los que han de venir cuando nosotros nos hayamos ido; eduquemos al pueblo, empezando por las que hoy sean niñas y mañana serán jóvenes, esposas y madres.

Expuestas segun nos ha sido posible nuestras ideas, vamos á entrar de lleno en la cuestion explanando nuestro pensamiento.

Afortunadamente para el pueblo, desde hace algunos años sus hijas frecuentan las escuelas públicas, y en ellas reciben los primeros rudimentos de una educacion que esperábamos ver más tarde perfeccionada. Las niñas de las familias más miserables, hasta las de los pordioseros, van á la escuela, y la maestra reparte por igual entre todas las infantiles inteligencias confiadas á sus cuidados, las luces de su saber. Procura, empleando tesoros de paciencia y de amor, sembrar en ellas las ideas del bien, de la moral, de la religion, de lo bueno y de lo justo. Pone asimismo en juego toda su influencia para apartar á sus discipulas de la torcida senda del mal, haciéndolas mirar con aversion todo lo que no es noble y puro. Ejemplos y consejos sencillos y santos, son sólo los que procura poner ante sus ojos, ya por medio de la lectura, ya con cariñosos consejos, ó con blandas y razonadas reconvenciones y castigos. Ahora bien: ¿quién ayuda en esta árdua tarea á la pobre maestra? ¿Quién debia ayudarla? Naturalmente deberian ser los padres. Si por su escasa instruccion, si por no haber alcanzado los beneficios de la educacion

nada saben que pudieran enseñar á sus hijas, á lo ménos deberían respetar la semilla para que no se malograra el fruto, y no destruirla como lo hacen con la más punible imprudencia.

Nosé nos alcanza por completo el medio de conseguir este resultado; pero procuremos exponer la idea, para que otras más inteligentes nos ayuden. Vamos, pues, á continuar.

Quisiéramos que los padres comprendieran que el mal ejemplo que dan á sus niñas en su casa, profiriendo delante de ellas palabras feas y soeces, usando bromas poco decentes, diciendo chistes de mal género ó blasfemando horriblemente cuando les domina la cólera, son otros tantos golpes de martillo con que destruyen la obra de la pobre maestra; son otros tantos hachazos con los que sin piedad cortan las tiernas ramas que comenzaban á cubrir el árbol que más tarde habia de darles sombra, y que de este modo torcian el báculo en que debían apoyarse en su ancianidad.

Todos los días estamos viendo algo de esto en las calles, en las plazas y en las casas de vecindad. Repetidas veces hemos escuchado á más de una madre y de un padre reprender á sus niñas, que acababan de llegar de la escuela, en donde al terminar las tareas habian rezado las oraciones de la tarde, reprenderlas, repetimos, profiriendo inmundas blasfemias, palabras soeces y juramentos horribles. Por muy grabadas

que procure la maestra que estén en sus educandas las máximas del bien y las ideas de la moral y del pudor, no puede ménos de serles perjudicial este pernicioso ejemplo. Al día siguiente la profesora vuelve á emprender su tarea: la lucha tiene que comenzar por destruir el mal efecto, volviendo á refrescar de nuevo las ideas de la niña. Tiene, con indecible paciencia y ternura, que hacerla comprender que lo que ha oído decir á su padre ó á su madre no es bueno y no debe escucharlo ni repetirlo; y esto debe hacerlo la maestra sin inspirar á su discípula desprecio ni aversión hácia sus padres, sino por el contrario, fomentando la ternura y el respeto filial. Véase, pues, si no es harto árdua su tarea. Repetimos que no se nos alcanza por completo el medio de conseguir que esta mala costumbre de los padres se corrija hoy para con sus hijas; pero sí creemos que puede hacerse mucho para el porvenir, perfeccionando hasta donde sea posible la educación de las que han de ser madres mañana.

También creemos que nunca los que vengan, los que hayan de gozar los beneficios de lo que hoy se haga en este sentido, agradecerán bastante á las maestras el improbo trabajo, los prolijos afanes que emplean en el cumplimiento de su deber, tanto más laudable, cuanto que la recompensa no puede animarlas, porque no hay en todas las clases del Estado otra más desatendida.

Engañados están por demás los pesimistas, los que

creen que atravesamos una época de descreimiento y egoísmo, porque si así fuera, no habría hoy en nuestra patria un profesor de primera enseñanza que no hubiera abandonado su puesto; y sin embargo, lejos de hacerlo así, nunca han manifestado más desvelo para llenar su honrosísima misión.

☉ Démosles las gracias en nombre del porvenir, en nombre de nuestros hijos. Ayudémosles en cuanto nos sea posible, aconsejemos á los padres que no destruyan sus tareas, que respeten en ellos á los bienhechores de sus hijos, á los redentores de la humanidad, y arrimemos cada cual nuestra piedra al gran edificio, que tales la misión que al nacer nos confía la Providencia: ayudarnos mutuamente á marchar por el camino del bien hasta llegar á la perfección.

— En la educación de las niñas del pueblo existe un lado tan difícil, tan espinoso, que exige doble cuidado y exquisito tacto la tarea de llevarla á cabo.

☉ Las condiciones especiales en que viven las familias poco acomodadas; lo reducido de las habitaciones; la aglomeración de muchas personas en una misma casa de vecindad; las diferentes costumbres y caracteres de cada individuo de los que, sin ningún lazo que los una, vienen á formar una familia por la intimidad involuntaria en que viven, todo esto, circunstancias son que deben tenerse muy en cuenta, porque es sumamente difícil que la semilla arrojada entre piedras germine y dé fruto, y no otra cosa que terreno

pedregoso é infecundo puede ser una inteligencia rodeada de tan contrarias condiciones para el bien, como la de esas criaturas en medio de esos focos de ignorancia y á veces de inmoralidad.

Sobre los hechos consumados, nada ni nadie tiene poder alguno; por lo tanto, lo que hasta hoy ha sucedido es inútil lamentarlo; lo que sí debe hacerse es evitar en lo posible que en adelante vuelva á suceder.

La ignorancia, los malos ejemplos, el vicio, convertido en costumbre, y sobre todo la necesidad material de hacer esa vida íntima de que antes hablamos, son escollos en los que necesariamente tiene que naufragar la educacion de la niña del pueblo, si no se toman medidas para que esto no suceda, y estas medidas no pueden ser otras que las de la instruccion obligatoria, persuadiendo al propio tiempo á los padres de lo perjudicial que es su mal ejemplo, toda vez que inutiliza en parte los beneficios de la educacion que se proporciona á sus hijas, á las mismas que más tarde han de ser su apoyo.

Repetimos que todo lo que se consiga en este asunto será desgraciadamente lento: ¿más qué importa si es seguro? Cuando el pueblo haya cobrado aversion á la ignorancia; cuando por medio de la educacion y la instruccion se haya elevado á sus propios ojos, entonces ya él mismo huirá de todo lo que sea grosero y deforme, y no habrá necesidad, como hay, de advertir

á los padres lo que es conveniente que no vean ni digan sus hijas, porque ellos serán los primeros en evitar los malos ejemplos y todo cuanto pueda esterilizar la hermosa semilla del bien.

Así, pues, cuidemos con esmero de formar las niñas de hoy que han de ser madres mañana, y muy particularmente las de la gran familia, *las hijas del pueblo*.

Las niñas Vagabundas: hé aquí otra entidad social digna de llamar poderosamente la atención, porque constituye una de las variedades en que se divide la gran familia, EL PUEBLO, y lo mismo que las niñas de que nos hemos ocupado en el capítulo anterior, están colocadas en condiciones tan especialísimas que es hasta difícil su clasificación. Las llamamos *Las niñas Vagabundas*, porque no sabemos qué nombre dar á ese número de criaturas de nuestro sexo que recorren á todas horas las calles de las grandes capitales, y que no son mendigas, ni pertenecen tampoco á esos seres desamparados que carecen por completo de hogar, de pan y de familia.

Para estas últimas criaturas, al parecer más desgraciadas que aquellas de quienes vamos á ocuparnos, tienen la beneficencia municipal y la caridad particular asociadas, abiertas las puertas de sus humanitarios asilos. En ellos se alimenta su cuerpo y se cuida de su razón y de su espíritu, dándolas nociones del bien, inculcándolas ideas religiosas y procurando,

hasta cierto punto, hacerlas útiles á sí mismas y á la sociedad. Las niñas de que nosotros hablamos tienen por lo regular padres, y por lo tanto pan y asilo; pero aquí concluye todo lo que por tales desgraciadas hace su familia. Las niñas que hemos designado con el nombre de *Vagabundas* son esas que cruzan las calles de la capital, ejerciendo industrias indefinibles, que entran y salen en los establecimientos públicos, que pululan á las puertas de los cafés, á la entrada de los teatros; que recorren los paseos, las plazas, las paradas de coches, las estaciones de los caminos de hierro y los despachos de diligencias.

¿Qué son esas niñas? ¿Qué hacen? ¿En qué se ocupan? Venden fósforos, palillos para los dientes, frutas, flores, periódicos, gemelos ó pastillas de jabon de tocador, ó bien acompañan á un ciego, que suele no ser ni siquiera su pariente.

Ahora bien: ¿Cuál es la educacion física, moral, intelectual y religiosa que reciben esas desgraciadas, puestas en contacto desde tan tierna edad con el fango social? En las calles, en los paseos, en las plazas, en las puertas de los cafés y de los teatros, ofreciendo al público sus abigarradas mercancías, recogen una á una todas las inmundicias del obsceno lenguaje de los viciosos desocupados, á quienes no les ocurriria decir expresiones mal sonantes á un chicuelo, pero que creen muy gracioso dirigírselas á una niña, tan solo porque lo es. Escuchan con impasibilidad las gro-

serias de una disputa de taberna, los dichos picantes de la descocada manola, del chulo y del torero; oyen las blasfemias del borracho, los juramentos del camorrista, los piropos del soldado, las chanzonetas lascivas del *dandy* de café; reciben en la megilla la caricia del viejo libertino que la mancha al dar una moneda por su pobre industria; y de esta suerte van dejando desgarrada en las punzantes zarzas del camino de la vida la blanca vestidura del pudor, apenas han traspasado los umbrales de la existencia.

Mas de una vez han asomado lágrimas á nuestros ojos contemplando á alguna de esas criaturas que, hermosa como una ilusión, rosada como la esperanza y blanca como debe serlo la inocencia, escuchaba impasible frases que harian ruborizar á una vivandera; y es que no tenia ni la más remota idea del pudor.

Pobre, muy pobre es nuestro talento y muy humilde nuestra voz para que el primero acierte á describir los males á que puede dar ocasion ese doloroso abandono, y la segunda se haga oír de quien pudiera poner remedio; pero aun así, no dejaremos de expresar nuestro pensamiento.

Los fatales resultados del total abandono en que se deja á esas pobres criaturas, esponiéndolas á toda clase de peligros, se han tocado ya más de una vez aquí mismo en donde escribimos estas líneas. Desde las puertas de los cafés y de los teatros han pasado muchas de esas desgraciadas niñas á manos de la justicia

y de allí á un encierro, ya por hurtos, ya por otra clase de delitos.

Tampoco es una sola la que ha sido seducida y llevada á la prostitucion, y como si esto no fuese bastante, las que escapan á estos terribles males y llegan á la pubertad atravesando esa espinosa senda, para cuando á su vez sean esposas y madres, llevan en sí el convencimiento de que pueden hacer con sus hijas lo que hicieron con ellas, entregándolas un triste legado de ignorancia, de falta de pudor, de desenvoltura en el lenguaje, de descoco en las maneras, de despreocupacion y de descreimiento, sin tener, en cambio, nocion ninguna del bien, ni ideas religiosas, ni moralidad de costumbres que poderlas enseñar.

Si fuera posible hacer una minuciosa estadística de todas las niñas de seis á doce años que solo en Madrid, están dedicadas á las ocupaciones que arriba hemos citado, y por lo tanto espuestas á sus fatales consecuencias, recibiendo los perniciosos ejemplos de desmoralizacion y aspirando los mefíticos miasmas que se desprenden del fango social, se veria que cada ocho años, es decir, cuando las de seis tuvieran catorce y las de doce veinte, se obtenia el resultado siguiente: que un 20 por 100 habian ingresado en las cárceles de mujeres por hurtos, golpes y disputas; más de un cuarenta se encontrarían en las casas de prostitucion, ó por lo menos seducidas; y que de las cuarenta restantes, en la miseria y las enfermedades propias de la

desastrosa existencia tenida en los primeros años, habían encontrado la mitad una muerte prematura.

¿No es altamente sensible que tantas existencias sean perdidas para el bien, contribuyendo á la relajación de las costumbres, al empobrecimiento de las fuerzas físicas, al aumento de la prostitución y al descrédito moral y material de la sociedad? ¿No sería digno de todo elogio cuanto se hiciera por disminuir estos males, poniendo los medios de impedirlos? La ignorancia de los padres y el egoísmo, su consecuencia lógica, son la causa primordial de este abuso. La escasez de recursos puede servir de excusa, pero siempre creemos que, aun así, podría remediarse. Cierto es que los padres pobres necesitan que todos los individuos de la familia ganen, por lo menos, parte de lo que consumen; y como el aprendizaje de un oficio cualquiera es improductivo, encuentran más cómodo poner á las criaturas en la vía pública con cualquiera de esas industrias para las que no se necesita ni capital ni conocimientos. Más también lo es que de este modo la niña que, apenas sabe recorrer sola algunas calles, comienza su *viacrucis* en la puerta de un café.

Todo metal tiene su escoria; pero es bien triste que la escoria de los pueblos sean criaturas humanas, seres inteligentes, organizaciones delicadas, á las que solo hace falta una mano salvadora que las guie por la senda del bien para adornarse con todas las virtudes.

Si la degradacion es siempre repulsiva, lo es tanto mas cuanto el sér degradado es más bello. Por eso se fija nuestra mirada en las niñas, ángeles del hogar y de la familia.

Las organizaciones delicadas son más susceptibles de extraviarse por lo mismo que comprenden con mayor rapidez. Allí, donde el niño no llega hasta los catorce ó quince años, la niña alcanza más pronto. Por eso el peligro es mayor, y las consecuencias más lamentables.

Mucho falta que hacer todavía en nuestra patria; pero puesto que marchamos por la senda del progreso, no debia dejarse para lo último la medida de que, en los grandes centros de poblacion, en donde se producen los males que en este momento lamentamos, hubiera industrias de esas que exigen escasas fuerzas físicas, para emplear á esas niñas pobres á las que su familia necesita ocupar para alimentarlas: por escasa que fuera la retribucion, siempre podria equipararse á la mezquina utilidad que puede proporcionar la venta de periódicos, palillos ó flores.

El tiempo bien distribuido y las fuerzas aplicadas con inteligencia, se sabe cuán productivas pueden hacerse. Por fortuna en Madrid, así como en todas las grandes capitales de España, abundan las escuelas gratuitas, y el trabajo podria distribuirse de modo que las niñas pudieran al mismo tiempo recibir una modesta educacion. De esta suerte el recogimiento, los

buenos ejemplos y las ideas religiosas, incultadas en sus tiernas inteligencias, harían de esas pobres criaturas jóvenes modestas, laboriosas, inteligentes y honradas, que serían más tarde buenas esposas y buenas madres de familia, mientras que hoy son una calamidad pública y privada, y muchas veces el oprobio de nuestro sexo.

Todos estos son males que trae consigo la ignorancia. Desgraciadamente los mismos que les sufren están á veces no sólo conformes con su suerte, sino contentos; por eso es tan necesario que la instrucción, además de gratuita, se haga obligatoria, mientras llega el día en que las clases populares en general deseen espontáneamente instruirse y recibir esa educación que hoy consideran algunos de sus individuos como supérflua, no solo en las niñas sino hasta en los varones. Error gravísimo y lamentable del cual es necesario, absolutamente necesario, que salgan esos desgraciados, toda vez que, manteniéndose en él, labran su infelicidad y la de sus propios hijos.

CAPITULO VI.

Mayor aun que el de niñas, es el número de niños vagabundos que circula, no solo por las calles y plazas de las grandes capitales, sino hasta de las miserables aldeas. Si otras consideraciones de más peso no se

ofrecieran á toda hora para pedir la instruccion gratuita y obligatoria en toda la nacion para las clases populares, bastaria por sí solo el desconsolador espectáculo que presentan esas infelices criaturas, cuya inteligencia está completamente abandonada, anulando así las facultades que deberian cultivarse en provecho del individuo primero, y despues en el de la sociedad en general. Si la degradacion en el niño no presenta aspecto tan doloroso, ó mejor dicho, no impresiona tan dolorosamente el ánimo como en la niña, porque siempre es más sensible á la vista mirar cubiertos de fango los perfumados y nítidos pétalos de la azucena, que las ásperas hojas del jaramago, no por eso la pérdida moral y material que esta degradacion implica, es ménos positiva. Esos años perdidos por el niño en la ociosidad, esos hábitos de holgazanería que adquiere en la infancia, son gérmenes funestos que desgraciadamente dan un fruto amargo las más veces, ó cuando ménos esterilizan la tierra, inutilizándola para el cultivo ulterior, y todo esto supone un robo hecho al progreso de los pueblos y á la marcha y perfeccionamiento de la humanidad.

Millares de niños de 4 á 12 años podrian contarse en España que, durante ocho ó más años, no dan un solo paso en la senda de la instruccion, ni dedican una sola hora á la educacion moral, física é intelectual, y gracias si, durante ese tiempo, no adelantan en el mal todo el camino que dejan de hacer en el bien.

Las calles, las plazas, los paseos públicos, y las puertas de los teatros y de los cafés, son el campo de sus hazañas en las grandes capitales, y en tales sitios, lo mismo que las niñas, recogen todo el lodo, todas las inmundicias que arroja á la superficie el lago social, emponzoñándose con sus miasmas.

La ociosidad no es el solo vicio que adquieren los niños así abandonados, sino que además invierten el tiempo aprendiendo juegos de azar, frases mal sonantes, equívocos soeces y asquerosos, ademanes obscenos, y por último, no es extraño, ni nuevo, sino que se repite con lamentable frecuencia, el caso de hacerse estas criaturas perversas y hasta criminales. Si despues de recorrer esa etapa de la infancia, si despues de haber perdido lastimosamente el tiempo, hay todavía que lamentar los extravíos que en la juventud sean su consecuencia lógica, díganos, los que miran con tanta indiferencia esta cuestion, si la razon no está de nuestra parte. La lógica más inflexible, la del egoismo, deberia aconsejar á los padres la necesidad y la conveniencia de mandar á sus hijos á las escuelas, á lo ménos durante esos años en que, careciendo los niños de fuerzas físicas, no pueden ser de ninguna utilidad para el trabajo; y jamás podremos explicarnos su extraña apatía, su culpable indolencia, porque teniendo la instruccion la cualidad de gratuita, hasta la disculpa natural de carecer de medios desaparece, y no queda nada, absolutamente nada, en abono de

su descuido, que concluye por convertirse en criminal.

El ánimo se contrista, y la imaginación padece una dolorosísima impresión, cuando se miran esos centenares de niños inteligentes, y en cuya fisonomía despejada y mirada limpia y brillante, se adivina una fácil comprensión y ventajosas disposiciones para aprender todo cuanto quisiera enseñárseles, y que sin embargo, están perdiendo día tras día y año tras año un tiempo precioso, mientras llega por fin el momento de que, encorbandando la espalda al trabajo material, esa inteligencia, ese despejo natural, queda ahogado por las rudas tareas, y el brillo de la mirada, como la luz de la inteligencia, se apaga, apareciendo en su lugar la estúpida sonrisa de la ignorancia. ¡Pobres plantas sin riego y sin cultivo, que ven caer las tiernas hojas que brotaran de sus tallos apenas desplegadas!

Todo el que por uno ú otro medio pueda evitar este mal social y no lo haga, contrae con su conciencia una inmensa responsabilidad. Toda persona que, por su representación, tenga alguna influencia, debería emplearla en convencer á los padres, y sobre todo á las madres, de lo justo y beneficioso que es para sus hijos el recibir alguna instrucción. El amor maternal, tan inmenso, tan dispuesto siempre al sacrificio, debe ser un poderoso auxiliar para conseguir este fin. Que las madres se convenzan de que la felicidad relativa (porque todo es relativo en el mundo)

de sus hijos depende de la educacion, de la instruccion, y no habrá una sola que no se apresure á tomarles por la mano y llevarles á la escuela.

Si el espectáculo de las niñas vagabundas es doloroso y desgarrador, bajo el punto de vista de la moral, y por recaer en ese hermoso sér débil, y sin embargo tan necesario á la humanidad, no sólo por el hecho de la reproduccion, sino por los mil encantos que posee, por ser el lazo de union entre la fuerza y la gracia, entre la razon y el sentimiento; no lo es menos el de mirar en el niño abandonado á la ignorancia y al poder de sus malos instintos, al hombre futuro que, cuando llegue á tal, no llevará á la sociedad otro contingente que el de los vicios que haya adquirido durante esos años perdidos, y que no podrá corregir por carecer en absoluto de toda educacion moral é intelectual, de toda idea clara y precisa del bien y del mal.

Concretando todavía más la cuestion y trayéndola al terreno de la utilidad práctica, por más que esté enlazada con todas las demás, resulta que estos mismos niños, aun dando por supuesto que no se extravíen, y que llegada la pubertad emprendan la senda del trabajo, cualquiera que este sea, no tendrá en el jóven ignorante mas que una máquina humana, sin que pueda poner al servicio de su arte ú oficio nada que no sea puramente material, por carecer la inteligencia de cultivo y de nociones que, de otro modo,

le impulsarian á buscar soluciones fáciles para perfeccionar su trabajo y aprovecharse de los adelantos de otros países, cosa que no puede hacer porque no los conoce. Si, de otro modo, el obrero, que no ha recibido instruccion cuando niño, quiere saber algo, y ya adulto se dedica al estudio, por mas que esto sea muy laudable, y nosotros y con nosotros todo el que se interese por el pueblo lo aconseje, la verdad es que tiene que perder en los estudios rudimentarios un tiempo precioso, que podria dedicar á otros más sérios y profundos; resultando siempre que hay una pérdida material de tiempo que perjudica á la sociedad en general, al individuo en particular, y sobre todo al progreso, bello ideal, al que todos debemos consagrar nuestros desvelos.

Que las observaciones que llevamos hechas son justas, no creemos que necesite probarse; pero en todo caso, ahí está para apoyarnos la nueva ley que la Cámara de los comunes de Inglaterra acaba de acordar, por la cual se prohíbe que los niños de menos de 10 años, sean admitidos en los talleres, y al tener esa edad sólo se les admita si presentan certificado de haber asistido durante cinco años á las escuelas, y haber sido aprobados en los tres ramos principales de la instruccion elemental, esto es: de lectura, escritura y cuentas.

Los legisladores dicen, y á nuestro juicio con sobrada razon, que el niño, hasta la edad indicada, no

puede ser de ninguna utilidad en la familia ni en los talleres, pues dedicándole al trabajo material antes de los 10 años, no se consigue otra cosa que el agotamiento prematuro de las fuerzas físicas, y la anulacion de las facultades morales é intelectuales, haciendo viejos de 30 años, que, encorvados de cuerpo é idiotas de alma, no pueden ser útiles ni á sí mismos, ni á sus semejantes. La ley inglesa, que obliga á los padres á llevar á sus hijos á las escuelas durante esos años, en los cuales no pueden, ni deben entrar en los talleres, lejos de ser una ley arbitraria é injusta, nos parece, segun nuestro pobre criterio, una ley justísima y humanitaria, desde cualquier punto de vista que se la mire: solamente creemos que no debería ser necesaria ni en Inglaterra, ni en ninguna otra parte, porque en interés de los padres, en interés de las familias, está el hacer lo que dicha ley previene, y este convencimiento es el que anhelamos sinceramente que tenga lugar en el ánimo de todos los que se hallen en el caso de hacer uso de él.

Los niños instruidos de hoy darán mañana una suma de jóvenes honrados, laboriosos é inteligentes, que honrarán, primero á sus familias y despues á la sociedad en general, mientras que los niños *vagabundos* y abandonados pueden llegar á ser una plaga social, ó cuando ménos son de muy escasa utilidad para los pueblos por su ignorancia, que deja lugar al desarrollo de todas las pasiones bastardas.

Como, según decíamos al principio de este libro, nuestro trabajo lo consagramos especialmente á la mujer, vamos á trazar ahora algunas líneas dedicadas á consideraciones generales sobre su educación, y después daremos comienzo á la segunda parte de nuestra obra con su análisis minucioso de lo que debería ser la educación femenina, según nuestro pobre juicio, las lecciones que debemos á la experiencia, y los datos que nuestras propias observaciones nos han suministrado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

EDUCACION DE LA MUJER.

INTRODUCCION Á LA SEGUNDA PARTE.

Profundos pensadores, sábios filósofos, severos moralistas, escritores de fama universal, reformadores socialistas, galanos poetas y eruditos historiadores se han ocupado una y mil veces de la necesidad de educar á la mujer, piedra angular en que descansa la base de la sociedad y de la familia. Floridos y elocuentes discursos se han pronunciado en diferentes ocasiones encareciendo, bajo la más bella forma, lo importante y necesario que es á los adelantos de la humanidad y á la prosperidad de las naciones, que la mujer reciba una educacion sólida y profunda, en lugar de la frívola y superficial que hoy se la proporciona, aun en los pueblos que marchan á la cabeza del progreso humano. Más ¿de qué manera se han comprendido estas bellas teorías? ¿Se ha dado un solo paso que nos acerque á tan decantado fin? Creemos sinceramente que

no; y en este convencimiento vamos á tratar tan espinoso asunto con la precision y claridad que nos sea posible, y sobre todo con el valor que presta la conciencia del cumplimiento de un deber.

Prescindiendo de las monstruosidades que en todos los tiempos se han sostenido acerca de la incapacidad é imperfeccion intelectual de la mujer; no ocupándonos tampoco para nada de los infinitos sofismas, con los cuales se ha querido probar que la mision de la mujer estaba limitada á criar sus hijos, ó como si dijéramos, á *la propagacion de la especie*; olvidándonos por completo de que en la Era Cristiana, y mucho despues de haber sonado la hora de la emancipacion de la mujer, proclamada por las doctrinas del Evangelio, se ha puesto á discusion si este sér, hecho á imágen y semejanza divina, esta hermosa mitad del género humano, como la llaman los poetas, posee una alma dotada de las facultades de querer, poder y ejecutar; pasando por alto, en fin, tantas y tantas injusticias como se han cometido con la mujer, injusticias mucho más indisciplpables porque partian de un sér fuerte á un sér débil, de una inteligencia que se decia superior á otra limitada, nos ocuparemos sólo de los resultados prácticos que han dado hasta la fecha los conatos de educacion que desde hace algun tiempo se la proporcionan.

No vamos nosotros en este momento á recriminar al hombre por el mayor ó menor egoismo que haya

presidido á los actos que se refieren á la legislacion con respecto á la mujer. El egoismo es un defecto inherente á la humanidad, al que estamos sujetas las mujeres quizá en mayor escala, y solo cuando nosotros hubiéramos hecho leyes para los hombres se podría juzgar con imparcialidad en tan delicado asunto. Lo que sí nos proponemos estudiar detenidamente es si, como llevamos dicho, la forma de educacion que hoy se la da responde, no solo á las necesidades sociales en su parte moral y material, sino hasta qué punto el hombre se ha obcecado en esta cuestion, puesto que la educacion de la mujer, tal como hoy se la comprende, no puede tampoco dar resultados favorables á su egoismo.

Para probar esta verdad, analicemos. Si por egoismo se entiende el deseo natural de proporcionarse la mayor suma de goces posible, eliminando de la vida la mayor suma tambien posible de penas, disgustos, cuidados y contrariedades, y considerando á la mujer en la sociedad y en la familia bajo las acepciones de hija, esposa y madre, ¿qué penas, qué cuidados, qué contrariedades ha de aminorar una mujer á la que se niega la posibilidad de pensar en otra cosa que en frivolidades? ¿Cómo ha de saber llevar con dignidad los reveses de la suerte, la que no ha recibido una educacion moral que, levantando su espiritu, la haga superior á las miserias de la vida?

Si de las contrariedades pasamos á los placeres, no

es ménos difícil de comprender el por qué el hombre, en su egoismo, no ha pensado que la mujer, con una educacion sólida y profunda, unida á los atractivos de que tan pródiga se ha mostrado con ella la naturaleza, podia aumentar hasta el infinito esos goces de que tan ávido se muestra.

La educacion de la mujer, moralmente considerada, debia ser, partiendo precisamente del egoismo del hombre, objeto de un estudio profundo, de una predileccion marcada, y la primera de todas las atenciones de la sociedad.

El hombre ha mordido desesperadamente la cadena en más de una ocasion. Groseros utopistas han creido que la sociedad podria existir sin la mujer, figurándose en su nécio orgullo que la humanidad la componian ellos solos; pero una vez arrancada la venda, y cuando han comprendido que la mujer es la mitad del género humano, y que sin ella la vida, la sociedad y la familia son imposibles, se encuentra mucho más inexcusable aun su apatia para perfeccionar la base, ya que tanto orgullo manifiestan en contemplarse á sí mismos, que creen ser la cúspide del gran edificio social.

Por lo tanto, el hombre es el primero á quien debe interesar que la educacion de la mujer sea una verdad; pero una educacion seria, inteligente y razonada para que pueda servir de sólida base á las virtudes públicas y privadas, haciendo de este modo que la

hija, la esposa y la madre ocupen el lugar que les corresponde en la sociedad y en la familia.

Que la sociedad está interesada en la educacion de la mujer es una verdad tan palmaria, que casi nos pareceria una redundancia ocuparnos de ella, si no la viéramos tan desconocida. El dilema está claro hasta la evidencia. O el hombre se cree con la ciencia infusa, y hablamos de la más importante de las ciencias, la ciencia de la vida, la ciencia del corazon, la ciencia del sentimiento, ó necesita que su corazon, su inteligencia de niño, su razon de hombre se lo forme una madre, en cuyo caso mal podrá hacer todo esto un sér frívolo, ligero, incapaz de ocuparse de nada sério, y cuya educacion imperfecta no le permite comprender la alta mision que está llamada á llenar en el mundo.

La mujer, sin una educacion sólida, si un rasgo de heroismo, si una ráfaga del fuego sagrado de la virtud inculca en su hijo, se lo debe al sublime instinto maternal, y, por lo mismo que es solo el instinto y no la razon quien la guia, está sujeta á caer en el error.

Que la familia necesita el perfeccionamiento en la educacion de la mujer es tan claro, tan lógico y tan natural, como lo es que el sol alumbra y que quema el fuego. Por mucho que el hombre quiera prescindir de la mujer, no puede renunciar á la familia. La familia es la sociedad concentrada, reducida á su más delicada esencia, y que el hombre ha nacido para vi-

vir en sociedad no es cuestionable, ni puede serlo. Luego si la familia es la sociedad en su más delicada expresión, y el hombre necesita vivir en familia y para la familia, ¿en dónde le aconseja su egoísmo que la virtud sea más sólida, la razón más clara y la inteligencia más cultivada, sino en el hogar doméstico?

Pues para coger estos sazonados frutos es necesario sembrar una buena educación, ó de lo contrario resignarse á las consecuencias: tal es la inflexible lógica de los hechos.

Que la educación de la mujer es imperfecta en su esencia, es una verdad harto conocida; así, pues, nuestro trabajo tendrá como objeto primordial anatematizar los defectos gravísimos de que, según nuestro juicio adolece, y señalar al mismo tiempo la senda que debía seguirse para llegar á la tan deseada meta de que la mujer sea en la sociedad y en la familia el iris de paz, el lazo de unión, la dulce compañera del hombre, el bendecido oasis en donde halle descanso después de la fatigosa jornada que diariamente hace por el árido desierto de la vida el hijo, el padre ó el esposo, ya se considere á la mujer en el seno del hogar como hija, esposa ó madre.

Como las excepciones no forman regla, dejaremos éstas para más adelante, y nos ocuparemos con preferencia y ante todo de la mujer, considerada solo bajo el punto de vista del papel que la naturaleza parece haberla designado en el hogar doméstico.

Cuando un matrimonio recibe de la Providencia como fruto de su union una hija, no piensa seguramente que pueda ser ésta más tarde un célebre abogado, un renombrado filósofo, ni un aguerrido general: lo único á que parece aspirar es á que aquella niña sea una mujer perfecta, una jóven bien educada y, á su vez, una honrada madre de familia.

Partiendo de esta base, y dejando, segun hemos indicado, las excepciones para más adelante, veamos ahora lo que estos padres previsores enseñan á su hija, de la que desean hacer un modelo de virtudes.

En primer lugar, la educacion de la mujer, por otra parte completamente nula para la vida práctica, tiene por cimiento la mentira. Lo primero que se le enseña á la niña, apenas comienza á manifestarse su razon, es á disfrazar todos sus sentimientos y deseos, prohibiéndola, bajo el pretexto del pudor, que tenga ideas propias del bien y del mal, negándose á satisfacer el natural deseo que ella siente de aclarar aquello que no comprende.

Si, poseyendo una inteligencia precoz, comprende por sí misma algo de lo mucho que más tarde puede enseñarla la vida social, no la es permitido exponer su juicio, y teniendo que guardar dentro de sí estas nociones, no muy bien definidas, es casi seguro que las aplicará de un modo deplorable, y hé aquí uno de los primeros inconvenientes del sistema de educacion que hoy se da á la mujer.

Como no queremos entrar en el terreno vedado de la instrucción oficial, limitaremos nuestras consideraciones á lo que entendemos por educación moral, práctica y material, dentro del seno de las familias, educación que creemos mucho más influyente que la oficial, y, por lo tanto, que entra más directamente en la confección de esa entidad social que se llama mujer convertida en hija, esposa y madre, pues generalmente las individualidades de que nos ocuparemos después se educan por sí mismas como las antiguas *Etaires* griegas.

Decíamos que, escudados los padres, maestros y tutores tras la palabra pudor, la primera *virtud* que tratan de inculcar en el alma de la mujer es la hipocresía, y como no hay nada tan lógico como la naturaleza, el edificio levantado sobre esta base tiene que resentirse de las malas condiciones de los cimientos.

No concediendo gratuitamente á los padres y maestros que toman sobre sí el cuidado de formar el alma de la mujer, encerrada en el cuerpo de la niña, el don de la segunda vista, no puede comprenderse de qué medio se han de valer para corregir las inclinaciones defectuosas, si lo primero que inculcan en aquella tierna inteligencia es la necesidad de ocultarlas.

Si creyéramos necesario combatir hoy las monstruosidades que tantas veces se han dicho y sostenido por los hombres, nuestros eternos detractores, de que

en la mujer es innato el mal, atacándolos con sus propias armas, les diríamos que para combatir una enfermedad, ya sea moral, ya física, es de todo punto necesario conocerla, y conocerla desde su origen, pues mal podría la ciencia aplicar el remedio si el enfermo se empeñaba en disfrazarse con las apariencias de la salud. Entiéndase, además, que esto es solo una hipótesis para destruir el sofisma de la hipocresía, necesaria en las jóvenes, pues en cuanto al vicio intuitivo en las mujeres, por más que la especie haya sido vertida por sábios y filósofos, no dejará de ser siempre un sarcasmo horrible, una blasfemia lanzada al rostro de la Providencia.

Otro contrasentido más palpable hallamos aun bajo el punto de vista puramente especulativo. Se educa á la jóven para que, obedeciendo á las eternas leyes de la naturaleza, realice el fin para que ha sido creada, es decir, para ser el lazo de union entre el hombre y la sociedad por medio de la familia.

Por poco que un padre ame á sus hijos, le veremos mostrarse orgulloso con ellos; y si tiene una hija jóven, bella, modesta y hacendosa, ó que, á lo ménos, parece poseer todas estas y otras muchas virtudes, no se dará por satisfecho hasta que halle para ella un esposo modelo. Ahora bien: si, como consecuencia lógica de su educacion, á esta jóven se la ha enseñado á mentir una modestia que no tiene, una prudencia que no está en su carácter, una sumision á la que se re-

siste su naturaleza, y otra porcion de cualidades, en fin, que se ha convenido en llamar virtudes, ¿qué hace ese padre sino tratar de salir como un mal mercader de una mercancía fraudulenta? Luego el orgullo que manifestaba por su hija no era por ella, por sus virtudes, sino por lo perfectamente que habia disfrazado sus vicios.

De este primer defecto de educacion parten, segun nuestro juicio, muchos de los graves males que más tarde hay que deplorar en la vida de la mujer con relacion á la familia y á la sociedad, pues si á la niña se la permitiera la franca manifestacion de sus inclinaciones, seria mucho más fácil corregir aquellas que se creyeran viciosas; y aun en el caso de persistencia, cuando la niña fuera jóven y la jóven mujer, no llevaria al seno de la familia ese gérmen oculto de perturbacion, y nadie podria tacharla de haber usurpado el culto de virtudes que no poseia.

Los males conocidos llevan ya en sí la mitad del remedio por la facilidad que ofrecen para su aplicacion: esta es una verdad harto sabida. Ahora bien: cuando estas teorías se aplican para las cosas más triviales de la vida, con mucha más razon deberian aplicarse para un acto de tanta importancia como la formacion moral de un individuo, que no es sólo la mitad del género humano, sino el todo; porque por una ley fatal de compensacion, el hombre, con todo su orgullo, con toda su omnipotente superioridad, no es,

no ha sido, no será nunca más que aquello que la mujer quiera que sea.

Por consiguiente, hombres de progreso, hombres de ciencia, reformadores sociales, ¿aspiráis á una sociedad perfecta? Educad bien á la mujer.

Hemos, aunque muy ligeramente, señalado uno de los defectos de que adolece la educacion de la mujer, y de los más graves, segun nuestro juicio: en los capítulos sucesivos iremos marcando otros muchos, y quiera Dios que nuestro pobre trabajo no sea estéril.

Terminábamos el párrafo anterior señalando el primero y más pernicioso de los defectos de que adolece la educacion de la mujer; esto es, la costumbre que se le inculca de mentir (creemos que las cosas deben llamarse por su nombre), aparentando virtudes que no posee, mientras oculta cuidadosamente todo lo que pudiera la sociedad tachar de vicioso. Esto, en buena lógica, nos parece que es decir sencillamente á la niña que ha de ser más tarde la mujer, «poco importa que no seas buena con tal que lo parezcas.» Los comentarios de tan bella máxima se hacen por sí mismos.

Los partidarios de la hipocresía hacen su elogio diciendo que ésta es el culto que el vicio rinde á la virtud; esto nos parece tan absurdo como si en los templos se quemara amoniaco en lugar de incienso. Además, á la verdadera virtud la debe bastar con serlo, sin cuidarse del culto, lo cual supone vanidad; y

como la vanidad es un vicio, lógicamente se deduce de tal premisa, que la virtud que necesita del culto de la hipocresía es tan falsa y viciosa como aquella. Por otra parte, si la educación de la mujer comienza con un vicio, no es lógico ni natural que sea después un conjunto de virtudes, como no lo sería empeñarse en edificar sobre cimientos de movable arena un edificio de pesado y sólido granito y exigir que tuviera condiciones de solidez y duración.

También es muy frecuente ver en los conatos de educación que hoy se proporciona á la mujer, no pequeñas contradicciones.

A la niña, hasta cierta edad, se la permite hacer y decir todo cuanto quiere ó piensa. Si tiene doce años y once meses, por ejemplo, y sus vestidos no llegan al tobillo, los amigos de la casa pueden impunemente besar sus rosadas mejillas, alisar sus cabellos, sentarla sobre sus rodillas y hasta pedirle que les devuelva parte de estas inocentes caricias.

Más hé aquí que la niña cumple los trece años y la falda de su vestido tiene algunos centímetros más de larga; los padres, por esta sola razón, la prohíben que haga hoy aquello mismo que ayer pasaba por una gracia inocente. Si no la dan de este hecho más explicaciones, aunque las pida, cerrándola la boca con la palabra pudor, ¿cuántos comentarios no hará en su infantil imaginación para descifrar este enigma? ¿Por qué, dirá, es malo hoy lo que era bueno ayer?

Ahora bien, para obviar este no pequeño inconveniente, debia, ó no permitirse lo primero, ó dar á lo segundo una ámplia explicacion que llevase á la inteligencia el convencimiento.

Estamos tratando, segun ya hemos indicado, de la educacion práctica, es decir, de la formacion del sér moral; y debe tenerse en cuenta, que en esta formacion entra por partes iguales lo que se enseña y lo que no se enseña debiendo hacerlo. Ahora bien, ¿por qué no se ha de permitir que la jóven tenga ideas propias, y sobre todo que las emita? ¿Qué se proponen los padres al dejarla en una completa ignorancia acerca de cuanto más tarde el mundo ha de enseñarla, quizá con bien amargas lecciones? ¿Por qué esponerla á que forme juicios falsos y saque deducciones erróneas, cuando seria lo más natural ayudar su inteligencia, abrir discusion, aclarar sus dudas y concretar sus ideas? ¿No hacen esto mismo con los hijos? ¿No discuten con ellos? ¿No rectifican ó ratifican sus juicios? ¿Qué razon, pues, hay para no hacer esto mismo con las jóvenes? ¿No van á vivir en el mismo mundo, no tienen que luchar un dia y otro con las mismas contrariedades, con las mismas pasiones y con los mismos lazos é intrigas que tanto abundan en la sociedad?

Pues la única, la suprema razon que alegan es *el pudor*; y siempre el eterno tema, y siempre la eterna injusticia, segun la cual, una jóven no puede ser ino-

cente, sencilla, buena, púdica y virtuosa sino en tanto que sea ignorante, y mientras en su cerebro no esté muda toda idea, todo pensamiento.

Sin embargo, más tarde se querrá que esta misma jóven, convertida en madre de familia, eduque é instruya á sus hijos, sin duda por medio de la ciencia infusa que esperan se desarrolle en ella bajo la influencia del matrimonio. Mas como nada hay tan lógico como la naturaleza, así como el olmo no dará nunca peras, ni olivas el manzano, la madre ignorante nada tendrá que enseñar á sus hijas ni éstas á las suyas, y tejiendo y destejiendo la eterna tela de *Penélope*, si nosotras no tratamos de romper ese círculo fatal en el que nos tienen encerradas las preocupaciones por un lado y el egoismo ó la apatía de los hombres por el otro, la sociedad marchará adelante, porque ese es su destino; pero marchará como el carro que lleve dos ruedas desiguales; marchará torpemente, sirviéndole de rémora la ignorancia y nulidad de la mujer.

Hay más todavía; en lo que llevamos dicho parece como que queremos abrigar la ilusion de que en la mujer se pretenda educar, aunque de un modo equivocado é incompleto, algo más que el cuerpo. Pero á poco que nos fijemos, esta ilusion desaparece, y vemos clara, desnuda, la triste realidad; vemos que, si hoy no se nos niega el alma, como en otro tiempo, se la anula, relegándola al último término; y si no, procedamos con órden y veamos los elementos que com-

ponen la educacion de una jóven, no solo de la clase media, sino de la más elevada aristocracia.

Primero, clases de adorno; segundo, prácticas religiosas; tercero, conveniencias sociales; cuarto, utilidad material, esto es, modo de hacer valer las gracias para establecerse con las mayores ventajas posibles; ¿y despues? Despues, nada. Despues, el vacío, el tédio, la muerte moral, ó bien las pequeñas intrigas, las pequeñas miserias, las mezquinas pasiones ocupando el lugar de la inteligencia y llenando el vacío que no puede llenar el pensamiento; haciendo de este modo de un sér todo corazon, todo sentimiento, con perfecta aptitud para contribuir á la marcha del progreso humano; dotado de exquisita sensibilidad, de abnegacion sin límites, y creado para ser el lazo de union entre el cielo y la tierra, entre el hombre y la sociedad, entre la fuerza y la razon, un sér frívolo, inepto, nulo para todo lo que sea grande y elevado, incapaz de llenar de otro modo que materialmente su mision en el mundo, y empequeñeciendo hasta el más sublime de los sacerdocios, el de la maternidad.

Como en la formacion del sér moral de la mujer entran lo mismo los elementos materiales que los que se refieren al espíritu, no podemos pasar por alto lo que en este ramo forma parte de la educacion.

Empezando por las labores propias de nuestro sexo, que han de servir, ya de recreo, ya de utilidad, puede observarse que se atiende mucho más á lo supérfluo

que á lo necesario, dejando siempre con este equivocado sistema una puerta á la desgracia, y este es un punto que nos proponemos tratar detenidamente en la segunda parte de este libro.

Los sentimientos de la humanidad.

Como en la formación del ser moral de la mujer entran lo mismo los elementos materiales que los que se refieren al espíritu, no podemos pasar por alto lo que en este ramo forma parte de la educación.

Requerido por las labores propias de nuestro sexo, que han de servir ya de recreo, ya de utilidad, puede observarse que se atiende mucho más á lo sensible

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

EDUCACION MATERIAL DE LAS NIÑAS DEL PUEBLO POR LAS MADRES Y LAS MAESTRAS.

Decíamos al comenzar este libro, que nuestros desvelos se los consagrábamos con preferencia á la mujer, y por lo tanto, despues de haber tratado en la primera parte de la educacion popular en general, vamos ahora á dedicarnos á las niñas y las jóvenes, hermoso plantel de donde han de salir, para ser trasplantadas al apacible vergel de la familia, las esposas y las madres.

Grande es la influencia del espíritu sobre la materia: mucha es, sin disputa, la superioridad de el sér moral sobre el físico; pero como no es posible separarlos sin romper la admirable armonía establecida por Dios entre el cuerpo y el alma, necesariamente tenemos que sufrir las exigencias del primero y subvenir á sus necesidades materiales, procurando conservar el perfecto equilibrio, para lo que sirve de regulador la razon.

Sentado, pues, este principio, y admitiendo la imposible separacion de las dos entidades que componen el sér, esto es, el espíritu y la materia, á las dos hay que atender igualmente, y las dos necesitan ser educadas para que se completen y marchen unidas hácia el perfeccionamiento, que es su verdadero fin. En este supuesto, no deben desarrollarse demasiado las facultades físicas en perjuicio de las intelectuales, ni éstas en menoscabo de aquellas, porque son tambien necesarias á la vida; y por lo tanto, una perfecta educacion debe abarcar todos los puntos que entre sí están relacionados para armonizar el todo.

No consiste de ninguna manera una buena y conveniente educacion en poseer extensos y profundos conocimientos, por lo que hace á la parte intelectual, ni tampoco en lo vario y difuso en lo material. Lo verdaderamente útil, lo necesario, lo que facilite la marcha por entre los escollos de la vida, eso es lo que ante todo debe entrar como primer elemento en la educacion, y sobre todo en la educacion popular.

Reconocida la influencia de la mujer en la sociedad y en la familia, á la mujer es á la que debe atenderse con preferencia, y como la mujer antes de serlo, es niña, por la niña debe empezarse la tarea que tan visibles resultados ha de dar en la práctica.

La distancia que media entre la niña y la mujer, entre la jóven y la madre, es tan corta, que por esta razon necesitan hacerse los mayores esfuerzos para

que en su educacion no entre nada supérfluo, nada que la obligue á perder un tiempo precioso.

Gracias á su viva imaginacion, la niña es mucho más apta para aprender en poco tiempo cosas en las que el niño necesita emplear casi el doble, y esta disposicion natural debe aprovecharse con esmero.

La niña encuentra, generalmente hablando, recreo en el estudio ó en la práctica de aquello mismo que la enseñan como deber; así vemos que el coser, el vestir las muñecas, el figurar que las enseña á leer, las faenas de una casa, los cuidados domésticos y otra porcion de detalles, forman sus juegos favoritos, y todo esto creemos que debe aprovecharse para adelantar cuanto sea posible su educacion material, y de este modo ganar un tiempo que luego es necesario dedicar á la educacion moral é intelectual, toda vez que la niña, para llenar las funciones á que la destina la naturaleza, es necesario que pase desde los umbrales de la pubertad á la cámara nupcial. Teniendo presente todo esto, volvemos á insistir en la necesidad de que el tiempo sea convenientemente repartido, y que se descarte de la educacion de las niñas en general, y de las del pueblo en particular, todo lo que sea supérfluo y se agregue, con especial esmero, todo lo útil y necesario.

Lo primero, lo imprescindible, ya se debe suponer que es la lectura, la escritura y las cuatro reglas de la aritmética, y despues la costura; pero costura útil,

no fruslerias y puerilidades, que á nada conducen, ni para nada le pueden servir, ni á la niña ni á la joven del pueblo.

Las labores de mano, que no responden á las necesidades de la familia, son, además de inútiles, perjudiciales; porque roban el tiempo y extravían el gusto que la niña manifiesta desde luego, segun antes hemos dicho, por las ocupaciones propias de su sexo, y que pudiéramos llamar hasta intuitivas de las que ha de tener más tarde en su hogar.

Por mas que el progreso, con sus adelantos materiales, tienda á simplificar en parte las tareas, aligerando su peso, ya con la máquina, ya por otros medios, siempre quedan en el hogar doméstico ocupaciones y deberes materiales que nadie puede desempeñar, ni llenar mas que la mujer.

A pesar de las máquinas y de la profusion de tiendas de ropas hechas, que simplifican las tareas que hace algunos años tenian que desempeñar las mujeres dentro de la casa, no por eso se crea que, si esta ha de estar bien regida, no necesita la madre de familia atender á mil y mil detalles. Las ropas nuevas convengamos en que pueden comprarse hechas á precios bastante módicos; pero aún así, estas ropas se rompen, y es necesario componerlas, porque el segundo servicio que presta una prenda compuesta suele ser más largo y de mayor utilidad y economía que el primero. Queda despues la limpieza y arreglo de

los muebles; el aseo, ese lujo de los pobres que no puede apreciarse en su justo valor sino cuando se ven muebles caros, pero mal cuidados, y que por su abandono inspiran repugnancia. Los cuidados inteligentes del ama de la casa no pueden ser sustituidos, sin gran desventaja, por los que prestan los criados, aun en el caso de tenerlos; calcúlese ahora qué aspecto presentará una casa en la que, ni haya criados, ni las mujeres de la familia, jóvenes ó ancianas, hijas, madres ó esposas se ocupen del aseo y la economía.

Desde hace algun tiempo, sobre lo que tenia ya de vicioso la educacion que se daba á las niñas, se ha establecido la costumbre de enseñar en las escuelas, con preferencia á las labores útiles, una porcion de tonterías (no merecen otro nombre) que para nada pueden servir, sobre todo, en las jóvenes de la clase obrera, y lamentándonos con las maestras de esto, que creemos un extravío, nos han contestado que era exigencia de las mismas madres. Ridículo, ya que no otra cosa, pues más duramente podria calificarse, es el cuadro que presentan en algunas escuelas de miserables aldeas: las niñas descalzas, súcias las manos, enmarañados los cabellos, rotos y desaseados los vestidos, y con tan lastimoso aspecto verlas ocupadas en hacer encajes y puntillas de *croché*, punto de *frivolite*, flores de cera y otras labores no menos en desarmonia con su pobreza presente y con su probable posicion futura. Cuando esas niñas abandonen las escue-

las, ¿de qué utilidad podrán serles todas las citadas habilidades y primores? ¿qué ayuda podrán prestar con ellas á sus ancianos padres? Pues esto sucede en casi todas las escuelas, y segun hemos dicho antes, por exigencia de los mismos padres, lo que prueba lo arraigado que está el mal en esto de dar á la mujer una torcida educacion, y lo necesario que es el sacar al pueblo de ese error, para que comprenda que no es esta la forma de elevar á sus hijas, si tal es su deseo, porque enseñarlas lo supérfluo, dejándolas ignorar lo necesario, es hundirlas más en la miseria, quitándolas los medios de salir de su precaria situacion, ó de soportarla, á lo menos, con mas tranquilidad, pudiendo ser útiles á sí mismas, acorriendo á sus necesidades con los elementos recibidos en una acertada educacion.

Lo que decimos de las aldeas es aplicable á todas las clases trabajadoras en general, y aún á la clase media. La mujer necesita ser educada en la niña, y á la niña se la debe enseñar, antes de lo supérfluo, lo necesario, y lo necesario es la lectura, la escritura, las cuentas, y en labores de mano la confeccion y arreglo de sus propios vestidos y los de su familia, el aseo, la economía doméstica: acostumarla desde luego á distribuir el tiempo, como un caudal que no debe desperdiciarse en frivolidades; inspirarla amor al trabajo y al orden, que es el principio del bienestar material, y que hasta cierto punto tiene enlace con

la tranquilidad moral, puesto que evita muchos disgustos y sinsabores de la vida que podrian alterarla.

Adoptado este sistema de educacion material ó física, y repartiendo convenientemente el tiempo, cuando la niña hubiera aprendido todo lo que dejamos indicado, el resto dependeria solo de las circunstancias y posicion social en que estuviera colocada, porque la levadura es la misma para la masa del pan blanco que para la del moreno. Si la posicion de la familia la permitia dar á su hija algunos conocimientos de puro adorno, sabria unas cosas y otras, y si no, seria simplemente una mujer hacendosa y útil en el hogar, dejando el brillo de lo innecesario á quien pudiera permitirse tal lujo.

A pesar de lo general que se va haciendo el que la mujer del pueblo acuda á las fábricas, y por consiguiente á que sea más bien un individuo en la casa, que la madre de familia y el ama propiamente dicho, como esto no sucede mas que en las grandes capitales, y en las ciudades ó villas industriales y fabriles, no creemos que nuestro modo de juzgar la cuestion esté fuera de lugar, pues siempre quedará una inmensa mayoria de mujeres cuya vida pase dentro del hogar, y para quienes la educacion que proponemos sea necesaria, mientras que á las otras en nada las perjudicaría. Lo que es útil hay siempre medio de utilizarlo, mientras que lo supérfluo rara vez encuentra aplicacion.

Ampliando, despues de lo que hemos indicado, un poco más los conocimientos de la jóven del pueblo, como se supone que sabe leer y escribir, se le deberán proporcionar manuales de economía, en los que, por sí misma, aprendiera á cuidar de algunos detalles que en las casas, tanto en los pueblos como las ciudades, pueden ser lucrativos, y aumentar los recursos de la familia, tales, como el cuidado de las aves y animales domésticos, el cultivo de algunas plantas, la confeccion de algunos artículos de primera necesidad y la conservacion de frutos, hortalizas y legumbres. Sabiendo leer, la mujer encontraria mil medios de utilizar la lectura para proporcionarse conocimientos aplicables al bienestar material de su familia en los manuales de jardinería y de horticultura. En las recetas de medicina casera encontrarian multitud de medios para prevenir males que nacen de imprudencias é imprevision. Asimismo hallarian otra porcion de secretos útiles para limpiar las ropas sin deterioro y para darlas nuevo color; métodos de lavado y planchado económico y otros detalles de verdadera utilidad práctica. No se crea por esto que la inteligencia perderia nada por dedicarla al conocimiento de las cosas de utilidad puramente material, porque lo principal es acostumbrar á la jóven á pensar, á discutir consigo misma, ó con los demás, aquello que piensa, y ponerlo en ejecucion para obtener un resultado práctico, pues una vez la inteligencia puesta

en actividad, ella misma impulsa al individuo á seguir más allá, elevándose á medida que mayor suma de trabajos ejecuta.

No estamos seguros de haber acertado á expresar claramente nuestro pensamiento; pero á lo menos lo hemos intentado con entera y absoluta buena fé, y partiendo de la experiencia que nos han dado las observaciones hechas por nosotros en muchos y repetidos casos, en los que hemos estudiado la educacion que hoy se da á las niñas en general, y á las de las clases populares en particular. Ya en otra época hablamos de esto mismo, pero lo hicimos englobando en el asunto consideraciones generales de un orden superior: por eso hoy le dedicamos este capítulo en particular.

Por una idea de progreso mal entendida, todas nuestras aspiraciones, todas nuestras tendencias tienen por objetivo elevarnos sobre el nivel en que la suerte nos ha colocado. Nada más natural ni más digno de respeto que estas tendencias, cuando la razon las sirve de guia y la prudencia de regulador; mas es un extravío lastimoso el que, la mayor parte de las veces, hace que estas aspiraciones, estas tendencias, no tengan otro punto de partida que la satisfaccion de una pueril vanidad, ni se propongan otro fin que la vanidad misma.

Este juicio erróneo que se tiene de lo que es progreso, se refleja, más que en ningun otro acto de la

vida, en lo que se refiere á la educacion de la mujer. Bajo el pretexto de que es necesario marchar con los adelantos del siglo, el artesano quiere que su hija reciba una educacion aristocrática hasta cierto punto. La clase media, que encuentra invadido su terreno, eleva sus miras, y traspasando los límites naturales que la sociedad, tal como está organizada, tiene marcados, educa á sus hijas para duquesas. Vienen despues las clases elevadas, y cada familia cree que se rebajaria si no pusiera á las suyas al nivel de las princesas y de las reinas; y entiéndase que nos referimos á la parte material de la educacion. Ahora bien, ¿qué resulta de todo esto? Que enseñando á las jóvenes una multitud de cosas supérfluas, segun su clase, y olvidando las necesarias, se deja siempre una puerta abierta á la desgracia, como no puede menos de suceder con tan equivocado sistema; porque las mismas condiciones en que hoy se encuentra nuestra sociedad, hacen que los cambios de fortuna sean más rápidos y frecuentes que en otro tiempo; y una educacion en la que todo es negativo, no puede servir de garantía para el bienestar material. Como no queremos emitir opiniones aventuradas, vamos á demostrar, lo más claramente que nos sea posible, la verdad de cuanto acabamos de decir.

Conocemos una porcion de niñas, hijas de modestísimos artesanos, que saben hacer primorosamente flores de cera, de tela y de papel; que bordan con per-

feccion en blanco y en cañamazo; que hacen mil diferentes labores y dibujos en puntos de crosé, tunecino y de malla; que poseen, en fin, una porcion de habilidades por el estilo, perfectamente inútiles, mientras que ninguna sabe hacerse por sí misma una sencilla camisa, ó cualquiera otra de las prendas que constituyen su vestido. Estos padres piensan, sin duda, que sus hijas estarán más tarde en una posicion que les permita pagar una modista, pues las precitadas labores, no solo no las sirven para subvenir á sus necesidades, sino que las son embarazosas, haciendo que las niñas, habituadas á este trabajo frívolo, cobren repugnancia á las faenas más groseras y materiales. Esto, además de las molestias que trae consigo la escasez de recursos, las proporcionará la contrariedad moral que causa siempre la conciencia de la propia ineptitud.

CAPITULO II.

Los errores que lamentamos en las hijas del pueblo se repiten exactamente en las demás clases de la sociedad; pues tratándose de la educación femenina, parece que el equivocarse es indispensable, necesario.

En la clase media, como más numerosa, los estra-

gos de esta lamentable equivocacion son más visibles y de lastimosos resultados.

Se cree haber llegado al pináculo de la perfeccion cuando á una jóven de esta clase se le ha enseñado, además de las labores de aguja, un poco de música, algo de dibujo, á dar tormento á las teclas de un piano ó á las cuerdas de un arpa, un poco de equitacion, un mucho de baile, y á recitar de memoria algunas composiciones poéticas de Larra, Espronceda y Zorrilla. Ahora bien; para el caso de un percance, de una de esas burlas que la fortuna suele jugar aun á sus favoritas más queridas, ¿qué utilidad material se puede sacar de todos estos conocimientos? ¿Podria ninguna de estas habilidades suplir la falta de criados para el arreglo de una familia? ¿No comenzarian inmediatamente á tocarse los inconvenientes de esta educacion, representados por la nulidad completa de una mujer que, aun con la mejor voluntad, no podia llenar el vacío que dejaban en su casa la criada ó la doncella, á quienes no podia pagar? Pues esto mismo, en mayor escala, puede suceder y sucede en las clases elevadas, porque la inconstancia de la fortuna no respeta títulos ni nombres; y más de una vez hemos oido lamentarse amargamente á mujeres que han ocupado una gran posicion social, por no encontrar en la educacion que habian recibido recurso alguno para atender á sus necesidades y librarse de las molestias que trae consigo la nulidad acompañada de la miseria.

La verdadera utilidad no está en que la mujer sepa un oficio, del que pueda lucrarse: no es de esto de lo que nos estamos ocupando. No es que nosotras pretendamos que á la niña no se la enseñen esas labores delicadas que perfeccionan el gusto, despiertan el sentimiento de lo bello y constituyen una ocupacion agradable para esas largas horas en que el fastidio procura invadir el espíritu para pervertirle; pero creemos sinceramente que antes de lo agradable debe estar lo útil, y antes de lo supérfluo lo necesario; pues, volviendo á nuestra primera idea, creemos que el verdadero progreso no excluye el que cada cual, sin renunciar á elevarse, no olvide la posicion que ocupa, la que ocupan ó pueden ocupar sus hijas y los cambios de fortuna que pueden sobrevenir, para los cuales es necesario estar prevenidos, si no se quiere que la desgracia y la miseria con todas sus consecuencias invadan nuestros hogares.

Mucho, muchísimo más podríamos decir sobre este mismo tema; pero creemos que basta con lo dicho para que se comprenda nuestro pensamiento, y creemos tambien que la verdad de cuanto rápidamente acabamos de indicar, puede verse prácticamente con solo tender una mirada en derredor y examinar con un poco de detenimiento las desconsoladoras consecuencias que muchas veces trae para la mujer el equivocado sistema de educacion, que consiste en olvidar la enseñanza de lo útil y necesario por lo inútil

y lo supérfluo, sistema que á la vez la deja desarmada contra las vicisitudes y contrariedades de la vida y la hace contraer hábitos que más tarde la obligarán á mirar con indiferencia, si no con repugnancia, las ocupaciones necesarias, aunque materiales, que puede imponerle la imperiosa ley de la necesidad.

Vamos á terminar, porque creemos que con lo dicho sobre el particular bastará, puesto que las verdades que hemos indicado deben estar en la mente de toda mujer que se haya parado á pensar alguna vez en lo nulo, superficial, erróneo y ligero de la educación material que hoy se nos dá.

Si á la jóven se la educa para algo más que para servir de mueble de adorno en un salon; si el padre desea verse reproducido en los hijos de su hija, y si, como es natural, desea que ésta disfrute de tanta felicidad cuanta es posible tener en este mundo, no debe olvidar que las pequeñas causas producen muchas veces los grandes efectos, y que la felicidad moral está tan íntimamente ligada con las causas materiales, que no es posible establecer una separacion completa, ni incompleta; porque no puede separarse el cuerpo del espíritu sin romper la existencia.

Aspirando, pues, á esa felicidad, á esa dicha completa, que no hay padres que no deseen para sus hijos, debia tenerse en cuenta, al comenzar la educación material de una niña, que si la dicha consiste en la tranquilidad doméstica, en poseer el cariño

y respeto del esposo, en hallarse hasta donde es posible al abrigo de las contrariedades de la vida, tanto más asegurada estará cuantas menos causas tenga para romperse; y si el cariño no debe alterarse en el marido porque la mujer ignore ciertas faenas materiales, puede, sin embargo, esta ignorancia ser causa de que aparezcan ligeras nubes, que más tarde sean desechas tempestades en las que naufrague la paz del matrimonio.

Unir lo útil á lo agradable, lo necesario á lo bello, y, sobre todo, anteponer la enseñanza de todo aquello que pueda apartar de la senda de la vida los abrojos, que muchas veces estorban más que los grandes obstáculos, debe ser la mira principal de las madres cuando emprendan la grata tarea de educar á sus hijas; tarea la más dulce, la más santa y la más elevada de cuantas tiene la maternidad.

Como la verdadera educacion de la mujer, tal como nosotros en nuestro limitado criterio la entendemos, es tan vasta, necesariamente al tratar de un punto tenemos que separarnos de otro, para desarrollar con precision y claridad nuestras ideas. Hemos señalado, aunque ligeramente, lo que creemos que falta en la parte material, y ahora vamos á volver sobre nuestros pasos para seguir en su intrincado laberinto sobre lo que hoy se conoce con el nombre de educacion de una jóven.

Al propio tiempo que las labores de mano, ya sean

de adorno, ya de utilidad, se enseña á las niñas prácticas religiosas. ¿Cómo y de qué modo se enseñan estas? ¿Qué nociones, qué ideas inculcan en estas infantiles inteligencias de lo que es la religion y sus prácticas?

Triste, muy triste es decirlo; pero aun está más descuidada la educacion en este punto que en los que hasta el momento hemos tocado: se cree haberlo hecho todo con enseñar á una niña á persignarse y rezar unas cuantas oraciones por la mañana y por la noche; á leer en el libro de misa algunos párrafos medianamente hilvanados, y á pasar unas cuantas horas en un templo escuchando un sermón, que las más veces no oye y otras no comprende. ¿Se cree con esto haber dado á la niña, ni aun á la jóven, una idea clara y precisa de lo que es la religion? ¿Se cree con esto haber enseñado á la que más tarde ha de luchar con todas las contrariedades de la vida, á la que ha de estar espuesta á todas las vicisitudes de la fortuna, á todos los golpes de la desgracia, que en los grandes infortunios se debe poner la confianza en Dios, fuente de toda bondad y dispensador de todos los bienes? ¿Se cree con esto haberla enseñado á tener verdadera fé, santa resignacion, consoladora esperanza y sublime caridad? Creemos sinceramente que no.

Convirtiendo en materia lo que debia ser puramente espíritu, trayendo al terreno de la práctica lo que debia ser convencimiento moral, á la niña se la

enseña á recitar oraciones, sin cuidarse de que conozca á Dios, y se la lleva al templo como á un espectáculo, para que tome de los signos exteriores aquello que más hable á los sentidos, sin cuidarse de elevar se espíritu.

Después que una jóven haya aprendido de memoria el catecismo, el libro de oraciones y otros dos ó tres libros que son, como si dejáramos, de texto para la educacion femenina, ¿qué juicio, qué criterio, qué idea tendrá formada de Dios, de la religion y de la moral? ¿Cómo separará el bien del mal, lo justo de lo injusto, la fé de la supersticion, ni la virtud de la hipocresía? Pues como consecuencia necesaria de todo esto, los frutos de tan descuidada semilla tienen que ser funestos; porque las prácticas religiosas así enseñadas, harán de la mujer una beata, no un espíritu verdaderamente religioso. Con una idea tan limitada de lo que es Dios, de su bondad, de su grandeza y de su misericordia, en las vicisitudes y desgracias de la vida, la desesperacion ó el abatimiento ocuparán el lugar de la resignacion y de la esperanza, propias de un espíritu verdaderamente religioso; y una fé fria y vacilante reemplazará en el alma á la sublime confianza que debe depositarse siempre en el padre amoroso de todo lo criado.

Ninguna ocupacion más santa, más elevada, más digna de respeto que la de una madre enseñando á orar á su hija; pero es necesario que en esta enseñan-

za se encierre algo más que palabras. Enseñar á conocer á Dios es enseñar á bendecirle y amarle; elevar el tierno espíritu de la niña hasta las regiones celestiales para mostrarle las grandezas del Supremo Sér, del Criador de cuanto nos rodea, del Dispensador de todos los bienes, es hacer que el alma cante un himno de alabanza á la omnipotencia divina, y esta es y será siempre la parte más sublime de la oracion y lo que en la educacion de la mujer debia acompañar, ya que no reemplazar, á las prácticas religiosas.

Algo de lo mucho que hay que decir sobre este punto tocaremos en la tercera parte de nuestro libro, cuando tratemos de la educacion moral é intelectual de la mujer.

CAPITULO III.

Ya creemos haber dicho antes que las mujeres obreras de los grandes centros que acuden diariamente á fábricas y talleres, son la excepcion y no la regla, y puede considerárselas, más que como á esposas y madres dentro del hogar, como individuos de la familia, por lo que al ocuparnos de la educacion material, no nos referimos para nada á la necesidad de enseñar á las niñas un oficio mecánico, sino las ocu-

paciones propias de su sexo que sean de verdadera utilidad dentro del hogar doméstico.

La economía y el aseo son las dos cualidades más necesarias á toda mujer que desee mantener el orden y la paz en el seno de la familia. Ante todo, deberá enseñársele á la niña que el aseo no es el lujo; es decir, que el vestir con decencia, y hasta con elegante sencillez, no consiste en estrenar un traje cada semana, sino en llevarle siempre limpio y sin nada que demuestre descuido ó abandono de parte de su dueña. Antes de que la niña pueda pensar en sus propios vestidos, debe enseñársela esto mismo en sus juegos, en sus muñecas. La imaginacion infantil se hiere con facilidad, y si una niña pobre, cosa que sucede muchas veces, tiene una muñeca vestida de seda, pronto deseará para sí misma aquellas galas, y esto es necesario que las madres lo eviten. En los trajes y en los juguetes de las muñecas deberá ver ya la niña modelos de los suyos.

Siendo el lujo el principal escollo en el que naufraga la dicha doméstica, á él deben dirigirse todos los ataques y certeros golpes, inculcando en el espíritu de la mujer amor á la sencillez y á la modestia.

Desde hace muchos años se viene declamando contra esta plaga social que está llevando diariamente la perturbacion y la desgracia al seno de la familia; pero nada real se hace para remediar el daño, antes por el contrario, cada vez es más marcada la tenden-

cia al lujo en todas las clases. Los mismos declamadores nada hacen ni nada proponen que sea practicable. Por fortuna para el progreso, han pasado ya los tiempos en que se creía remediar el abuso del lujo con las leyes suntuarias, en las que el rey daba la medida, el patron y los colores de que habian de vestirse sus vasallos. Hoy la libertad individual en este punto es absoluta, y por lo mismo tambien el individuo tiene en absoluto la libertad de corregir los abusos de su familia y los suyos propios, con ayuda de la razon, de la prudencia, del ejemplo y del consejo.

Las madres, por ignorancia unas veces, y por exagerado cariño otras, alientan en sus hijas, mientras son niñas, ese funesto amor al lujo, y cuando quieren despues corregir en la jóven las inclinaciones que despertaron en la niña, es ya desgraciadamente demasiado tarde. En la primera educacion es en donde deberán inculcarse en las niñas las ideas de modestia, y si esto se hace constantemente durante algun tiempo, las hijas de hoy, que serán madres mañana, hallarán ya el camino más espedito para iniciar á las suyas en este importante secreto de la dicha doméstica.

El aseo, tanto de su persona, como de los muebles y de las habitaciones, es una de las enseñanzas de mayor utilidad para la mujer en general, y para la mujer pobre en particular.

La limpieza es el lujo de la pobreza, así como la suciedad y el abandono son los auxiliares más pode-

rósos que tiene la escasez para convertirse en miseria sórdida y repugnante. Con orden, limpieza y economía bien entendida no hay escaseces que no puedan hacerse soportables, porque el aseo es el rayo de sol que alegra y colora las paredes de la estancia del pobre, si la luz, al penetrar en ella, no ilumina nada que sea desagradable y sombrío. Nada hay que degrade tanto la pobreza y la haga insoportable como el descuido. No hay traje modesto que no sea bello si está aseado, ni casa triste, ni muebles feos, si en una y en otros brilla la limpieza y pulcritud que sólo puede imprimirles la mano de una mujer que sea limpia y hacendosa.

La economía que resulta del aseo y de los gustos sencillos es incalculable, pues sobre que los objetos modestos cuestan infinitamente menos que los ostentosos, la limpieza los hace durar largo tiempo, lo cual dá lugar á que la familia no tenga que reponerlos sino muy de tarde en tarde, evitando de este modo apuros y molestias sin cuento.

Ahora bien, como la mujer dentro del hogar es, ó debe ser, la administradora, claro está que sólo ella puede poner en práctica todas estas ventajosas teorías, y por lo tanto á ella es á la que debe inculcársele con la primera educacion los gustos sencillos, las aficiones modestas, y el amor al orden, al trabajo, al aseo y á la economía.

En la vida de la familia nada hay que perturbe y

destruya tan frecuentemente la paz, como la falta de orden y la afición al lujo en cualquiera de sus escalas ó manifestaciones; pues lujo representa para una jóven del pueblo un vestido de lana cuando su posición sólo la permite llevarlo de percal, así como en la clase media la seda y el terciopelo son la manzana de la discordia.

Hemos de repetir, que respetando el deseo natural en todo padre de que sus hijas se eleven, si es posible, y salgan de las esferas inferiores á las superiores, no podemos ménos de señalarles el error en que están, suponiendo que el lujo en el vestir y las aficiones de cierta índole son buenos medios para conseguirlo. La vida íntima, es decir, la familia, no se rige, no puede regirse por las leyes de la vanidad, y los resultados que se consiguen por medios negativos, son negativos á su vez; así, pues, si una jóven del pueblo, no por sus virtudes, no por su sencillez y modestia, sino por habilidades supérfluas y por el falso brillo de una educación superficial é impropia de su clase, consigue salir de su esfera por el matrimonio, que es el punto de mira de todos estos erróneos cálculos, resultará muy pronto la discordia, la falta de armonía, la desgracia, en fin, porque nada sólido, nada estable puede fundarse en frivolidades que deberían suceder en todo caso, pero nunca preceden á los conocimientos sólidos y de verdadera utilidad.

No gastando el tiempo en lo supérfluo, la niña po-

dria estar educada á los diez ú once años, pudiendo ya desde entonces ocuparla, tanto material como intelectualmente, en algo sério y lucrativo, porque marchando unidas la educacion moral y material, la una ayudaria necesariamente á la otra para completarse. Las ocupaciones sencillas y útiles desarrollarían en la niña, para cuando fuera mujer, gustos sencillos y aficion al trabajo, fuente de toda alegría y de todo bienestar. No teniendo la imaginacion ocupada por ligerezas y vanos deseos de trajes y modas, el estudio le seria más agradable y el trabajo material, dulce y atractivo. Con el ánimo alegre no hay faena que parezca ruda ni penosa; más para conseguir esto es necesario que el hábito del bien sea constante y esté arraigado en el alma de las jóvenes, por eso aconsejamos á los padres, y sobre todo á las madres, que se tomen ese cuidado con sus hijas cuando aún son niñas, y en los primeros pasos que dan por la senda de la vida, porque los padres son los responsables ante Dios del sagrado depósito que les concediera al darles hijos.

CAPÍTULO IV.

EDUCACION DE LA MUJER POR LA MUJER.

Que la mujer deberia ser educada por la mujer es una idea que no nos pertenece en absoluto, pues ya

antes que nosotros la han iniciado personas más autorizadas; pero no por eso dejaremos de repetirlo y exponer nuestro pensamiento en este delicadísimo asunto. La maestra, y sobre todo la madre, es la que debe formar el corazón de la niña. Al inmiscuirse los hombres en la educación femenina necesariamente tienen que imprimirla algo heterogéneo, algo extraño en la manera de ser de la niña ó de la jóven. Allí en donde una madre ó una maestra, por el solo hecho de ser mujer, encontraría el camino expedito para llegar hasta el alma de la niña, el hombre hallará dificultades casi insuperables, porque cerrado el espíritu á las confidencias y á las investigaciones de un sér que le es extraño, se repliega y sólo ofrece nebulosidades y misterios. La mujer, por el contrario, ya sea madre, maestra ó compañera, penetra, casi sin pretenderlo, todos los arcanos del corazón de la hija, de la discípula ó de la amiga, y por lo tanto puede desde luego fomentar ó atacar los gérmenes nacientes de las pasiones, vicios ó costumbres que halle en su fondo.

Las dificultades que hasta hace muy poco tiempo se tocaban para poner en práctica la educación de la mujer por la mujer, eran la supina ignorancia de la misma, y la suprema idiosincracia del hombre, que pretendía saberlo todo él solo, considerándose como único depositario de la ciencia y el destinado por la naturaleza á difundir la luz en el espíritu de sus semejantes, como el sol difunde el calor y la vida. Cla-

ro está que la ignorancia de la mujer venia á darle la razon; pero en ciertos asuntos, aun así las cosas, aun siendo la mujer tan ignorante, sirve, sobre todo la madre, para formar el corazon de la niña, mucho mejor mil veces que un hombre por sábio que sea. Afortunadamente ya la ignorancia en la mujer, aun cuando mucha, no es tanta que no pueda ocuparse un poco de sus hijas, y si cada cual ponemos algo de nuestra parte pronto se tocarán los resultados.

Tanto en la parte material, como en la moral, mucho, muchísimo puede y debe hacer una madre con respecto á la educacion y guia de los primeros pasos de la mujer; pero sobre todo en la formacion del sér moral, en los sentimientos y facultades del alma, nadie como ella, como la madre, se halla en condiciones para llenar este imperioso deber, señalado no sólo por Dios, sino por las leyes de la naturaleza. En esta, al par que sencilla, árdua tarea, debe, sin duda alguna, auxiliar la maestra á la madre, fortaleciendo en el alma de la niña las semillas que la primera arroje, y por eso decimos desde luego que la mujer debe ser educada por la mujer y sólo por ella.

Reconocida la aptitud de la mujer para el magisterio, no vemos la necesidad de que el hombre se mezcle para nada en la educacion intelectual, moral, ni material de las niñas, teniendo que atender ellos á su vez á los niños y á los jóvenes.

La educacion de la mujer por la mujer tendria,

pues, la doble ventaja de ser más conforme con lo natural y lógico, y la de proporcionar honrosísima ocupacion á las mujeres que desean poner su inteligencia al servicio de la infancia y la juventud de su sexo. Puesto que diariamente se está hablando de la necesidad de que la mujer suba á la cátedra y á la tribuna, nada más lógico que la mujer sea la que difunda todos los conocimientos que constituyen la educacion femenina, y que lo haga sin intervencion del hombre, asumiendo en sí todas las responsabilidades. De todas las ciencias á que puede aspirar la mujer, segun las modernas teorías de los que proclaman su emancipacion, la del magisterio es sin duda alguna la que de derecho le pertenece. Las mujeres, y aun los niños hasta cierta edad, deben ser educados por mujeres, toda vez que la naturaleza misma parece imponerles este deber. La delicadeza de su instinto, siempre superior á la del hombre, lo esquisito de su sensibilidad, la dulzura de su carácter, la paciencia tan necesaria para luchar con los caprichos infantiles, todo, en fin, cuanto constituye su sér moral, la hacen á propósito para desempeñar el magisterio; y si á estas cualidades se une la maternidad, cuando las madres estén suficientemente instruidas, calcúlense las inmensas ventajas que la mujer tendrá sobre el hombre para educar, instruir y perfeccionar á la mujer, y abrir el alma del niño al sentimiento en los primeros pasos dados por el áspero sendero de la vida.

Todos los conocimientos que constituyen la educacion de la mujer puede y debe poseerlos la madre y la maestra, sobre todo esta última, y por lo tanto, para ningun acto que á la educacion femenina concierna debe ser necesaria la cooperacion del hombre, que no puede hacer otra cosa que imprimir con su presencia en dichos actos cierta rigidez perjudicial y embarazosa en las niñas, quitándoles la soltura y espontaneidad necesarias para aprovechar en los exámenes las preguntas y las lecciones, ya teóricas, ya prácticas de los ejercicios de que se trata.

Es además muy difícil que el hombre se amolde, acostumbrado como está á tratar, instruir y educar varones, á las dulces exigencias necesarias para inspirar confianza en las niñas, que mientras ven en ellos al maestro, al profesor, que las impone, miran en la maestra, en la *Señora*, como vulgarmente la llaman, una amiga cariñosa, una mujer igual á su madre, que como ella las acaricia, y como ella las reprende, y como ella las enseña á rezar, á trabajar, á ser buenas.

Cuando la mujer posea todos los conocimientos que abarca una educacion sólida, nadie como ella podrá desempeñar la tarea del magisterio, y la sociedad habrá dado un gran paso hácia su perfeccionamiento, porque dentro y fuera del hogar doméstico, dentro y fuera de la familia, tendrá una constante defensora de su felicidad, un guia vigilante que dirigirá los primeros pasos de la juventud; y como de los principios rec-

tos provienen los fines acertados, tantas más garantías tendrá el hombre para el bien, cuanta mayor y más sólida educacion dé á la mujer, que á su vez ha de educar despues á sus esposas y á sus hijas. Educar á la mujer por la mujer, á la hija por la madre, y que ésta eduque tambien al niño hasta cierta edad, hasta pasar el dintel de la infancia, cuando los sentimientos tienden el vuelo, cuando la fantasía empieza á colorar los horizontes con mágicas tintas, cuando el alma impresionable, como la cera caliente, se amolda á todo lo que en ella quieran grabar, será llegar al bello ideal de la emancipacion de la mujer, puesto que habrá salido ella y habrá sacado á sus hijas de la tutela moral del hombre en un asunto tan importante como lo es la educacion.

Educar la mujer por las mujer es, además de lo expuesto, dar á la madre una dulce ocupacion, llenar el vacío de sus ideas, separar el fastidio de su lado, amenizar su existencia, crearla una juventud agradable, una edad madura satisfecha y una senectud respetable y respetada.

Si la niña viste y cuida muñecas y la joven cultiva flores y educa pájaros, ¿en dónde hay nada más lógico y natural que la madre eduque, cuide y perfeccione á sus hijas? ¿En dónde se buscaria ocupacion más grata? ¿Cuántas horas no robaria una madre al tocador, si tuviera á su cargo la educacion y enseñanza de sus hijas, que hoy la moda y la ignorancia las

lleva lejos de su lado para encerrarlas en un colegio? Sin temor de equivocarnos nos atrevemos á sostener, que muchos de los extravíos que hoy se lamentan dentro del hogar doméstico, en la vida conyugal, no tendrían lugar si las esposas, si las madres, tuvieran á su cargo la educacion de sus hijos y si esta dulcísima tarea viniera á llenar esas largas horas, esos interminables dias en los que el hastío invade su alma y, para huir del cual, se dejan arrastrar á veleidades y locuras de tan funestísimas consecuencias.

Educar á la mujer por la mujer, á la hija por la madre, debe ser uno de los primeros pasos que se den en esta senda de progreso, si se quieren obtener resultados positivos de la instruccion femenina; porque la mujer, despues de instruida, necesita además algo grande, algo noble en que gastar sus fuerzas, y nada más grande, más noble y más digno que consagrarse á la educacion de sus hijos y á la juventud de su sexo.

Dadas todas las condiciones fisiológicas de la mujer, su entusiasmo, su delicado instinto, su exquisita sensibilidad y todo, en fin, cuanto constituye su sér moral, una vez consagrada con fé á una idea, nada hay que la arredre, nada que la parezca penoso, y goce que no sacrifique por llenar el deber que á sí misma se ha impuesto; por eso no dudamos en afirmar que, al dedicarla á la educacion de sus hijos y de la juventud de su sexo, se la proporciona una egida contra sus mismos extravíos, una salvaguardia contra sus debi-

lidades y un medio de fortalecer su espíritu, madurar su razón, afirmar su entendimiento y acostumbrarse á ejercitar su voluntad.

En lo moral, como en lo material, la educación de la mujer por la mujer, es lógica, natural por todos conceptos, y desde cualquier punto de vista que se la mire, necesaria y útil. Si desgraciadamente hoy no se halla aún bastante instruida para comenzar la tarea, que se la eduque, que se la instruya: eso es lo que pedimos, y lo que con nosotros deberán pedir las mismas madres que tan interesadas están en la felicidad de sus hijas.

La ignorancia es el más triste legado que puede una generación hacer á la que ha de sucederla, porque en la ignorancia van envueltos los gérmenes de interminables males, de profundas é inevitables desgracias. Hora es ya de que la mujer se convenza de esta verdad. Ignorancia es sinónimo de fanatismo, de esclavitud moral y material, de eterna dependencia, de abyección y de miseria. La muerte rompe los vínculos más estrechos: el esposo, el padre, el hermano, puede morir y muere muchas veces antes que la esposa, antes que los hijos estén educados, antes que la hermana se halle establecida, y entonces comienza, para la mujer que nada sabe, que no puede reemplazar de modo alguno al guía natural que ha perdido, ese doloroso Calvario que tantas veces termina en la desesperación ó en la infamia.

Con lágrimas de sangre debería llorarse la ceguera, el error de los que sostienen aún que la ignorancia en la mujer es la tranquilidad y la dicha: ¡error funesto que tantas víctimas tiene á su cargo!

En el curso de este libro, y á pesar de sus pequeñas dimensiones, aún tendrán lugar de ver nuestros lectores que la instruccion, lejos de precipitar á las mujeres en la senda del extravío, las ha levantado más de una vez, arrancándolas al vicio y á la degradación, de la cual se avergonzaron tan pronto como salieran de las tinieblas de la ignorancia.



TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

EDUCACION MORAL É INTELLECTUAL DE LA MUJER.

Aunque el destino de la humanidad estuviera limitado á la vida material; aunque el hombre no escuchara en todo cuanto le rodea ese lenguaje mudo, pero enérgico, que le habla del más allá, todavía no sería comprensible la culpable indiferencia con que durante tantos siglos se viene mirando la educacion de la mujer, parte tan integrante de las sociedades, de los pueblos y de las familias, que puede considerársela, no solo como la mitad del género humano, sino como algo más, puesto que la madre forma al hijo y la esposa al esposo; esto sin contar las mil influencias que más directa ó indirectamente puede ejercer.

Ya en los primeros capítulos dijimos algo sobre este punto; porque nunca nos hemos podido explicar ese egoismo de los hombres, que consiste en dejar en la ignorancia, ó cuando más enseñar solo frivolidades inútiles, á un sér del cual tienen que hacer la compa-

ñera de su vida, la madre de sus hijos, el guardian de su honra, el escudo de su nombre y el administrador de sus bienes. ¿Tan sencillo, preguntamos nosotros, encuentran los hombres el cumplimiento de todos estos deberes, que pueda llenarlos cumplidamente una jóven educada de la manera superficial é incompleta que hoy se acostumbra?

Para conseguir la felicidad material se necesita que el convencimiento moral venga en ayuda de la inteligencia, de modo que, haciendo obrar á la voluntad, la incline al cumplimiento del deber. Esto supuesto, porque es lo más lógico y natural, veamos si en alguna de las variadas fases que tiene eso que hoy se llama educacion se trata de inculcar en la inteligencia de la jóven este convencimiento.

Sin haber tratado los padres, por punto general, mas que de la parte externa de la educacion de su hija, llega ésta á esa edad en la que, ya por amor, ya por conveniencia, y más que todo porque la jóven, á causa principalmente de su educacion, es una carga y un cuidado para la familia, se hace necesario establecerla. Despues de pasar revista entre amigos, conocidos y pretendientes, para ver cuál puede ofrecer más ventajas, se la enseñan, directa ó indirectamente, los recursos que debe emplear para fijarle, sin olvidar la ocultacion de los defectos, tanto morales como físicos, cuando seria mucho más lógico y de mejores resultados no enseñarla á que los ocultara, sino á que los

corrigiera. Si el objeto se logra, si la jóven vé aproximarse el dia de pasar de su cámara de doncella al lecho nupcial de la esposa, entonces los padres creen haberlo hecho todo dándola algunos consejos llenos de lugares comunes, recomendándola que obedezca ciegamente á su marido, ó bien que le resista sin escándalo; pero nada de discusion, nada de razonamiento, nada de influencia moral; obediencia ó resistencia pasivas, porque de lo contrario vendrian las nubes y tras éstas las tempestades, y adios tranquilidad y adios dicha conyugal. Con este *acertadísimo* sistema de paternales consejos, el marido se acostumbra á mirar en su esposa un sér nulo, un ente material, destinado solo á darle hijos y figurar en sus salones mientras sea jóven y bella. Si sus recursos se lo permiten, y como buen esposo, no tiene otras *atenciones* que cubrir, ella tendrá trajes y diamantes, gozará el fruto de los desvelos de su esposo; pero nunca tendrá participacion en sus asuntos; no compartirá con él los goces morales ni los trabajos de su inteligencia; entre los dos existirá un vacío imposible de llenar con otra cosa que con las lágrimas de ella y con los extravíos de él. Ahora bien: ¿es querer la dicha de la hija entregarla sin defensa á todos los azares de la vida, ó imponer al esposo que la recibe la doble carga de sostenerla material y moralmente, comenzando al dia siguiente de su union á educarla de nuevo para que más tarde pueda ella educar á sus hijos? Creemos que, tau-

to en la parte moral como en la material, la jóven debía salir completamente educada de la casa paterna antes de pasar á la del esposo á formar una nueva familia, porque la niña, educada por su madre de una manera sólida, profunda y conveniente, llevaria consigo los elementos de una felicidad estable y duradera. Los buenos libros, las lecciones de moral práctica, el conocimiento exacto de los deberes que cada cual en su esfera está llamado á llenar, para contribuir al gran fin de la humanidad; las virtudes domésticas, tan necesarias para conservar la paz en las familias; la resignacion en los reveses de la fortuna; el orden, la economía, la prudencia en las discusiones, la dignidad en todos los actos de la vida, el respeto mútuo, que mantiene la mútua estimacion: hé aquí, segun nuestro juicio, los principales preceptos que debian formar la educacion de la mujer, anteponiéndolos á esa série de frivolidades sociales que ocupan la mayor parte del tiempo que se dedica á la enseñanza de las niñas.

Hemos dicho desde el principio que no íbamos á tratar de la educacion oficial, y hoy nos ratificamos en nuestro propósito, pues ya comprenderán nuestras lectoras, que todo cuanto dejamos indicado no son los maestros, sino los padres, los que deben enseñarlo. A las madres, sobre todo, es á las que de derecho pertenece el cumplimiento de tan sagrado deber, pues que Dios, al concederlas el don de la fecundidad, las entrega en el hijo un depósito, del cual deben rendirle

cuenta, si no trataron de hacerlo tan feliz y tan perfecto como estuvo en su mano.

Como los defectos de que adolece nuestra pobre educacion actual son tan numerosos, y como lo mismo existen en la parte moral que en la material, necesariamente tenemos que pasar de una á otra, sin guardar, al parecer, la unidad que debieran tener estos trabajos, llevados á cabo por una inteligencia que reuniera las dotes de que nosotros carecemos; pero aun así, como la voluntad es firme y el propósito decidido, esperamos conseguir el fin, aun cuando sea por los más costosos medios. Ahora, continuemos nuestra tarea volviendo al punto de partida, esto es, á el momento en que á la niña se la enseñan, al mismo tiempo que algunas labores y las prácticas religiosas, esas ligeras nociones de lo que es el mundo, la sociedad y la familia, y cuál es el papel que ella está llamada á llenar en estas diferentes agrupaciones.

Tan convencidos estamos de que nuestra incompleta educacion no puede hacer de la niña una mujer perfecta y apta para el cumplimiento de su mision en la sociedad; tantas veces nos hemos parado á considerar cuán lastimosamente se extravian las dotes intelectuales de nuestra inteligencia y los ricos tesoros de ternura y sentimiento que encierra nuestro corazon; tantas veces hemos contemplado con creciente sorpresa el punible abandono en que se deja nuestra razon, no apelando jamás á ella para llevar el conven-

cimiento al espíritu y de este modo cimentar sólidamente la enseñanza de deberes que pretenden inculcarnos, que casi hubiéramos preferido, al ver dar una educación tan incompleta y errónea, que á la mujer no se la diera ninguna; pues las hijas del pueblo, que se educan por sí mismas, sirviéndose sólo de su razón natural, suelen á veces darnos lecciones de prudencia, de abnegación y de moral práctica, de juiciosa rectitud y de buen sentido, que deberíamos tener muy en cuenta.

Ninguna de las nociones que recibe de los diversos conocimientos que forman el catálogo de lo que debe saber una señorita bien educada, pueden servirla en un caso dado, ni siquiera para dar una idea ventajosa de su inteligencia.

Se la enseña como conocimiento útil un poco de historia, y excusado nos parece hacer comentarios sobre este punto, pues barto sabido es que toda la historia, así pátria como universal, que se enseña á las jóvenes, se reduce á procurar que aprendan de memoria los nombres de los reyes, emperadores y príncipes por orden cronológico, y cuando más algunos de los hechos culminantes por orden de fechas.

Ahora bien: ¿es esta la historia? ¿Está encerrada en tal ó cual hecho la filosofía de la historia con todas sus consecuencias? ¿O es que á la mujer no debe importarle nada la historia de su pátria, ni la del mundo en general?

Si á la mujer se la educa para madre; si su principal mision es la de dar hijos á la pátria; y si estos hijos los ha de formar ella, porque esto es lo lógico, lo natural, ¿qué ideas, qué nociones puede darles del valor, de la probidad política, de la abnegacion y de los deberes que cada hombre, cada ciudadano tiene y debe cumplir con su pátria y con la humanidad en general, la mujer que no sabe de la historia más que nombres y fechas y jamás se ha parado á sacar las consecuencias de los hechos?

Llega despues un dia en el que sus hijos aprenden á su vez la historia; pero la aprenden de los libros, tomando los comentarios segun al historiador le pluzgo hacerlos, y sin que su inteligencia se haya acostumbrado á pesar y medir las deducciones, como lo hubiera hecho si alguua vez estos mismos comentarios los hubiese oido de los labios queridos de una madre.

Aun sin llegar el caso de que la mujer tenga que servirse de estos conocimientos para educar á sus hijos ¿tan en poco se la tiene que por sí misma no se la juzga digna de conocer los hechos históricos y las etapas felices ó adversas por que ha pasado la humanidad? Además, con este sistema erróneo se consigue las más veces que la jóven, lejos de tomar aficion á los estudios sérios, como solo se la hace conocer de la historia la parte más árida, concluye por fastidiarse de un estudio que pudiéramos llamar puramente me-

cánico, y en el cual no entra para nada la inteligencia ni la razón, y busca en otras lecturas más amenas, pero ménos provechosas, la manera de ocupar la imaginación, resultando de todo esto un gasto de tiempo, de inteligencia y de sentimiento completamente inútil y no poco perjudicial.

Dando además tan escasa importancia al estudio que la mujer debe hacer de la historia y su filosofía se la rebaja á sus propios ojos, y por lo tanto no puede hallar estímulo ni aún en los grandes hechos, dado caso que llegue á conocerlos, porque no se la acostumbra desde luego con la elevación de ideas á considerarse como parte integrante de las sociedades y de los pueblos; pues de ser así, ella procuraría hacerse digna del puesto que estaba destinada á llenar en la humanidad.

Hechas todas estas consideraciones, ¿qué es, preguntamos nosotros, lo que se proponen en el actual sistema de educación, dando á la mujer las escasas nociones de historia que dejamos apuntadas? Indudablemente lo que se proponen es, como en todo lo demás, *barnizar* á la jóven, *charolarla*, ponerla en estado de que deslumbre, de que agrade, y una vez conseguido el objeto, poco importa el resto; poco importa que despues este conocimiento, como los otros, no la sea de ninguna utilidad; esa será cuenta suya y de sus hijos, á los que nada podrá enseñar; por lo demás, el expediente queda cubierto, y la jóven es lo que se lla-

ma una señorita bien educada, puesto que tiene conocimientos generales: sabe que en Roma hubo un emperador que se llamó Neron y otro Julio César; que Mahoma es el profeta de los musulmanes, y que en España dominaron los godos y los árabes; esto ya es algo.

Lo mismo que de la historia podríamos decir de todos los otros estudios, ya serios, ya de adorno; pues ni la geografía, ni la literatura, ni la música, ni el dibujo, ni esas otras mil cosas que constituyen lo que se llama una esmerada educación, se la enseñan á la mujer de un modo tan completo que pueda cualquiera de estos conocimientos, por sí solo, ser un recurso ni contra el hastío de la ociosidad, ni contra la miseria en un revés de fortuna, ni siquiera, como hemos dicho antes, para dar á sus hijos las primeras nociones de estos mismos conocimientos. Ahora bien; ¿por qué sucede todo esto? ¿A qué móvil obedece esta serie de errores que se vienen cometiendo hace tanto tiempo por los padres y las personas encargadas de la educación de la mujer? ¿Es solo culpable apatía ó injusta indiferencia? Pues tengan en cuenta los que así obran, que por una ley ineludible de eterna compensacion, en todos los pueblos, en todas las edades y bajo todas las dominaciones en que por apatía, injusticia ó indiferencia se ha sumido á la mujer en el abandono y en la ignorancia, ella se ha vengado degradándose y degradando con ella á sus hijos; y nada hay, nada

puede haber que degrade tanto como la ignorancia; porque rebajando el espíritu al nivel de la materia, el alma se deja dominar por las pasiones mezquinas y bastardas, y la inteligencia, completamente anulada, deja de responder á los sentimientos elevados y nobles, que son el móvil de las acciones nobles y elevadas.

La educacion sólida, profunda, recta y cimentada en los conocimientos útiles, es tan provechosa á la parte moral como á la material de la mujer. Cuando solo se necesita hacer uso de estos conocimientos para sí, en ellos encontrará solaz para el cuerpo y para el espíritu, sacando provechosas deducciones; y si la necesidad ó los reveses de la fortuna la ponen en el caso de valerse de ellos para comunicarlos á sus hijos ó á los extraños, necesario es de todo punto que, antes de ponerse á enseñar á los otros, sepa ella misma de una manera sólida y estable aquello que ha de enseñar.

No creemos que á las razones expuestas por nosotros nos opongan las objeciones vulgares de falta de tiempo, de conveniencias sociales, de ser esta la costumbre, ni otras por el estilo; pero si así fuera, debemos declarar de antemano que para todas tenemos respuesta, y que la razon ha de quedar de nuestra parte, pues nos proponemos probar en la continuacion de este libro, que para dar á la mujer una educacion sólida se necesita menos tiempo y ménos sacrificios materiales que los que se emplean hoy en la frívola, incompleta y superficial que se la dá.

Si hemos hablado ya de las cosas inútiles que entran hoy en la educación de la mujer, no es ménos necesario que nos ocupemos de las útiles, que, si bien no son de primera necesidad, pueden reportar beneficios morales y hasta materiales en un caso dado, y que no los reportan por la forma incompleta con que se la enseñan.

Hemos comenzado por la historia, porque á nuestro entender su estudio es uno de los más necesarios, y pudiéramos decir que el único por el cual se llega fácil y desembarazadamente á todos los demás.

La historia, madre natural de todas las ciencias, es la llave que abre ante la inteligencia los mundos del pasado, mostrando generosamente todos los tesoros del saber humano que los siglos han venido acumulando. En ella se encuentran los grandes descubrimientos hechos por la ciencia. Ella nos dice quiénes fueron los sábios, los grandes artistas, los profundos filósofos, los galanos poetas, los eruditos escritores y los afortunados guerreros. Con ella podemos trasladarnos á las pasadas edades y recorrer las diversas fases por que ha pasado la humanidad. Ella nos lleva, como por la mano, de pueblo en pueblo, para mostrarnos la diversidad de razas, de religiones y de costumbres que componen el mundo; y por último, dándonos á conocer los hechos heroicos lo mismo que los grandes crímenes, nos muestra el camino del bien con elevados ejemplos que imitar.

Bajo el punto de vista de la amenidad, qué estudio habrá que sea más provechoso que el de la historia? ¿Qué novela podrá competir con ella en hechos dramáticos y terribles, lo mismo que en escenas tiernas y conmovedoras? Por eso, repetimos, que el estudio de la historia es, no solamente el más útil y necesario, sino el que más recreacion puede ofrecer al espíritu y más pasto á la inteligencia, á la par que por su índole facilita necesariamente el camino á todos los demás conocimientos que deben formar una educacion sólida y esmerada.

Las artes todas tienen en la historia su genuina representacion, puesto que forman parte integrante de ella; y nada más lógico que la necesidad de conocerlas en su origen, si se las ha de rendir el debido culto, siquiera sea como mera cuestion de adorno.

Por medio del estudio de la historia, llevado á cabo de una manera sólida, se llegaria infaliblemente á un resultado mucho más lisonjero en el resto de los conocimientos que se deseara dar á las jóvenes, puesto que tendrian ya de ellos algunas nociones, adquiridas, como si dijéramos, con el espíritu: la parte material y mecánica seria cuestion de más ó menos práctica; pero el arte, fuese el que quisiera, quedaria grabado indeleblemente en la inteligencia, que, dispuesta con el estudio, le rendia ya un verdadero culto de admiracion y entusiasmo.

Nos parece harto pueril presentar ejemplos pa-

ra una cuestión de suyo tan clara; pero aún así, vamos á poner algunos. Si se trata de enseñar el dibujo y la pintura á una jóven, ¿no creen nuestras lectoras que podrían servirles de un gran estímulo el conocer por la historia las etapas de este sublime arte, hasta llegar á la altura en que le colocáran el Ticiano, el Veronés y el divino Rafael?

Lo propio que decimos de la pintura es aplicable á todos los demás conocimientos, ya sean de puro adorno, ya de utilidad, porque todos se hallan representados en la historia.

Tampoco podrá negársenos que el estudio de la historia, tal como debe ser para tocar los resultados de que hablamos, está muy lejos de ofrecer tan insuperables dificultades que no sea posible dedicarse á él una jóven. La historia es, segun ya hemos indicado, una lectura amena y agradable, árida solo para esas imaginaciones frívolas que, extraviadas por la mala educación recibida, no encuentran placer sino en futilidades, que despreciarían desde luego, si su jóven inteligencia hubiese sido guiada por una senda más recta.

¿Qué se necesita, pues, para que una señorita estudie con gusto las útiles páginas de la historia? Sencillamente que sepa leer.

Si entre otras razones se nos quiere oponer la de que la historia encierra páginas que no debe leer una jóven, nosotros contestaremos que la historia, con todas sus realidades, no llega nunca hasta donde lle-

gan muchos novelistas con sus poéticas invenciones; y sabido es cuánto poder ejerce sobre las imaginaciones juveniles el bello aparato que prestan, aún á las cosas más vulgares, las galas de la poesía; no habiendo de seguro, una persona sensata que, si juzga con imparcialidad y desapasionado criterio la historia y la novela, tal como hoy la conocemos, no prefiera ver en manos de sus hijas la primera á la segunda.

La historia, púdica matrona, consagrada á mantener el sagrado fuego de la verdad, no puede ofender jamás con sus deducciones los castos oídos de quien la estudia, porque no trata de seducir con la forma, sino de enseñar por medio del ejemplo. Por el contrario, la novela, *cortesana impúdica*, pone todo su conato en halagar las pasiones, ocultando entre flores el veneno más sutil.

El estudio de ningún período de la historia, ni aún el del bajo imperio romano con toda su corrupción y sus monstruosos vicios, puede ser tan peligroso en manos de una joven como esas novelas, en las que, bajo una falsa moral, se levantan altares á la prostitución, al adulterio, al juego y á otra porción de vicios y de bastardas pasiones. Sin embargo, mientras se nos dá como razón que una señorita no puede decorosamente pasar la mirada sobre las páginas de la historia que se hallan manchadas con las impurezas de Agripina, los crímenes de Tiberio y salpicadas por el vino con que se embriagaba el imbécil Cláudio, se

la permite que dovore, tomo tras tomo, novelas y libros horribles, en los que cada línea es un escalpelo, con el cual se va disecando el corazón humano fibra por fibra, poniendo de relieve todos los vicios y empequeñeciendo las virtudes hasta anularlas por completo. La historia es grande en todo; grande como la verdad en los crímenes, lo mismo que en los hechos heroicos; y lo grande, lo verdadero, no puede jamás viciar el espíritu cuando se le hace marchar por un camino recto.

Mucho más podríamos decir y mayor suma de razones aduciríamos para probar que, no solamente no hay peligro para las jóvenes en el estudio de la historia, sino que es una lectura tan amena como instructiva, y no acabaríamos en mucho tiempo de poner ejemplos que favorecieran nuestra opinión; pero nos parece bastante lo dicho por el momento, y vamos á pasar á otro punto no menos importante.

El estudio de la historia no puede menos de servir poderosamente para formar el espíritu, porque en él se encuentran reunidas todas las verdades, ya científicas, ya filosóficas, con que los pensadores de todos los tiempos han enriquecido el mundo; y si la instrucción es la que forma el espíritu y lo separa de la materia, elevándole sobre las pequeñas miserias de la vida, allí donde se halle mayor suma de instrucción, aquel será el estudio más provechoso. Como no podemos suponer que el hombre quiera por más tiempo

permanecer ciego desconocedor de lo perjudicial que es para la sociedad y para la familia la ignorancia de la mujer; como tampoco esperamos que se nos querrá negar que esta ignorancia es una rémora constante para el progreso, porque allí donde reside la ignorancia toman asiento todas las preocupaciones, todas las supersticiones y todos los fanatismos, de suponer es que no se negará en adelante á la mujer el derecho que tiene á conocer las verdades, ya históricas, ya filosóficas y científicas, que pueden sacarla de la ignorancia en que yace. Por lo tanto, nuestros esfuerzos quedan limitados á poner de manifiesto los errores que se cometen al querer instruir á las jóvenes de un modo tan incompleto, que más bien perjudica al talento natural que tiende á desarrollarle. Como nos dirigimos á las madres de familia, á los padres, tutores ó maestros, vamos á insistir en probarles que, así como las más desnudas verdades históricas no pueden ofender ni ofenden el pudor, ni enseñan nada que no deba saber la que viene al mundo con la misión más grande y más santa, que es la de la maternidad, así tampoco el tiempo destinado á estudiar las útiles páginas de la historia puede en nada perjudicar á las demás ocupaciones por necesarias que éstas sean.

No vemos la necesidad de que todas las mujeres conozcan la música, la pintura, ni el baile, sin que neguemos que estos conocimientos, además de un adorno, puedan en su día ser un recurso contra los re-

veses de la fortuna; pero además de que el estudio de la historia puede servir, segun ya hemos demostrado, para facilitar la posesion de estos mismos conocimientos, no es nuestro ánimo proponer que las horas dedicadas al estudio de las artes se las invierta en el de la historia. ¿Pero y los preciosos minutos que se desperdician en conversaciones triviales, en un minucioso tocador, que oscurece más bien que realza las gracias de la juventud? ¿Por qué no dedicar á una lectura provechosa, instructiva y amena, tantas horas como malgastan hojeando libros llenos de frivolidades, ó detrás de los cristales de un balcon mirando á la calle, quizá para sentir en el alma el tormento de la envidia, despertada por un traje ó un prendido que su fortuna no las permita ostentar? Así, pues, queda demostrado que ni el pudor, ni las conveniencias sociales, ni la falta material de tiempo, pueden ser obstáculos que impidan á la mujer dedicarse al estudio, y que si en el sistema de educacion que hoy se la dá se tiene tan poco en cuenta la utilidad moral y material que la reportarian los estudios sérios, es: primero, porque se obedece á una deplorable rutina; y segundo, porque el hombre, desde su olímpica grandeza, considera tan pequeña á esta hermosa mitad del género humano, que no la cree digna de compartir con él las sublimes verdades que forman la historia de la humanidad, y sólo vé en ella la hembra destinada, segun decíamos al comenzar

este trabajo, á la conservaciou y propagacion de la especie.

En vano es que la historia de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las razas y de todas las religiones se empeñe en demostrarnos que la ignorancia de la mujer encierra el gérmen de la degradacion del marido y de los hijos: en vano es que la historia nos ponga de manifiesto que, allí donde, como en Grecia, la mujer emancipada, aún cuando sea por medios violentos, se ha levantado saliendo de la abyecta ignorancia, el progreso ha marchado más rápidamente. Los conatos de educacion que varias veces se han intentado darla siempre han sido incompletos, bien como si se la considerase inepta para llegar más allá, ó bien como si, por medio de esta ignorancia, se creyeran más seguros de dominarla.

De nada ha servido hasta hoy que los hechos de todos los tiempos hayan demostrado que en la Roma antigua y en la Italia de la edad media, la mujer, condenada á la ignorancia, y por lo tanto á la separacion intelectual de su marido, buscaba en la embriaguez el olvido de su ostracismo. Tampoco les dicen nada las Bacantes, que, en Grecia, buscaban en la orgía de unas cuantas horas, la manera de ser algo en la sociedad de que formaban parte, pues de este modo, siquiera una vez al año, eran llamadas á ser algo más que *hembras*. El hombre quiere ser el solo partícipe del banquete de la instruccion, y arrojando á su compañera algunas

amigajas, cree haber hecho demasiado; pero no se queje si algun día el sér á quien nada enseñó, y que nada le debe, obre como el que nada sabe ni nada tiene que agradecer.

El barniz de educacion que hoy se da á la mujer, estamos tan persuadidos de que nada vale, ni á nada conduce, que no vacilamos en considerarle una y mil veces nulo é inútil, y por lo tanto, si bien dejándonos llevar de las consideraciones que han nacido en nuestra mente al tratar esta importante cuestion, hemos abandonado por un momento el camino que nos habíamos trazado, volveremos al capitulo insistiendo sobre la necesidad de que la mujer reciba una educacion más sólida, descartando de ella todo lo que sea frívolo y dé pretexto para que, con razones de tiempo, de oportunidad ó de sacrificios materiales, se la prive de adquirir conocimientos útiles, instructivos y necesarios.

CAPITULO II.

No hay motivo alguno para que, al lamentar la mala educacion que hoy se da á la mujer, creamos que este sistema obedece á las tendencias de nuestro siglo. Mirándolos desapasionadamente, vemos que no eran mejores los tiempos pasados, y que siempre, por apatía ó por mala intencion, se ha dejado á la mujer

en la más supina y absoluta ignorancia, ó lo que es aún peor, se han extraviado sus facultades, torciendo sus aspiraciones y abusando de su exquisita sensibilidad.

La mujer, se han dicho á sí mismo esos grandes pensadores que tantas veces han tratado de arreglar el mundo, la mujer es toda sentimiento, toda nervios, toda corazon; pero no piensa, no razona, no calcula; por lo tanto, no debemos dar ocupacion á su pensamiento, ni educar su razon ni ofrecerle ninguna parte en las elucubraciones del alma, porque no nos comprendería. Así, pues, formémosla con sus mismas dotes un rico caudal de defectos y la dominaremos mejor, consiguiendo hacerla nula. Es sensible, pues exaltemos ese mismo sentimiento, educando solo su fantasía y abandonando su razon. Así, cuando nos pida parte en la vida social y quiera aspirar á ser algo, la diremos: tú no sabes más que sentir; deja que obremos nosotros; esto es más bello, mas delicado. Tú eres débil; tus hombros no podrían resistir la pesada carga que nosotros tenemos que soportar. Tu corazon es tan grande como fácil de conmover, y tampoco podría resistir el triste espectáculo de las miserias humanas. Tú no has nacido más que para amar y ser amada; esa debe ser tu única, tu exclusiva ocupacion. Para lo demás, para pensar, para sufrir, para discutir, para investigar las verdades de la ciencia, de la historia, de las artes y de la filosofía, en una palabra, para to-

do lo que sea sério y grande, para todo lo que pueda servir de alimento al espíritu fortaleciéndole, para eso aquí estamos los hombres.

Ahora bien; este sistema, ¿es la expresion del orgullo basado en la creencia de que el hombre es en realidad superior á la mujer en dotes intelectuales, ó es la más miserable de las cobardías, el egoismo más refinado que les impele á mantener en la ignorancia á la mujer, por miedo á que de otro modo no pudiera ser dominada?

A cualquiera de estas causas que obedezca la mala educacion que siempre se ha dado á la mujer, el resultado es el mismo. Ahondar el abismo en que han venido á derrumbarse la paz de los pueblos, los adelantos del progreso humano y la felicidad de la familia y de las sociedades.

Educando á la mujer bajo el sistema de la exaltacion de su exquisita sensibilidad, no moderada por el raciocinio, los efectos inmediatos son el desacuerdo entre el corazon y la cabeza, entre el sentimiento y la razon; y si á esto unimos la absoluta ignorancia, el vacío que reina en torno de su espíritu, no debe extrañarse que todo ese caudal de sentimiento, mal dirigido, dé por resultado el extravío, la exaltacion de las pasiones y lo frívolo de las ideas en la juventud, el fanatismo y la supersticion en la edad madura y el más desconsolador aislamiento, la más triste de las soledades, la soledad del alma en la ancianidad.

Como estas tres etapas de la vida de la mujer marchan estrechamente unidas á la vida de la sociedad, los extravíos, la exaltacion en las pasiones y la frivolidad de las ideas de su juventud se reflejarán, como en un espejo, en los séres que la rodean, y quedará hartó vengada, porque sus primeras víctimas han de ser necesariamente aquellos á quienes debe su mal dirigida educacion: el fanatismo y la supersticion en la edad madura será el castigo de la sociedad, que autoriza y sanciona esa misma educacion; porque la esposa fanática y la madre supersticiosa no pueden ser sino una rémora constante para todo adelanto, para todo progreso, que es la senda por donde se marcha hácia la perfectibilidad.

Dejando á la mujer en la ignorancia, el hombre comete el más lamentable é infructuoso de los errores, porque si su objeto es dominarla por medio de la superioridad de su ilustracion y de su saber, no siempre lo conseguirá; primero, porque nada hay tan audaz como la ignorancia, y la mujer será audaz y poco dócil, por lo mismo que no puede ceder al convencimiento ni al racio-inio; y segundo, que, aun cuándo consiga su propósito, el triunfo es tan pequeño, tan mezquino, que en vez de envanecerse de él, debe causarle rubor.

Querer enumerar los males que sobre la humanidad atrae la ignorancia de la mujer, y lo incompleto y frívolo de la educacion que se le dá, es casi imposi-

ble, porque son tantos que siempre olvidaríamos alguno. La ignorancia y la mala educación han engendrado una serie de tipos femeninos á cual más perjudiciales para la marcha y buena armonía de la sociedad.

A estas causas debemos *la coqueta, la chismosa, la beata, la hipócrita, la santurróna, la fanática, la supersticiosa, la casamentera, la intrigante, la burlona*, y otras muchas que son una verdadera plaga, una cizaña que ahoga y mata la semilla de la felicidad.

Estos tipos que acabamos de citar, y que al parecer no tienen otra importancia que la que les dá el ridículo, son, sin embargo, origen de muchos y gravísimos males, y pocos esfuerzos necesitaremos para demostrarlo. Empecemos, pues, por la coqueta.

La coqueta adquiere este defecto gracias á la mala educación, pues aun suponiendo que lo sea por instinto, por inclinación, las inclinaciones se modifican dirigiéndolas á su debido tiempo por el camino recto. Si una jóven es coqueta por instinto, cultivando su inteligencia y haciéndola comprender el escaso valor de ciertos homenajes, y lo frívolo, inútil y perjudicial que es entregarse á la fútil ocupación de escuchar insulsas galanterías, se corregiría de un defecto que suele producir no pocos sinsabores en las familias. Sin embargo, lejos de hacerlo así, todo en su derredor la anima á marchar por tan peligrosa senda, porque nada grave, nada serio se la enseña para que separe su

pensamiento de las frivolidades, para que cierre los oídos á la lisonja y para que no alimente locas esperanzas. De todas estas causas reunidas resulta *la coqueta*. Ahora bien, como la coqueta llega un día en que es esposa y madre, si antes no ha sido causadora de disturbios en el seno de las familias, por lo ménos será despues un ente inútil que, si nada sabe, nada enseñará á su hija más que los secretos del tocador, el arte de agradar y entretener á la vez á numerosos adoradores; en fin, todas las nulidades que á ella, si no se las enseñaron, por lo menos no se las corrigieron, y esta cadena se eslabonará hasta el infinito.

No ménos perjudicial es en la sociedad y en la familia el tipo de la *chismosa*; y la chismosa es asimismo producto de la mala educacion. Generalmente la mujer, dominada por este vicio, no carece de talento; pero no habiendo aprendido á ocuparle de otra manera, le emplea en ser el azote de la sociedad en que vive. No es fácil desconocer los males que ocasiona esta fatal criatura, los cuales se evitarían si desde luego ese talento, esa actividad, estuvieran bien dirigidos.

Decir que *la beata* no existiría si la mujer tuviese verdadera ilustracion, nos parece tan inútil como asegurar que el sol alumbrá. La *beata* es el fruto natural de lo limitadísimas que son las nociones que se dan á la mujer acerca del bien y del mal, de la bondad y grandeza de Dios, y de lo que es y lo que debe

ser el culto que se le rinda por su grandeza, por su bondad y por su misericordia. La beata no ha comprendido ó no se la hizo comprender más que el valor de la forma, la exterioridad, y por eso de lo único que se ocupa es de hacer mayor número de demostraciones prácticas, mirando con verdadero encono á todo el que no se conduce del mismo modo. Esta mujer, verdadera calamidad social, es el tormento de cuantos la rodean y no piensan como ella, y cuando llega á formar una familia, su mal se hace contagioso, encerrando las ideas en un círculo de hierro y oscuridad, del que no es fácil sacarlas, pues todo lo que tienda á este fin será un motivo de grandísimos disturbios.

Al comenzar nuestra tarea señalamos ya algunas de las causas que fomentan la hipocresía, y no creemos aventurar demasiado nuestro juicio si afirmamos que todas las mujeres tenemos algo de hipócritas; tal es la constancia con que se ha venido trabajando siglo tras siglo para conseguirlo. Enumerar los males que produce este defecto es punto ménos que imposible, y negar que sólo la educacion es reponsable, imposible tambien, así como podemos asegurar que en el fuero interno no habrá muchas mujeres para las que este vicio no sea una carga pesadísima, de la que se verian libres con sumo placer si no temieran arrostrar las iras de la sociedad.

Por deferencia á nuestro sexo no continuaremos haciendo el minucioso análisis á que seguramente se

prestan todos los tipos que hemos citado y otros muchos que aun nos quedarían que citar, los cuales, si no encerráran en sí más peligros que el de prestarse al ridículo con que centenares de escritores se han entretenido en dibujarles, sería ciertamente un mal muy pequeño; pero lejos de eso, son tan graves los trastornos que traen á la sociedad y á la familia, que es una verdadera obligacion el buscar el origen del mal y tratar de combatirlo.

Que el origen del mal está en lo defectuoso de la educacion, es una verdad palmaria; y que nada se hace para que desaparezca, tambien salta á la vista con sobrada claridad.

Mientras á la mujer no se la eduque en los principios de moralidad sin gazmoñería, haciéndola comprender en dónde está el verdadero origen del bien y cuáles son los deberes de todo sér que posee las grandes prerogativas de querer, pensar y ejecutar, prerogativas con las que Dios ha dotado á la especie humana, que es la más perfecta de sus obras, nada grande podrá esperarse de ella.

Gracias á lo limitadísimo de la esfera en que se la hace girar, siempre estará dominada por mezquinas pasiones, siempre será el alma de esas pequeñas intrigas que alteran y á veces destruyen la paz de las familias; siempre serán frívolas sus ideas, triviales sus aspiraciones, ligeros sus gustos y funesta su influencia en la sociedad. Mientras á la mujer no se la instruya

asentando sus virtudes públicas y privadas sobre la sólida base del convencimiento, si es buena, su bondad será pasiva y por consiguiente nula; y si es mala, su funesto influjo se hará sentir cada día más; pues como, aún á despecho de todas las rémoras y de todos los obstáculos, la humanidad continúa su marcha progresiva, llevando consigo elementos perniciosos, los estragos que estos causen serán proporcionales al progreso que el mundo vaya alcanzando.

La mujer, para llenar su mision, necesita ser educada de una manera sólida; necesita que se descarte de su educacion todo lo que sea frívolo é inútil, á la par que se la deben suministrar multitud de conocimientos de que hoy carece, y sin los cuales no puede llegar á poseer con perfeccion otros que hoy se le dan, y que, adquiridos de esa manera, para nada la sirven.

Una de las cuestiones más debatidas hoy en Europa por los grandes pensadores es, «si se debe ó no confiar la educacion de la mujer á la mujer, y aun la del hombre en sus primeros años.» Los defensores de esta idea aducen razones tan llenas de lógica y de buen sentido, que no puede ménos de darse por ganada su causa. Pero preguntamos nosotros: ¿qué enseñará hoy la mujer, ya como madre, ya como maestra, si nada sabe? Nada que sea sólido, nada que sirva para cultivar la razon, engrandecer el espíritu, ilustrar la inteligencia y formar el juicio; nada que pueda ser la base de la futura felicidad en la vida de la genera-

cion que ellas formen; nada que sirva para mejorar las costumbres y asegurar la paz doméstica, la prosperidad social y la práctica del bien.

Si tal cual hoy está educada la mujer se la revisiera del sacerdocio del magisterio, con muy pocas, aunque honrosas excepciones, ¿qué podría enseñar? —Entiéndase que nos referimos á la enseñanza intelectual.—Lo dejamos á la consideracion de nuestros lectores.

La educacion de la mujer por la mujer, y aún la del hombre en sus primeros años, sería un gran paso hácia la perfectibilidad. La naturaleza misma parece reclamar el derecho que la mujer tiene, como madre, de ser la primera maestra del hombre, para inculcarle los sentimientos dulces y delicados que han de modificar despues los arranques de su virilidad. Las ideas piadosas, las primeras oraciones, el amor á sus semejantes, la amistad, fuente de tantos consuelos en las vicisitudes de la vida; el amor á lo bello y á lo bueno, la poesía del sentimiento, en fin, todos los tesoros de ternura y abnegacion que encierra un alma grande, un espíritu y un corazon noble, ¿quién los inculcaria en el corazon de la juventud mejor que la mujer?

Mas para obtener este resultado, preciso es, ante todo, que la mujer se instruya; que la mujer adquiera nociones exactas de los hechos y de las cosas; en una palabra, que á la mujer se la eduque para algo más que para servir de adorno en los salones de la

aristocracia, ó para ama de gobierno en la clase media.

Hemos tratado de probar, con razones que creemos de algun valor, que para dar á la mujer una educacion sólida y que redunde en beneficio suyo y de la sociedad, no se necesitan hacer mayores sacrificios que los que se imponen las familias para llegar á un resultado tan positivamente negativo como el que hoy alcanzan.

Hemos tocado tambien, aunque ligeramente, los males de que es causa la errónea é incompleta educacion que hoy se dá á la mujer en las dos clases sociales que, por su posicion, creen estar en el deber de educar con esmero á sus hijas, la aristocracia y la clase media; y nos hemos fijado con preferencia en estas dos agrupaciones de la sociedad, porque son las que pueden obrar con arreglo á sus deseos, puesto que el pueblo tiene que limitarse á los medios de instruccion que le dan los poderes constituidos. Pero si hasta este momento solo hemos hablado de los perjuicios generales é individuales que ocasiona la carencia de instruccion en la mujer, y lo erróneo de la escasa educacion que se la dá, como no somos pesimistas, ni es nuestro objeto presentar la cuestion por su lado sombrío, procuramos tambien dar una idea de los inmensos beneficios que á la familia en particular, y á la sociedad en general, reportaria la mujer convenientemente educada é instruida.

Escribimos estas líneas con absoluta libertad de es-

píritu y bajo el más amplio convencimiento propio; y por lo tanto, las ideas que en ellas emitimos son exclusivamente nuestras, y no por ir con la corriente del siglo.

Los que crean encontrar en nuestro libro las frases de efecto de que hace tiempo se abusa hasta el infinito, tales como emancipación de la mujer, libertad absoluta, igualdad completa en los dos sexos, derechos de la mujer para intervenir directamente en los asuntos públicos y otras teorías por este estilo, debemos advertirles que se equivocan, y que en ese caso deben arrojarle de las manos porque nada de esto encontrarán. Queremos á la mujer instruida, ilustrada, apta para todo; queremos que goce del lleno de sus facultades intelectuales y que su espíritu y su inteligencia, iguales en un todo al espíritu y á la inteligencia del hombre, reciban la luz de la verdad, para difundirla á su vez sobre los seres queridos de su corazón; pero queremos también que sea mujer, y mujer con todas sus gracias, con todas sus prerogativas y con todas las seducciones que emanan de su misma debilidad.

Para nosotros la verdadera emancipación consiste en sacudir el ominoso yugo de la ignorancia, que es el que hoy nos hace esclavas del hombre, de la sociedad, de las preocupaciones y del fanatismo.

Los derechos tan decantados, y de los cuales tanto se nos habla diariamente por los mismos que nos

los niegan, vendrán á nuestras manos el dia en que la mujer instruida sepa hacer uso de ellos con prudencia, pues de lo contrario serian tan peligrosos para nosotras como lo es un arma de fuego en las manos de un niño.

El primer derecho que debemos conquistar es el de instruirnos, puesto que nuestras facultades intelectuales son tan aptas para recibir la luz de la verdad y de la ciencia como las del hombre; y formada nuestra razon, ilustrado nuestro espiritu y cimentado nuestro juicio sobre sólidas bases, la naturaleza misma, más sábia que todos los reformadores juntos, indicaria á la mujer su verdadero puesto, que, seguramente, no es ni el banco del diputado, ni el campo de batalla, ni delante de una mesa de diseccion como algunos quieren suponer. Su trono está más elevado, su verdadero dominio debe ejercerle, y le ejercerá cuando sea, como nosotros la deseamos, sobre el espiritu, sobre la inteligencia y sobre la razon del hombre.

Si individualmente, y en el reducido círculo de la familia, los males que hoy ocasiona la falta de instruccion de la mujer, son tantos y tan numerosos, que no nos hemos atrevido á ponerlos todos de manifiesto por no contristar el ánimo de nuestras lectoras, calcúlese lo que sumarán estos males multiplicados por los miles de individuos y de familias que componen lo que se llama sociedad.

No hay uno solo de sus elementos al que no alcan-

ce la funestísima influencia de la ignorancia y mala educacion que hoy se dá á la mujer. Desde la idea religiosa, que es la base de la sociedad, hasta la riqueza pública, que representa la vida material de los pueblos, todo, todo tiene, necesariamente que resentirse de este mal, así como á todo alcanzará el bien el día que las condiciones de la mujer, en el sentido de su educacion, hayan variado. Y como no queremos que se crea que estas son palabras y nada más, trataremos de dar valor á nuestro aserto con algunas razones que nos parecen convincentes.

CAPITULO III.

Decíamos en los últimos párrafos del capítulo anterior, que si bien eran tantos los males que la ignorancia, ó la mala educacion de la mujer atraen sobre la sociedad y la familia, que no queríamos enumerarlos por no contristar el ánimo de nuestras lectoras, tampoco era nuestro intento presentar este cuadro sólo por su lado sombrío; por lo cual nos proponíamos hacer un ligero bosquejo de los muchos bienes que resultarían para la sociedad en general, y para la familia en particular, de que la mujer fuese ilustrada convenientemente por medio de una sólida y bien dirigida educacion.

Jamás nos cansaremos de aducir razones para probar que la mujer, considerada como hija, esposa y madre, es el alma de la humanidad; el lazo de union entre la gracia y la fuerza, entre la razon y el sentimiento; la poesía de la vida, el verdadero oasis colocado por Dios en el árido desierto del mundo.

¡Hija, esposa y madre! ¿Puede concebirse trinidad más bella, más sublime? ¿Puede creerse que Dios concedió al hombre este don precioso, este apoyo de las tres edades de la vida, para que hiciese de ella un sér nulo, frívolo, insustancial y hasta peligroso, cuando precisamente la colocó á su lado como un ángel en su ancianidad, como tierna compañera en su edad viril y como solícito apoyo y guardadora de su infancia?

El hombre, y sólo el hombre, es el responsable del uso que ha hecho de este precioso don, que, al colocarle sobre la tierra, le legó la Omnipotencia divina; y sólo al hombre debe culparse si de un árbol, plantado para el bien, sólo se han obtenido amargos frutos y ponzoñosa sombra.

Considerada la mujer como hija, es decir, como el ángel del hogar paterno, como el rayo del sol que viene á dar alegría con su dorada luz al sombrío invierno de la vejez, ¿qué inefables delicias no vertería sobre la rugosa frente del anciano, si su corazón, formado por una previsora y bien dirigida educacion, derramara en torno suyo todos los tesoros de ternura y amor que encierra; si á su exquisita sensibilidad se

uniese la razon sólida, las claras ideas, el conocimiento exacto del bien, el amor á lo grande, á lo bueno y á lo bello, y la indiferencia hácia las cosas frívolas y vulgares?

Cada dia, cada aurora, verian los padres abrirse nuevas y aromáticas flores, desprendidas de tan hermoso ramillete, prontas á embalsamar con suavísima fragancia el sagrado templo de la familia, y cualquiera que fuese su posicion social ó su fortuna, la hija que, en el hogar doméstico, fuera el ángel de bendicion, seria despues en el suyo el de la felicidad.

Ahora bien; este halagüeño cuadro, del cual creemos que todos los padres quisieran conseguir una copia, no puede conseguirse sino educando bien á la mujer. La niña, frívola y casquivana, por más que posea un corazon sensible y tierno, jamás podrá realizar este hermoso ideal, porque gracias á la ligereza y frivolidad de sus ideas, nunca será capaz de comprender la sublime grandeza que encierran los deberes de una hija para con aquellos á quienes debe el sér.

La falta de ilustracion en la mujer, seca la mayor parte de las benéficas fuentes de su natural ternura y sentimiento, ó bien, torciendo su curso, las convierte en cenagoso lodazal, en el que se agitan las mezquinas pasiones de la envidia, la vanidad, la coquetería y el egoismo, haciendo de lo que debia ser el ángel del bien, el espíritu del mal.

En todas las clases sociales, la mujer puede y debe

instruirse, porque en todas ellas tiene los mismos deberes que cumplir y la misma santa misión que llenar. En todas ellas, la buena hija será después buena esposa y buena madre; y la hija, la esposa y la madre, son la familia, la sociedad, la humanidad.

Con una educación recta y sólida, asentada sobre la ancha base de la verdadera instrucción, la mujer sería, no solamente la primera piedra del edificio de la felicidad de la familia, sino una gran palanca social para los adelantos progresivos de los pueblos y un elemento de bienestar moral y material.

La madre de familia que, por su instrucción, se encontrase en el caso de poder formar el corazón de sus hijos con los principios de una recta moral, dándoles nociones exactas del bien, de la probidad, de la gratitud que se debe al eterno dispensador de todos los dones, del amor á la verdad y á la justicia; que les inculcara sentimientos de fraternal cariño hacia los desgraciados, entusiasmo por el bien de la patria y de la humanidad, y amor al orden, al trabajo y al estudio, ¿no habría prestado un inmenso servicio á su país, fuese cualquiera la esfera social en que girase?

El amor al orden, al trabajo, al estudio y á los adelantos morales y materiales, daría por resultado un aumento de ciudadanos útiles á su patria, de padres de familia útiles á la sociedad, de brazos vigorosos, porque á la fuerza material marcharían unidas las fuerzas de la inteligencia para aumentar la riqueza

pública, base de la tranquilidad y del bienestar material de las naciones.

La mujer instruida puede, como madre de familia, moderar en el tierno corazón de sus hijos el ímpetu de las pasiones bastardas, arrancando su germen y sustituyéndole por el de la virtud, porque el sublime amor maternal, ayudado por la clara luz de la razón, la dará medios de llevar á cabo esta árdua empresa.

La madre instruida y de recto juicio puede hacer milagros tratándose de sus hijos. Con madres buenas, justas, ilustradas y que tengan un conocimiento exacto de sus deberes y el deseo de cumplirlos, no podría haber hijos malos, porque serian solo excepciones de la regla ó aberraciones de la naturaleza.

La educacion de la mujer es tanto más necesaria, cuanto que la experiencia nos enseña que, padres muy instruidos, han dejado correr la juventud de sus hijos en la más absoluta ignorancia, descuidando completamente su educacion, mientras no hay una sola madre que no sienta un santo y legítimo orgullo en transmitir á sus hijos todos sus conocimientos, lamentándose de no tener más que enseñarles.

Si las consideraciones á que dá lugar todo lo que llevamos expuesto nos han separado algun tanto del plan que en un principio seguíamos, no se crea por eso que hemos desistido de nuestra idea, ni mucho menos que cambiamos de rumbo, porque tal fé nos

inspira lo recto de la intencion, que al fin esperamos coger el fruto.

Creemos haber dicho con bastante claridad, al hablar de la educacion de la mujer, que no entendemos por tal la rutinaria que hoy se dá. De modo que, para nosotras, una jóven que sabe esa porcion de futilidades que se han dado en llamar educacion, es más ignorante que la hija del pueblo. Esta, conservando la razon natural en toda su claridad, está mejor dispuesta para recibir las nociones exactas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, para distinguir la virtud del vicio y comprender cuál es el camino que debe seguir, que la otra, á la cual, á través de una porcion de futilidades, se la ha mostrado confusamente el bien, inculcando en su alma la gazmoñería con nombre de pudor, las ideas religiosas envueltas entre las nubes del fanatismo, y como complemento la más refinada hipocresía bajo el pomposo título de conveniencias sociales, de respeto á la moral y á las costumbres, las cuales, segun este principio, exigen que nos engañemos mutuamente; que nadie piense en ser bueno, sino en parecerlo, y que, una vez salvadas las apariencias y conseguido el fin, poco importan los medios.

La instruccion salvaria todos estos escollos, porque la verdad llegaria á la inteligencia de la mujer clara y precisa, y como no creemos en la inferioridad de nuestras facultades intelectuales con respecto al hombre,

lo mismo que él, podría la mujer separar el oro de la escoria.

La verdadera instruccion impedirá que nuestro sexo se entregue, como hoy lo hace, á esa multitud de inútiles ocupaciones, en las que malgasta los mejores y más floridos años de su vida.

La instruccion desterraría de entre nosotras la vanidad, la envidia, la coquetería; ese inmoderado deseo de agradar, al que tantas veces se sacrifica la reputacion, y quizá el reposo y la tranquilidad de la familia.

Elevada el alma de la mujer por medio de la instruccion, comprendería en dónde reside su verdadero mérito, y no querría aparentarlê con oropeles, desdeñándose de adornar su espíritu de falsas virtudes, lo mismo que rechazaría para su cuerpo las joyas de similar.

Como consecuencia precisa de la rectitud de su juicio, le sería ménos fácil al hombre deslumbrarla con pomposas frases y mentidas protestas, y su eleccion en el momento crítico de formar los lazos de una nueva familia, sería la base de la futura felicidad de su esposo y de sus hijos.

Estamos ocupándonos de la mujer como hija, y no hemos terminado aun. La educacion de una jóven, obedeciendo á la rutina, es una continua mistificacion de todas las realidades de la vida. Sin pensar en que á la mujer se la educa principalmente para madre de

familia, y para formar una parte integrante de ese todo que se llama sociedad, se cree que es tanto más perfecta cuanto más ignorante.

Ahora bien: ¿no es este un error crasísimo? ¿No es esto lo mismo que vendarla los ojos, y hacerla despues un cargo porque tropiece con los obstáculos que se atraviesan en su camino?

Por punto general, se educa á la mujer bajo un pié tal de ignorancia que, anulando sus facultades intelectuales, se la convierte en una carga pesadísima para sus mismos padres, y esta es una de las mayores desventajas que trae consigo la mala educacion.

Si al contrario de lo que hoy sucede, á la mujer se la instruyese, cultivando su inteligencia, formando su juicio, afirmando su razon por medio del conocimiento exacto de los deberes que la criatura tiene para con Dios y para con sus semejantes; si se la enseñase á separar el oro de la escoria, es decir, á ser religiosa sin fanatismo, virtuosa sin gazmoñería y buena sin hipocresía ni disimulo, los padres, necesariamente, habian de ser los primeros que disfrutaran de todas estas ventajas, y no se veria el diario y triste espectáculo que dan las más circunspectas familias cuando tratan de *salir de sus hijas*, que no parecen sino comerciantes de mala fé, que procuran dar salida á un género averiado. La jóven instruida, teniendo el espíritu ocupado por ideas elevadas, sentiria instintivamente una invencible repugnancia hácia las mez-

quinas y bastardas pasiones que, por desgracia, invaden hoy el corazón y el espíritu de la mujer, y sin desprenderse de ninguno de sus naturales atractivos, sería aun más seductora.

Por ejemplo: ¿qué padre no desearía conservar el mayor tiempo posible á su lado á una hija que fuera hermosa sin vanidad, sencilla sin tontería, amable y discreta sin presuncion, digna sin orgullo y modesta sin fingimiento? ¿Podría ser una carga en el hogar paterno la jóven que reuniera todas estas bellísimas cualidades y otras muchas que aun podrían adornarla? ¿No sería, por el contrario, un astro de ventura, un rayo de sol y un perfumado ramo de azahares, colocado por Dios, como una bendicion en el altar de la familia? Pues todos estos sazonados frutos, están al alcance de cuantos padres tienen hijas, y para saborearlos sólo necesitan cultivar acertadamente su corazón y su espíritu.

El egoismo, que es, sin duda, una de las más bastardas pasiones que dominan á la humanidad, podía prestar en este caso un inmenso servicio, y nosotras desearíamos que, de hoy más, todos los padres se hicieran egoistas, y por disfrutar ellos los primeros beneficios que les proporcionaría el tener hijas bien educadas, ángeles de paz y de ventura, que fueran la alegría de su hogar, el consuelo de sus dolores, el apoyo de su vejez y la dicha y serenidad de sus días tranquilos, nos dieran una generacion de jóvenes ins-

truidas, rectas, juiciosas y exentas de esos mil y mil pequeños defectos que hoy tanto hacen desmerecer á esta hermosa mitad del género humano, y de ellas saldria un bellissimo y lozano plantel de buenas madres de familia. De este modo, la sociedad y la humanidad marcharian hácia su verdadero fin, que es el mejoramiento hasta llegar á la perfeccion.

En el hogar paterno es donde la mujer debe formarse é instruirse, porque todas las condiciones de su vida física, material, intelectual y moral la dan una actitud para ello, que es muy difícil, si no imposible, que la tenga despues. Cualquiera que sea la clase social á que la mujer pertenezca, sea la que quiera su fortuna y posicion, sus obligaciones no serán nunca tan numerosas, ni de tan grande peso, como las que tiene y debe religiosamente cumplir una madre de familia. Por lo tanto, la jóven, mientras está libre de esta pesada carga, es cuando debe procurar ilustrarse y adquirir nociones y conocimientos que los cuidados de la familia la impedirán despues tomar tan por completo como quizá ella misma desearia.

Los padres, tutores y maestros deben saber perfectamente que lo que decimos es una verdad incontestable, y por lo mismo hacer cuanto esté en su mano para estimular en sus hijas y discípulas el deseo de instruirse, poniéndolas de manifiesto todos los obstáculos que, para conseguirlo, encontrarán despues, y todas las ventajas morales y materiales que las resul-

tarán de aprovechar ese hermoso tiempo que tan sin dolor malgastan en tan frívolas é inútiles ocupaciones.

En el hogar paterno es donde la jóven debe formar su corazon para el bien; acostumbrar su inteligencia á fijarse en elevados objetos, á pensar en los sagrados deberes que tiene que llenar como hija, y en los que más tarde deberá cumplir como esposa y como madre: todo esto le será tanto más fáeil cuanto mayor sea su instruccion, porque ésta la separará sin violencia de esa multitud de futilidades que hoy absorben su tiempo y su pensamiento, no dejándola ocuparse de las cosas que encierran un verdadero valor.

Nadie podrá negar que las primeras víctimas de las jóvenes mal educadas son los padres, como si en justo castigo de su error, Dios quisiera hacerles expiar una falta que tan desastrosas consecuencias trae consigo. La mayor parte de los padres que tienen hijas jóvenes, educadas de la manera deplorable de que tantas veces hemos hablado, son esclavos de sus numerosos caprichos, juguetes de sus locos devaneos, tienen que convertirse en guardianes de su honor por temor á las consecuencias de una inmoderada coquetería; se ven sacrificados por las mil exigencias de la más pueril vanidad, y apenas si despues de todos estos afanes disfrutan un momento del placer de ser padres, si es que el tocador, el paseo, la música, el baile, las visitas y las amigas permiten á sus hijas dedi-

carles un instante y prodigarles una caricia, en la que casi siempre va envuelta una petición.

Ahora bien: ¿sería esto posible con otra clase de educación? Creemos sinceramente que no; porque la jóven instruida, y teniendo un conocimiento exacto de sus deberes, para con aquellos que la dieron el sér, obraría de muy distinta manera y sería lo que verdaderamente debe ser; una buena hija, el alivio y consuelo de sus padres, la alegría de su hogar, el apoyo de su vejez, y en fin, el fruto de bendición con el cual sanciona Dios el sagrado lazo del matrimonio.

Estos son los bienes que, según nuestro pobre juicio, reportaría la buena educación de la mujer considerada como hija; veamos ahora cuáles y cuántos podría reportar como esposa y como madre.

CAPITULO IV.

Para que no se trunque la idea que nos hemos propuesto al comenzar este trabajo, necesitaremos más de una vez repetir conceptos que ya quedan emitidos; pero si bien esto puede afectar á la forma literaria, lo creemos necesario para la mejor realización del fin que nos hemos propuesto.

Varias veces hemos hablado ya de la mujer en general, considerada como la parte más necesaria para

la unidad de la familia. Pero aun nos falta detallar separadamente todas las ventajas que, á la sociedad y á la familia, le reportaria la mujer instruida y convenientemente educada como madre, como esposa y como hija.

Siendo lógico y natural que no se coja el fruto antes de haber plantado y cultivado el árbol, natural y lógico debe ser tambien que antes de tocar los beneficios de la educacion sensata dada á la mujer, que esta educacion sea un hecho, y que la sociedad y la familia hagan cuantos sacrificios sean necesarios para cultivar el árbol que ha de dar despues el sazonado fruto.

Los padres, segun ya indicamos en otro lugar, serán los primeros que alcancen el premio de sus afanes, así como son las primeras víctimas de su imprudencia, teniendo además la satisfaccion de haber cumplido uno de los más sagrados deberes; el de guiar á sus hijas hácia la perfeccion.

Hay temas que por mucho que se repitan nunca será demasiado, y por esto, aunque ya algo hemos dicho sobre la necesidad de que la mujer como esposa y como madre sea instruida, vamos á insistir, procurando demostrar cuántos y cuán numerosos son los beneficios que pueden obtenerse por este medio.

Así como el árbol, antes de llegar á la época en que dá sabroso fruto, ya alegra la vista con sus galas y presta benéfica sombra con su verde follage, así la

jóven ilustrada, antes de ser esposa y madre, segun ya hemos indicado, seria en el hogar paterno el ángel de paz y bendicion, rayo de sol que alegraria el sagrado templo de la familia.

Considerada la mujer como esposa, la imaginacion se pierde en el cúmulo de ideas que asaltan nuestra mente, cuando nos proponemos seguirla en esa larga carrera que comienza al pié del lecho nupcial, recibiendo el primer beso de amor del esposo, y termina en el borde del ataud, cuando la mano piadosa de los hijos de sus hijos cierran los rugosos párpados de la anciana.

Dificilmente podrá encontrarse en la vida, senda más espinosa que la que tiene que atravesar ese débil sér que parece formado por la naturaleza para todo lo que sea dolor y sufrimiento. Y sin embargo, hé aquí que por un error imposible de explicar, por lo mismo que es débil, se le lanza indefenso en medio de todos los azares de la existencia, reservándose el mundo el derecho de juzgar y condenarle si sucumbe.

Que para entrar la mujer en la nueva senda que se abre ante ella al atravesar el dintel del matrimonio, necesita, más que nunca, que una educacion sólida y bien cimentada tenga fortalecido su espíritu, ilustrada su razon y formado su juicio, lo dice solo la razon natural. La mujer, al formar parte de la nueva familia, tiene que participar de la vida moral y material de un hombre al que no conoce, cuyos gustos y cuyas

pasiones le son completamente extrañas, cuyas aspiraciones pueden marchar precisamente por el camino opuesto al de las suyas, y tal vez de los primeros pasos por la senda del matrimonio depende la felicidad de toda la vida.

Que la mujer es una potencia social por el poderoso influjo que ejerce sobre todos los acontecimientos de la vida, estamos muy lejos de negarlo, por más que ese poder no nos haya sido otorgado por el hombre sino por la naturaleza; pero por lo mismo que tenemos la conciencia de ese poder, pedimos para la mujer ilustración, no por ella sino por la sociedad, pues siendo la mujer tan fuerte con su misma debilidad, es necesario que su influjo sea benéfico, y no puede serlo siendo mala su educación.

Caminando los esposos de buena fé, pues no queremos suponer, ni por un momento, que en el matrimonio haya por parte del hombre el deseo de no hacer feliz á la compañera que ha elegido, pueden, sin embargo, surgir tantas y tantas causas que alteren la paz y destruyan la dicha, que, á primera vista, se siente la necesidad de que la mujer, con su cordura, con su prudencia y con su abnegación, vaya apartando los obstáculos que se oponen á la felicidad de su esposo y de sus hijos.

Si la mujer, lejos de aportar al matrimonio esas cualidades, lleva por el contrario, y gracias á lo incompleto de su educación, toda esa rica dote de frivo-

lidad, de tontería, de ignorancia y de vanidad que desgraciadamente llena la cabeza de la mayor parte de las jóvenes; si desconociendo por completo, no solamente sus deberes, sino también sus derechos, cree que al hombre, y solo al hombre, le toca labrar su felicidad, sin que ella ponga nada de su parte, no debe extrañarnos que tan escaso sea el número de los matrimonios en cuyo hogar se albergue la paz y la ventura.

Insistimos en este punto, porque por una ley ineludible, nadie puede recoger más de lo que siembre; y puesto que el hombre se queja casi tanto de su compañera como ésta de él, tenga cuenta el que es padre y esposo, que educa á sus hijas para esposas y para madres, y procure que éstas tengan aquellas cualidades que él hubiera deseado encontrar en la compañera de su vida.

Ya creemos haber probado con bastantes razones que la mujer ignorante no puede hacer la dicha de su esposo y de sus hijos, pues no teniendo un conocimiento exacto de sus deberes, la es imposible llenarlos.

También, aunque con cierto miedo, porque nos aterra lo sombrío del cuadro, hemos hablado de los muchos y profundos males que la ignorancia de la mujer y su errónea educación pueden acumular y acumulan sobre la familia y sobre la sociedad. Pero como no creemos que estos males sean irremediables, vamos á ocuparnos ahora del reverso de la medalla.

Hace mucho tiempo que todos los filósofos, y todos los moralistas y pensadores, vienen lamentándose de la poca estabilidad que existe en la dicha conyugal. Los unos buscan la causa en la ligereza de la mujer, y dicen que ésta, incapaz de comprender toda la gravedad de su estado, no busca en el matrimonio mas que la satisfaccion de pueriles vanidades, y el goce de preeminencias de las cuales no puede disfrutar hasta salir de la pátria potestad. Consignemos de paso que éstos no se equivocan del todo.

Por distinta senda, para llegar al mismo punto, culpan otros al hombre, y dicen que, tomando por amor lo que es sólo capricho, hacen del matrimonio un medio de conseguir lo que desean, hallando el hastío envuelto entre los pliegues del traje nupcial de su esposa. Quizá, por desgracia, tampoco los que esto piensan se equivocan en absoluto.

Los más profundos, los que con mejor deseo se han ocupado de esta importantísima cuestion social, se lamentan del divorcio moral que existe en la mayor parte de los matrimonios, aun en aquellos que pudieran citarse como ejemplo de dicha conyugal y de paz doméstica, y unos y otros claman noche y dia porque se ponga remedio á tamaños males, aconsejando cada cual su panacea.

Los hay que, llevando su franqueza hasta confesarse culpables del abandono en que siempre se ha dejado la educacion intelectual y moral de la mujer,

la eximen de toda culpa; pero esto no basta: los lamentos nada remedian, y necesario es que las obras acompañen á las palabras.

Que el divorcio moral existe, es una tristísima verdad; pero tambien lo es que la causa primordial no es otra que la limitadísima educacion que se dá á la mujer, cuya ignorancia la separa de su esposo, porque no pueden entenderse. Educada la mujer bajo el sistema de las preocupaciones más absurdas, ignora casi todo aquello que sabe el hombre, hasta el de inteligencia más vulgar; de lo cual resulta que, fuera de los asuntos de la vida comun, y de algunas frivolidades de sociedad, la mujer se fastidia soberanamente oyendo hablar á su marido de cosas que no entiende, mientras que él, poseido de su superioridad, escucha con olímpico desprecio, ó cuando más con desdeñosa complacencia, la fútil y superficial charlataneria de la mujer, cuya séria conversacion es ocuparse de modas y de vestidos.

Este, segun nuestro limitado criterio, es el principio de ese divorcio moral de que tanto se lamentan los pensadores y filósofos.

Ahora bien: ¿es tan irremediable el mal como quiere suponerse por los pesimistas? Creemos sinceramente que no. ¿Qué es lo que se necesita para que se comprendan dos séres cuya inteligencia es en un todo igual, y cuyo destino en la vida es idéntico y camina al mismo fin? ¿Se necesita, por ventura, que haya con-

formidad de gustos, igualdad de opiniones y uniformidad de ideas? De ninguna manera, pues de esto nacería la monotonía más insoportable. ¿Es necesario, pues, que uno mande y el otro obedezca sin discutir; que el uno piense y el otro anule sus facultades intelectuales, y que nada de comun haya entre ellos más que el lecho, la mesa y el hogar? De ningún modo; porque de esta obediencia pasiva, de esta anulación de un sér moral en favor del otro, resultaría precisamente la desunion que venimos lamentando.

Así, pues, lo que se hace más necesario para evitar ese divorcio moral, causa de tantos males, es, en primer lugar, que la mujer, por su instruccion, por sus conocimientos variados, y adquiriendo gustos sérios y estables, esté más en aptitud para comprender al hombre y tomar una parte activa en sus tareas, ayudándole con sus consejos ó con razonadas discusiones, puesto que es una verdad probada que de la discusion sale la luz. El dia en que el marido pudiera discutir con su mujer dentro de su casa, se tomaria muchas ménos veces la molestia de buscar la discusion en los clubs y en los casinos.

La ilustración de la mujer seria dentro del hogar doméstico una fuente inagotable de íntimas alegrías en la bonanza, y de consuelo en los dias de prueba.

Un espíritu templado por medio de la instruccion no puede abatirse, porque siempre encuentra en sí

los mismo recursos contra la desgracia, sacados ora de la resignacion, ora de la fortaleza.

En todas las esferas sociales, en todas las posiciones y bajo todos los techos, la mujer que tenga formado el juicio por una recta educacion, puede y debe desafiar la desgracia con ánimo sereno y recibir la dicha como un dón que puede perderse, y del cual debe hacerse más uso en provecho de los otros que en él propio, sembrando la ventura para recoger el agradecimiento.

En nuestro afan de probar cuán necesaria es la instruccion en la mujer, no pretendemos deducir de ello que con mujeres bien educadas, juiciosas, discretas é instruidas, no serian posibles malos matrimonios; pero sí nos atrevemos á asegurar que su número seria más reducido. El hombre, como sér inteligente y superior, es más susceptible de ser dominado por la inteligencia que por la materia, y por consiguiente, la mujer que posee una inteligencia más cultivada, tiene más probabilidades de vencer.

Es tal nuestra triste condicion, y tan deleznable la pasajera dicha de que podemos disfrutar en la vida, que necesita un sin número de precauciones para que no la veamos desaparecer. En el matrimonio, y dicho se está que el matrimonio es la familia, como ésta es la sociedad; en el matrimonio, doloroso es decirlo, no basta para conservar la dicha, la bondad del corazón, una conducta intachable, una fidelidad á toda prueba,

y otra porcion de virtudes de las cuales una mujer puede y debe mostrarse orgullosa. Una mujer muy buena, muy fiel y muy honrada, puede, sin embargo, tener un carácter irascible, ser terca, tener un empeño decidido porque prevalezca su opinion sobre todas las demás, ser celosa, exigente y desconfiada. Con todos estos defectos, ¿será posible la paz doméstica ni la felicidad conyugal? Seguramente que no.

Pues bien; esta mujer, convenientemente instruida, comprenderia que para hacer la dicha de su esposo y la suya, necesita algo más que ser honrada y fiel: que necesita ser prudente, dominar la irascibilidad, ceder ella cuando no ceda el marido, supeditar las opiniones y deseos á la paz doméstica, y moderar las pasiones; en una palabra, dominar por la inteligencia. De este modo conseguiria mandar cuando al parecer obedecia.

Tales y tantas son las dotes que la pródiga naturaleza ha dado á la mujer, que no parece sino que al hacerlo así, ha querido probar que ella es la parte más necesaria de la humanidad.

Tambien parece que el hombre, conociendo esto mismo, ha querido contrarestar estas ventajosas dotes dejándola en la ignorancia ó torciendo su inteligencia, pues de lo contrario, el mundo seria de la mujer. Mas ¡ay! ¡que el hombre se ha engañado en su prevision! No ha querido que la mujer le domine por el espíritu, y le domina por la materia; ha huido del vasa-

llaje de la ternura y del sentimiento, y ha caído en el de las pasiones, y revolviéndose después contra su propia obra, culpa á la mujer por los defectos que le debe y por la falta de virtudes que no la ha inculcado. Esta es la eterna injusticia de que siempre nos quejaremos, y de la cual debe la mujer resarcirse por sí misma por medio de la instrucción.

Entremos ahora en nuevas consideraciones, y veamos de todo lo que es capaz la mujer convenientemente educada en el estado más conforme con el fin moral, social y material que está llamada á llenar en el grandioso concierto del universo, es decir, como esposa y compañera del hombre, como complemento de su sér, puesto que el mundo no podrá existir sin las dos partes de ese todo que se llama *la humanidad*.

La venganza es el néctar de los dioses. Este dicho, que ha llegado hasta nosotros desde los remotos tiempos de la mitología pagana, hace por cierto una bien triste apología del corazón humano; pero desgraciadamente encierra una desconsoladora verdad. La venganza es el consuelo del que se vé oprimido injustamente; la aspiración del que ha recibido una injuria; la más risueña esperanza del débil ultrajado por el fuerte; y como nadie ha sido oprimido con mayor injusticia que la mujer, como nadie ha recibido más sangrientas injurias que ella, y por último, como nadie ha sido más cruelmente ultrajado por ese otro sér fuerte que debía protegerla, de aquí que la mujer haya gus-

tado más veces ese amarguísimo néctar de los dioses: *la venganza*. ¿Y cómo se ha vengado la mujer de la injuriosa opresión en que la ha tenido el hombre, de la abyecta ignorancia con que ha degradado su espíritu y anulado su inteligencia, y de los ultrajes que, por ser débil, ha recibido del que representa la fuerza y la razón? Pues se ha vengado envileciéndose y arrastrándole consigo al lodazal del vicio. Así nos lo demuestra la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos.

Si nos remontamos á la Roma antigua, á la Roma republicana, su historia nos dice que mientras la mujer fué respetada, mientras tuvo voz y voto en el hogar, mientras no la fueron estraños los asuntos públicos y se creyó romana, es decir, mientras tuvo patria, familia, nombre y honra propios, aún en medio de su ignorancia, fué recta, prudente y ostentó virtudes que la hicieron digna de que su nombre fuera honrado en la memoria de los buenos.

De aquellas mujeres nació la madre de los Gracos, y madres como ella llenaron el mundo de héroes. ¿Qué sucedió después en la Roma de los Césares? ¿Cuál fué la condición de la mujer cuando la sultana del Tiber se hizo reina del mundo?

A medida que el hombre se elevó en su condición social, fué dejando á su compañera en los primeros peldaños de la escala. Los grandes patricios, los esforzados guerreros, coronados en cien batallas, los

opulentos senadores, los graves filósofos y los aplaudidos oradores, á quienes victoreaba un pueblo compuesto de millones de héroes, no podia rebajarse hasta escuchar el juicio de un sér tan pequeño y de inteligencia tan limitada. La mujer sólo era buena, cuando más, para servir de molde en el cual se vaciaran los héroes, y de objeto de recreo para divertir los ócios de su señor.

La mujer romana dejó de tener nombre, familia y pátria. El esposo podia, segun su voluntad, separarla de su lado, arrancarla sus hijos, vestirla la infamante túnica de las cortesanas y arrojarla en la vía pública para ser mercancía del primero que quisiera ponerla precio, ó bien la traspasaba á algun amigo ó pariente, cobrando la diferencia en dinero, segun era su hermosura ó sus buenas dotes.

¿Cómo se vengó la mujer de estos ultrajes? Se vengó prostituyéndose, y arrastrando por el lodo del vicio la púrpura que vestia la esposa de los Césares y la túnica de la matrona.

De esta Roma, nacieron las Mesalinas, las Agripinas y las Flabias, y de tales madres, tales hijos. De este modo la reina del mundo, la que daba leyes á todos los pueblos y recibia vasallaje de todos los reyes, se vió mandada por un Neron, por un Cláudio, por un Calígula y por un Tiberio, oprobio de la humanidad, cuyos nombres estaban destinados á ser el horror de las generaciones futuras durante siglos de siglos.

En este período de la historia del pueblo rey, aun se vieron más claras las consecuencias del desprecio con que se miraba la educación é ilustración de la mujer. La matrona, la madre de familia, nada sabía que pudiera entretener su soledad y hacer ameno su trato; y como al fin el hombre siente la necesidad de pensar, y de que sus pensamientos encuentren eco en alguna parte, esa clase de mujeres, que están fuera de la sociedad y de la familia, recibieron, por los que las explotaban, la instrucción que faltaba á la dama y á la matrona, y armadas con el doble atractivo de la belleza y la cultura, encadenaron á sus piés todo cuanto de grande, de noble y de instruido tenia aquel pueblo gigante.

El héroe, el patricio, el guerrero, el tribuno y el filósofo, buscando en el vicio los encantos que ellos mismos habian arrancado á la virtud, se revolcaban en el fango de la prostitucion. La mujer envilecida envilecia al hombre; esta era su venganza.

Se nos dirá que la desmoralizacion de Roma fué importada de Grecia: que la mujer griega no vivia más que para el vicio, y que Roma, al conquistar al pueblo más civilizado del globo, conquistó también el más licencioso, el más corrompido. Y ¿quién, preguntamos nosotros, habia hecho viciosa y disoluta á la mujer griega? La ignorancia, y sólo la ignorancia en que la tenia sumida el despotismo del hombre.

A la antigua espartana, que mientras tuvo patria,

nombre y familia, dió por tan caros objetos, no sólo su vida, sino la de sus propios hijos, sucedió la *Etaire*, es decir, la mujer que vivía fuera de la sociedad, fuera de su centro, que es la familia, y tal era el estado de aquel pueblo, modelo de cultura y de civilización, que la *Etaire* absorbió á la esposa; y por una aberración, que se haría increíble si la historia no viniera á probarlo, la *Etaire*, esto es, el desórden, el vicio y la prostitucion, fué la que levantó el espíritu de la mujer, regenerándola por medio de la ilustracion. La *Etaire* griega, entregada á sí misma y libre de la despótica dominacion del marido, comprendió, por medio de esa intuición del espíritu, que en todo sér delicado tiende á la elevacion, que no la bastaba ser hermosa para reinar. Entonces procuró aumentar sus encantos por medio de la instrucción: el canto, la música y el baile, primero, y la poesía, la historia, la elocuencia y hasta la filosofía despues, la sirvieron maravillosamente para extender su dominacion, consiguiendo ella, pobre esclava, sacerdotisa del vicio, sér despreciable que vivía fuera del círculo social, que no era ni hija, ni esposa, ni madre, retener á sus piés esclavos, no sólo de su belleza, sino de su talento, á los gigantes del arte, de la elocuencia y de la filosofía.

Al lado de cada génio de los que enriquecieron la Grecia en su periodo más brillante, la historia nos muestra una *Etaire* como inspiradora; Sóphocles tie-

ne á *Archippe*, Epicuro á *Leoncium*, Praxiteles á *Phrine*, Apéles á *Lais*, que más tarde inspiró á Demóstenes, y por último, Platon, Themístocles, Alcibiades y Sócrates, todos rindieron párias, más que al amor y á la belleza de la cortesana, á los atractivos del talento y la instruccion que la mujer, abandonada á sí misma, habia sabido proporcionarse. ¿Qué hacia entre tanto la esposa legítima, la madre de familia, la sacerdotisa del hogar doméstico? Lloraba olvidada en su retiro, y moria á manos del tédio, compañero inseparable de la ignorancia, ó bien se embrutecía entre gándose á la embriaguez, de la cual muchas veces despertaba en los brazos de un esclavo. De este modo la mujer quedaba vengada, pues el hombre era víctima, dentro de su hogar, del vacío que él mismo habia creado en torno suyo. Su compañera, ni le ayudaba en sus tareas, ni sabia entretenerle en sus ócios, ni consolarle en sus aflicciones; y cuando buscaba en ilícitos placeres una compensacion, se encontraba preso en las redes del vicio, hallando en medio de los goces del amor ilegítimo la ruina de su fortuna, de su salud y hasta de su conciencia; porque más de una vez, ó la vergüenza ó el egoismo hicieron exclamar á Demóstenes, deseando sacudir su manto del cieno con que le salpicaba el amor de *Lais*: «Esto es pagar demasiado caro un remordimiento.»

Así vemos al hombre sufrir el castigo de la desgracia que impone á la mujer negándola la ilustra-

cion del espíritu y el perfeccionamiento de la inteligencia. Además de verse arrastrado al vicio, porque en él encuentra los atractivos con que no ha permitido que se adorne la virtud, tiene que renunciar á las alegrías puras y durables de la familia, y hastiado hasta de esa misma superioridad intelectual, que le separa de la que debia ser su compañera, se vé condenado á la soledad del alma, que es la más triste de todas las soledades. ¡Oh! Seguramente la mujer no puede quejarse, segun ya hemos dicho al comenzar estas tristes consideraciones, de no haber apurado hasta las heces el decantado néctar de los dioses. *¡La venganza!*

CAPITULO V.

Aunque en breves consideraciones, hemos expuesto ya en parte la causa del divorcio moral; y no solo porque así lo creamos nosotros, no solo porque así nos lo dice la razon natural, sino porque ahí está la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos para comprobarlo.

Despues de lo que ligeramente hemos apuntado con respecto al matrimonio en Grecia, podríamos continuar nuestra reseña en lo que se refiere á Roma, es decir, al mundo todo, puesto que de Roma partian las leyes y el ejemplo. Aparte de las supersticiones de

la India, del refinado y cruel egoísmo del Asia, del embrutecimiento del haren, y del brutal desprecio con que tratan á las mujeres la ley de Mahoma, la de Brama, la de Buda, la de Manú, el Código Egipcio Y los legisladores de casi todos los tiempos antes del cristianismo, aun nos resta probar que, desgraciadamente, despues de la regeneracion social operada por medio del Evangelio, la mujer continuó esclava de la ignorancia, y por lo tanto divorciada moralmente del sér que con ella estaba llamado á formar un todo armónico.

La invasion de los bárbaros dividió por completo los imperios de Oriente y Occidente. La corrompida Roma, que dormia el sueño de la orgía, del cual no despertaba sino para escuchar los rugidos de las fieras que en el circo despedazaban á los cristianos; la Roma que alumbraba sus festines con los cuerpos de los mártires convertidos en teas; la Roma, en fin, que desde la pureza de las costumbres de un Cincinato y de la virtud de una Lucrecia habia descendido hasta la corrupcion de un Cláudio, una Agripina y una Popca, se vió absorbida por las hórdas semi-salvajes de los germanos. ¿Tuvo ó no influencia en este desastre la mujer? Que lo diga la simple razon natural. Roma, en los últimos dias de su imperio, no tenia familia, no tenia sociedad. La relajacion de las costumbres habia llegado á su último límite. El matrimonio era un contrato, sin otro valor moral que el que le daba el ca-

pricho de un dia, cuando no era una venta, en la que el comprador y el comprado caminaban de mala fé, pensando ya de antemano el modo de anularla tan pronto como hubiera tocado los beneficios. ¿Qué elementos de resistencia podia ofrecer á la invasion un pueblo en tales condiciones morales? ¿Quién se habia tomado el trabajo de inculcar el patriotismo en los pechos de aquella juventud corrompida, que nunca escuchó los tiernos acentos de una madre, y que, desde sus más tiernos años, estaba acostumbra da á mirar á la mujer como un sér nulo, bueno sólo para las horas del placer?

Dividida la mujer de Roma en dos clases, la matrona y la cortesana, ni la una ni la otra podian llenar la sagrada mision para la cual ha sido creada. La matrona, ignorante y corrompida, además, por el mal ejemplo de su esposo, por la mala educacion, por la servil dependencia en que la sociedad y las leyes la retenian, pues no hay nada que degrade y corrompa tanto como la esclavitud moral, ¿podia acaso sembrar en el pecho de sus hijos virtudes que no conocia? ¿Les enseñaria amor pátrio, ella que no tenia pátria, amor á la libertad, ella que era esclava siempre, primero del padre, despues del marido, y luego de viuda servia otra vez de sus propios hijos? ¿Qué podia importar- la la libertad á ella, que no tenia ni aun nombre propio?

Solo un medio la quedaba de ser algo; pero ese

medio podia emplearle lo mismo con los vencedores que con los vencidos. Su efimero poder consistia en su belleza: no podia dominar sino por el vicio, y se dedicó á tornar en viciosos á los bárbaros é ignorantes, lo mismo que lo habia hecho con los sábios y cultos. ¿De quién, pues, era la culpa? Pero volvamos á nuestro tema, el divorcio moral.

Con la invasion, toma mayor incremento el cristianismo. El Evangelio difunde sus luces; las doctrinas de Jesus se extienden por todos los ámbitos de la tierra; la religion de paz y de amor es predicada lo mismo en las ciudades que en los campos, y á la relajacion de las costumbres de Roma sucede la austeridad de los cláustros. El cenovitismo tiene cada dia más prosélitos, y la sangre del mártir del Gólgota y la de sus apóstoles ha venido á lavar las feas manchas del vicio. ¿Mejóro con esta regeneracion la condicion moral de la mujer? De ninguna manera. En vano la fórmula del matrimonio, convertido en Sacramento, dice al marido: «Compañera te doy y no sierva.» La esclavitud moral continuó, porque continuaba la ignorancia, y solo cuando el marido y la mujer estaban bajo un pié de igualdad en cuanto á la ilustracion, era cuando se les veia unidos: por lo demás, el divorcio moral seguia subsistiendo lo mismo que subsiste hoy, y como subsistirá mientras los esposos no puedan entenderse.

En cuanto á las condiciones materiales del matri-

monio, muy poco debieron mejorar, puesto que el siglo IV decia la madre de San Agustin: «El matrimonio es un contrato que hace sierva á la mujer.» Si los esposos estuvieron algo más unidos durante el período de la primera época del cristianismo, necesario es no hacerse ilusiones; esta union duró sólo el tiempo en que las guerras por un lado, la novedad de las doctrinas por otro, y sobre todo la paralización que sufrió la cultura y los adelantos, efecto de causas que no podemos ahora examinar, nivelaron las inteligencias. Si la mujer no aprendió nada, en cambio el hombre olvidó gran parte de lo que sabia, y de este modo les fué más fácil entenderse.

El mundo no puede estar parado. La rotacion de la tierra en derredor del sol, no es otra cosa que una metáfora en accion para que más fácilmente comprendamos que la humanidad gira continuamente en derredor de la Omnipotencia divina, eje supremo, meta hácia la cual dirige el hombre su marcha progresiva, hasta alcanzar el mayor grado de perfeccion posible para acercarse á Dios, principio y fin de todas las cosas.

Ahora bien, en virtud de esa misma ley moral que nos manda progresar, pasado el tiempo necesario para que el cristianismo se arraigara, el mundo continuó su marcha; pero del banquete intelectual se excluyó, como siempre, á la mujer. La ignorancia volvió á ser su eterna compañera. Las artes y las ciencias conti-

nuaron siendo patrimonio exclusivo del hombre. Se buscaron en la religion cristiana los mismos pretextos que se habian buscado en el paganismo para que la mujer no pudiera penetrar en el templo del saber, y de este modo, cuando el hombre ascendia, la mujer quedó en el fondo: por lo tanto, la separacion fué inminente, el divorcio moral, inevitable.

Muy poco, segun decimos en otro lugar, ganó la mujer en cuanto á las condiciones morales con la regeneracion de la humanidad operada con las doctrinas del Evangelio. De nada sirvió que el Divino Maestro acogiese la ofrenda del arrepentimiento, cuando permitiendo que una cortesana, despues de ungrirle los piés, los enjugase con sus cabellos, y diciéndola:

«Vete en paz; mucho debe perdonártese porque has amado mucho.»

El eterno anatema que, no Dios, sino el hombre, habia lanzado contra su compañera, siguió pesando sobre ella, y ya en pleno cristianismo, todavía dice un padre de la Iglesia, hablando de la mujer: «¿Qué hay de comun entre tú y yo?»

En vano la religion cristiana levanta el entredicho lanzado contra Eva en el Paraiso: en vano la Iglesia admite igualmente al hombre y á la mujer al bautismo y los llama á la sagrada mesa de la Eucaristía. Esto podrá ser muy bueno y muy justo tratándose de la otra vida. La mujer puede muy bien ocupar un sitio al lado del Señor entre sus elegidos y ser colocada

á la derecha cuando en el día del juicio diga el hijo de Dios: «Venid, benditos de mi padre, á gozar la bienaventuranza eterna.» Pero hasta entonces, ¿por qué la mujer ha de usurpar los derechos del hombre? ¿Por qué ha de instruirse? ¿Por qué ha de ilustrarse? Eso sería un mal precedente.

La mujer ilustrada querría tomar parte en la educación de sus hijos; querría tener un lugar en la discusión de los asuntos domésticos, cuando éstos comprometieran la honra ó los intereses de la familia; querría dar consejos á su esposo, cuando creyera que marchaba por mal camino; quizá llegara un día que hasta se creyera con derecho á intervenir en los asuntos de su patria, empleando la justa influencia que naturalmente la hubieran conquistado su ilustración y sus luces.

Esto no podía, no debía consentirlo el hombre. ¿Y para que? ¿No bastaba él solo, con su omnipotencia, con su saber, con su olímpica majestad, para arreglar el mundo, para gobernar las naciones, para regir la familia, para educar los hijos y para manejar su fortuna y la de su esposa? ¿Pues qué necesidad tenía la mujer de ser ilustrada ni instruida? Bastaba con que fuera ya su igual en cuanto á tener un alma, y permitírsela adorar á un mismo Dios y aspirar en la vida futura á la misma bienaventuranza. Por lo demás, su misión en la tierra debía limitarse á manejar la rueca y la aguja. Para distraerse la quedaba la

oracion, y si se fastidiaba demasiado, podia hacerse devota.

En este tristísimo estado continuó la mujer por espacio de algunos siglos; la rueca y la oracion: hé aquí sus únicas compañeras. Por esta senda trillada marchaban las naturalezas sencillas, las almas vulgares; pero, ¿cuál era el camino que tomaban las naturalezas privilegiadas, las imaginaciones ardientes? ¿En qué empleaban la exuberancia de vida y de sentimiento? Ahí están las páginas de la historia para contestar: la supersticion, el ascetismo, la locura religiosa bajo todas sus frases, *la galanteria, las cortes de amor y los tribunales galantes*, es decir, la locura del corazon.

Ahora bien: ¿qué resultados debian tener para la mujer estos extravíos, estas locuras? En el primer caso estaban á dos líneas de la supersticion, del fanatismo, los errores religiosos y las hechicerías. Pero el hombre, que es siempre eminentemente justo; que no tolera que se falte á la religion ni al honor, si bien negaba á la mujer el derecho de instruirse, de adquirir nociones exactas del bien y del mal, de procurarse un conocimiento perfecto de Dios y de las prerogativas de la divinidad, así como de los deberes que toda criatura tiene para con el Criador, no por eso la creia exenta de culpa. La mujer es, segun él, un sér nulo para el bien, pero completamente apto para pensar y obrar el mal: por lo tanto, debe ser castigada con los.

mismos suplicios que el hombre. Allí están los calabozos, el tormento y por último la hoguera; y como si todo esto no fuera bastante, el dolor de los dolores, el suplicio de los suplicios, la falta de respeto á su pudor. La criminal no tiene derecho á ruborizarse: su espalda y su seno pueden ser profanados por la mano del verdugo y por las lúbricas miradas del vulgo estúpido y grosero. ¿Por que era un herege ó una hechicera? Ella lo ha querido: ¿quién la mandaba pensar y desear saber algo más que manejar la rueca ó la lanzadera? Para eso habia nacido mujer, es decir, nada.

En el segundo caso, cuando la autoridad paterna habia torcido y violentado los impulsos del corazón, matando en el alma toda esperanza de felicidad; cuando una mujer jóven, hermosa, espiritual, soñadora y delicadamente poética habia sido unida en indisoluble lazo, porque así lo habia dispuesto el señor del hogar, el dueño de la familia, á un viejo decrepito y achacoso, ó bien á un hombre en la fuerza de su vida, pero grosero, brutal, lleno de vicios y sin ninguna de las condiciones necesarias para labrar la dicha de su compañera, si ésta faltaba á sus deberes, si manchaba el tálamo conyugal, allí estaban *el puñal y la cuerda*, ó *el veneno y la sangría*. ¿Cómo habia de sufrir el hombre tamaño ultraje? Ni el padre ni el marido debían perdonar á la culpable: nadie se habia cuidado de enseñarla la prudencia, la resignacion, la santa

conformidad. Nadie habíase cuidado de abrirla nuevos horizontes por medio de la instrucción, para que no se encontrara aislada en la soledad del alma, puesto que su compañero no pensaba como ella. Ninguno se había tomado la tarea de enseñarla cuantos inefables goces encierra el cumplimiento del deber; pero cuando delinquía, allí estaban todos dispuestos á lanzarla la primera piedra. ¡Ah! que nadie se acordaba ya de las palabras de Jesús: «¡Aquel de vosotros que esté sin pecado!»...

Esta fué la condición de la mujer después de inaugurada la Era cristiana y cuando ya existía una religión toda paz, toda caridad, toda amor, cuando la humanidad había sido redimida por el hijo de Dios, nacido en el seno de una Virgen, como si de este modo hubiera querido demostrar al hombre cuán injusto era para con esa hermosa mitad del género humano, que la Providencia había puesto á su lado para servirle de egida á pesar de su debilidad; porque escudo del hombre es la mujer cuando llena sus deberes; ángel tutelar en la infancia bajo el sagrado nombre de madre; compañera en la edad viril con el cariñoso nombre de esposa, es decir, complemento de su sér, y sin la cual, el hombre no podría llenar su misión en la tierra, y por último, su apoyo en la ancianidad bajo el dulce título de hija.

CAPITULO VI.

Tan imposible sería pretender que la humanidad no continuara por la senda del progreso, que de antemano le tiene marcada el Supremo Hacedor de todas las cosas, como pretender que los rios no caminasen hácia el mar y que la tierra detuviera su rotacion. La misma omnipotente voluntad que ha marcado los límites á las olas embravecidas, y señalado lugar fijo á cada uno de los astros que tachonan de vívidos diamantes la azulada bóveda celeste, es la que, empujando al hombre con su diestra soberana, le dice: «marcha, progresa, perfeccionate y te acercarás á mí, que te he creado á imágen y semejanza mia.» En ese todo armónico que, por sí solo, bastaria para iluminar al más ciego y hacer creyente al más ateo, no existe un solo átomo que no pertenezca á una rueda invisible y misteriosa, que sirve para hacer caminar al mundo hácia adelante. Por eso, aun á despecho de todas las preocupaciones, de todos los absurdos, de todas las injusticias, la mujer, parte la más integrante de la humanidad, llegará á la meta deseada, cumpliendo su mision sobre la tierra. Quizá no falte quien piense que si esto ha de suceder ¿por qué nos preocupamos tanto de que sea más ó ménos tarde? Más ¿y los muchos y

gravísimos males que entre tanto ha ocasionado y ocasiona diariamente la ignorancia?

Colocada la mujer de la Edad Media entre la oración y la galantería, sufría, como siempre, las consecuencias del absoluto abandono en que se dejaba su inteligencia, su sér moral.

Entregada á sí misma, ó no dió un solo paso ó avanzó demasiado, extraviándose lastimosamente, y de lo uno y de lo otro se sacaron las *justísimas* deducciones de que la inteligencia femenina era completamente nula para el bien, aunque algunas veces solía producir destellos que iluminaban un interior lleno de perversidad ó de locura.

La Edad Media fué para la mujer la verdadera edad de hierro, en la que toda luz, toda enseñanza se considera como un mal; edad que se prolongó mucho más de lo que marca el período de tal nombre en la historia.

En la Edad Media, en la cual se levantaban tronos á la belleza, cuando se decía: «mi Dios y mi dama;» cuando las locuras caballerescas llegaron al último límite: en la Edad Media, cuando por una mirada se mataban dos héroes, que habían luchado y vencido en cien batallas, y morían bendiciendo la mano homicida que los asesinaba; en la Edad Media, cuando cada hombre había levantado en su pecho un altar á la mujer, ésta, sin embargo, giraba en un círculo estrecho del que no la era dado salir de modo alguno. Se deifi-

caba á la mujer y se la sacrificaba; era al mismo tiempo divinidad y víctima. Dividida la sociedad en solas dos clases, en siervos y señores, nada tenían que envidiar las hijas del primero á las del segundo. La ignorancia era igual en las dos; la misma la obediencia pasiva que debían prestar á la voluntad del hombre; exactamente igual el respeto á todas sus decisiones, é idéntico el abandono en que se dejaba su inteligencia. La rueca y la oracion en el establo, y la oracion y la rueca ó la aguja en el estrado señorial.

El mundo continuó su marcha progresiva: Los pueblos sacudieron el yugo feudal: las naciones cambiaron su forma de gobierno: hubo revoluciones políticas, revoluciones religiosas, hasta revoluciones atmosféricas, que cambiaron en algunos puntos del globo la forma y condiciones geológicas, surgiendo islas allí donde solo había olas, y convirtiendo en profundos abismos lo que antes eran elevadas montañas: solo la mujer se estacionó. Bajo todos los sistemas políticos, bajo todas las formas de gobierno, al abrigo de todas las creencias, se vió un peligro en ilustrar é instruir á la mujer.

La terrible lógica de los hechos consumados debería haber servido á lo ménos para enseñar al hombre que la ignorancia no es tan fiel guardadora de su honra como creía. Las faltas y hasta los crímenes se han sucedido con deplorable frecuencia en los tiempos en que á la mujer se la prohibían los libros, y se consi-

deraba como una monstruosidad que pudiera llegar á emitir sus pensamientos ó sus deseos por medio de la escritura. Pero no ha querido ver ni oír, prefiriendo, en su *justísima* apreciación, atribuir á perversidad de instinto lo que era, quizá, solo hijo de imperfecto conocimiento del deber, de la criminal ignorancia en que se la tenía sumida, y por último, cuando se ha decidido á concederla un poco de luz, de tal manera se han colocado los cristales ópticos que debían comunicársela, que las más veces equivoca la senda que debe seguir, y entonces, como siempre, ella y solo ella es la culpable.

Ya más de una vez, desde que dimos comienzo á este trabajo, nos hemos extraviado en digresiones que, si bien son consecuencia natural del asunto que venimos tratando, no por eso es menos cierto que nos separan del punto de partida, haciendo que nuestras benévolas lectoras caminen con nosotras por el árido y triste campo de la historia. Pero si otra ventaja no sacan de tan inútiles divagaciones, á lo ménos conocerán cuál ha sido la causa, ó mejor dicho, el pretesto del abandono que lamentamos.

Volviendo ahora al punto en que hemos dejado esta breve reseña histórica, vamos á terminar, llegando á la época en que comienzan los conatos de educación de la mujer, que es el tema principal que nos hemos propuesto al escribir este libro.

Aunque no de un modo absoluto ni general, llegó

por fin un día en que se comprendió que cultivando las facultades intelectuales de la mujer, ésta podría ocupar más dignamente su lugar, no en la familia, no en el hogar doméstico, sino en la sociedad, en los salones, y con tal motivo se comenzó á dar cierta forma amena á la educacion de las jóvenes de elevada alcurnia, enseñándolas una porcion de frivolidades sin ninguna solidez ni profundidad.

Para esta clase de educacion se pensó en los conventos, y por un absurdo imposible de comprender, se encargaron de formar esposas y madres de familia á seres que nada conocian, que nada debian conocer de cuanto es necesario para llenar tan sagrados y grandes deberes.

De los conventos salieron jóvenes tímidas, modestas, virtuosas, pero ignorantes, y además henchidas de preocupaciones, de sofismas, de supersticiosas y erróneas creencias con respecto al mundo en el cual estaban destinadas á vivir, y sin ninguna nocion exacta de sus derechos ni de sus deberes, lo cual por sí solo era ya un mal harto grave.

Ampliada más la educacion y extendiéndose á otras clases ménos privilegiadas, comenzaron los colegios en todas sus diferentes fases; ¿pero cuál era la educacion que se daba en ellos? Poco más ó ménos la misma de los conventos. Poca, muy poca luz, nociones incompletas de todo aquello que, ó debe saberse por completo, ó ignorarse en absoluto, pues de lo con-

trario, es casi seguro que la inteligencia se extraviará; esto en cuanto á la parte moral; y en cuanto á la material, ya lo hemos dicho al comenzar, nimiedades, cosas completamente inútiles y hasta nocivas, frivolidades propias para extraviar la inteligencia, haciendo nacer en ellas los gustos por lo trivial, por lo que nada vale ni á nada conduce, mientras se descuidaban los más importantes y seguros medios de dirigir y formar el alma, templándola para todas las vicisitudes de la vida.

Las consecuencias de estos errores se ven, se tocan, como se vieron y se tocaron en las épocas históricas que acabamos de recorrer; pero si bien es cierto que muchas voces se han levantado para lamentarse, también lo es que nada ó casi nada se ha hecho para poner el remedio. Veamos ahora si lo que no ha conseguido la triste pintura de los males ocasionados por el abandono é ignorancia en que se ha dejado á la mujer, lo consigue el deseo egoísta, pero natural, de gozar de los bienes que reportaría el darla una sólida educación, que era el tema del anteúltimo capítulo, y del que nos separamos para hacer la breve reseña histórica que acabamos de terminar.

CAPITULO VII.

Después de la breve reseña histórica que llevamos hecha de la condicion de la mujer en la sociedad y en la familia, se hace necesario que volvamos sobre nuestros pasos, viniendo á encontrarla en el presente siglo, en el cual comienzan más de lleno los conatos de educacion que se ha creido necesario darla para marchar por las corrientes del progreso.

Algo de esto hemos dicho ya; pero necesita más ampliacion nuestro pensamiento, porque habiéndonos propuesto decir toda la verdad, no hacerlo seria faltar al propósito formado.

Al extraviarnos de la primera senda para recorrer, en compañía de nuestros lectores, la historia en lo que se relaciona con la mujer, haciéndoles una ligera pintura de cuál era la condicion moral de la madre y de la esposa, en los dos pueblos más civilizados del mundo, Grecia y Roma, estábamos tratando de los innumerables males que diariamente atrae sobre la sociedad y sobre la familia, no sólo la falta de educacion moral de la mujer, sino la educacion misma, cuando está mal dirigida; y terminábamos poniendo de relieve cuantas ventajas podria traer consigo una acertada direccion de las facultades intelectuales de la mujer,

cualquiera que fuese su estado, clase ó condicion social; pero muy principalmente considerándola en el lleno de sus deberes como hija, como esposa y como madre.

Tenemos el convencimiento de que todos los padres que hayan leído aquellas consideraciones habrán visto en ellas una verdad innegable; esto es, que ellos serian los primeros en coger el fruto de sus afanes, teniendo además la inmensa satisfaccion de haber llenado cumplidamente el sagrado deber de completar la obra de la Providencia.

Tambien deciamos que, no siendo pesimistas, no creimos irremediable el mal, antes por el contrario, sentiamos una verdadera complacencia en presentar el cuadro por su lado más bello; creyendo, no solo posible, sino hasta fácil, la hermosa tarea de llevar á la mujer al cumplimiento de su gran mision por una senda mucho menos escabrosa de la que hasta hoy ha recorrido.

La mujer, considerada como hija, deciamos entonces, puede y debe ser en la familia el ángel del hogar, el rayo de sol que alumbre el dia de la ancianidad de sus padres, el ramo de flores que perfume el templo de la dicha conyugal, el cumplimiento de la promesa que Dios hace á los esposos, cuando al pié del altar les dice por boca del sacerdote: «amaos mutuamente y criad hijos que sean vuestra dicha en el mundo y gloria mia en el paraíso.»

Ahora bien: ¿qué es necesario para que esto suceda? Dar á la mujer una buena, recta y acertada educacion, por medio de la cual comprenda los deberes que tiene para con aquellos que le han dado el sér. De este primer paso dependen todos los demás que ha de dar en la carrera de la vida, y depende tambien el que llegue ó no á la meta deseada.

Como, segun la lógica inflexible de los hechos, la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos nos demuestra que la ignorancia es y ha sido siempre origen de innumerables males; y como la mujer continúa siendo ignorante, á pesar del barniz de educacion con que se la procura adornar; por eso nosotros, volviendo á nuestro tema, pedimos para la mujer la instrucción, la educacion sólida, para de este modo poderla hacer responsable de sus actos.

No queremos para la mujer indulgencia ni impunidad en sus extravíos, queremos, sí, luz; luz para que vea la senda por donde camina; luz para que perciba el peligro y sepa vencerle, para que vea el abismo y pueda evitar la caida. No queremos para la mujer la impunidad que se concede al idiotismo, á la incapacidad, á las inteligencias nulas, porque esta es la degradacion.

Si la sociedad es hoy menos severa con la mujer que en los tiempos de la hoguera, la cuerda y el puñal, creemos de buena fé que es debido á los adelantos del progreso; pero seria mucho más laudable que se de-

biera á la no existencia de actos culpables, y de ese modo, lejos de ser censurable la severidad para con el delito, sería recta justicia, pues la culpable no podría alegar ignorancia.

El principio de la senda que la mujer tiene que atravesar, está sin duda ninguna en el hogar paterno. Sería una aberración de la naturaleza que la mala hija fuera después buena madre, y la naturaleza es demasiado lógica en sus actos.

De los padres, pues, debe ser toda la culpa, y á estos volveremos siempre la mirada cuando tengamos que lamentar las funestas consecuencias de su ceguera.

Si el hombre se cree tan superior en inteligencia á la mujer, mientras llega el día en que reconozca su error, contémosle en el número de los padres con respecto á sus deberes para con la compañera que la Providencia le ha destinado. Además, si tan superior es su inteligencia, ya habrá comprendido que al nacer el hombre trae deberes que cumplir, mientras que los derechos ha de conquistarlos; y uno de estos deberes, quizá el primero, debe ser el de educar é ilustrar á la mujer, que tan importante papel está llamada á representar en la sociedad.

Hemos tratado en general de la mujer y de su defectuosa educación, señalando algunos de los defectos de que según nuestro criterio adolece, tanto en su parte moral como en la física, intelectual y material.

Considerada la mujer como esposa, es indudablemente la mision más grande, al mismo tiempo que la más delicada de cuantas está llamada á llenar en la sociedad y en la familia.

Cuanta mayor suma de libertad goce en relación con los adelantos del progreso, mayor solidaridad adquieren sus actos con los de su esposo, y por consecuencia, mayor es la obligacion de que estos actos no sean punibles. Mientras fué sierva, mientras su condicion material y moral era la continua dependencia, en medio de su precaria situacion tenia la irresponsabilidad del siervo, y sabido es que el siervo no delinque para con la sociedad.

La mujer, como el hombre, nace no sólo con deberes que cumplir, sino que esos deberes son mayores en proporeiön que sean mayores sus derechos; y por consecuencia, cuantas más prerogativas alcance la mujer, más obligada está á mantenerse digna de ellas.

Bien comprendemos que al decir esto no decimos nada nuevo; pero queremos sentar el principio de que la mujer tiene deberes, porque hemos oido muchas veces hablar de sus derechos, omitiendo, quizá de mala fé, los deberes que estos mismos derechos las imponen.

Uno de los más graves defectos de la educacion que se la dá, es precisamente la omision de esta enseñanza, porque haciéndola formar un concepto eleva-

do de sus obligaciones, comprenderia que su papel en el gran drama de la humanidad es tan de primer órden como el del hombre, y por lo tanto, que debe mantenerse á igual altura.

El alma se regocija de antemano y el corazón se ensancha considerando cuán fácil seria, en general, el recorrer la senda de la vida conyugal, apoyándose mutuamente uno en otro los esposos, si, cualquiera que fuese su clase y condicion, lograran comprenderse y estimarse.

El hombre ha nacido para vivir en familia; así lo dicen todas sus condiciones físicas y morales, por lo cual, aun en el estado más humilde, en el que más domine la ignorancia, necesariamente ha de estimar á su compañera: lo que sí es preciso, que esta compañera tenga cualidades que relativamente la hagan estimable.

Los principales elementos que deben formar la educacion de la mujer para dar los apetecidos frutos, deben ser una gran moralidad y una elevada idea religiosa. El primero la llevaria como por la mano al cumplimiento de sus múltiples deberes, mientras el segundo, enseñándola á tener una santa resignacion en la adversidad, la evitaria caer en los deplorables extremos de rebelarse contra las vicisitudes de la vida ó dejarse abatir por ellas.

La educacion moral, engrandeciendo el espíritu, la daria prudencia, la enseñaria justicia, la infundi-

ria templanza y la aconsejaria caridad; y adornada con estas hermosas virtudes, bien puede suponerse que habia de parecer á los ojos de su esposo mucho más bella que lo está envuelta en todas las frivolidades de la moda y de la coquetería.

CAPITULO VIII.

La mujer, considerada como esposa, que es sin duda alguna el estado más conforme con el fin para que fué creada, tiene indudablemente grandes y santos derechos que el hombre en particular y la sociedad en general deben concederla. En el hogar es, no solamente la compañera del hombre, sino la guardadora de su honra, la administradora de su hacienda, el espejo en que se reflejan las virtudes públicas y privadas de su familia; y sobre todo, la madre de sus hijos. Ahora bien; por lo mismo que todos estos títulos la conceden grandes derechos, necesariamente debe tener grandes y sagradas obligaciones. Todo derecho encierra un deber. Este es un axioma tan verdadero como sencillo. Por lo tanto, tan enemigos de la mujer creemos á los que no la enseñan y encarecen sus deberes, como á los que sistemáticamente la niegan sus derechos.

La mujer, en el hogar doméstico, considerada como esposa, no creemos que su papel sea obedecer ciegamente los mandatos del marido. Si es su igual en esencia; si bajo el punto de vista moral y material nada hay en ella que la haga inferior, la obediencia ciega y automática seria hasta criminal. Pero tampoco podemos considerar como ménos culpable la resistencia pasiva que, generalmente, se vé poner en práctica como un gran recurso contra el despotismo del hombre.

El matrimonio, basado sobre un pié de perfecta igualdad moral, tal como debe comprenderse, seria el bello ideal de la sociedad; y como no somos pesimistas, creemos que llegará un día en el que este bello ideal podrá realizarse; mas para ello se necesita variar casi por completo la educacion de la mujer.

Al sacar á la mujer de su habitual ignorancia, ilustrando su espíritu y engrandeciendo sus ideas por medio de una sólida educacion moral, veria de una sola mirada que la infinita sabiduría, que la suprema inteligencia del Criador, que no olvida en su admirable obra nada de cuanto es necesario á la reproduccion y conservacion de ese estado armonioso que se llama mundo, al señalar al hombre la senda que debe seguir, le dá tambien las fuerzas necesarias para hacer el camino.

Educando á la mujer en el perfecto conocimiento de sus deberes, sabria que, cumpliendo éstos, es como se llega á conquistar esos derechos con que tanto se la

quiere envanecer, y podria estar de ellos más orgullosa á medida que mayores los hubiera adquirido.

En el seno del hogar y de la familia, considerado el matrimonio bajo el pié de igualdad que hoy alcanza, la mujer tiene el innegable derecho de aconsejar al marido y discutir con él en todos los asuntos que se relacionen con los intereses, educacion y bienestar de sus hijos: pero ¿qué deberes le impone este derecho?

Tal como hoy se educa á la mujer, ¿se encuentra en estado de cumplirlos? esto es lo que no nos atrevemos á dar como seguro.

Para que la mujer disfrute del derecho de hacer escuchar sus consejos, necesita, primero una gran prudencia, una excesiva moderacion en la manera de discutir, escuchar dentro de sí misma la voz de la razon, para que ésta, y no la vanidad, el egoismo ó el pueril deseo de vencer, dicte los argumentos que ha de presentar á su esposo; y segundo, prudencia tambien para sufrir las contrariedades de una negativa ó las sinrazones de una voluntad obcecada. Sin todo esto, el derecho de aconsejar al marido, es un tristísimo derecho que, la mayor parte de las veces, concluye por una escena violenta y desagradable.

Para que la mujer alcance este grado de prudencia se necesita que su educacion sea sólidamente moral y sólidamente religiosa; y para que en los pocos años que la separan de la infancia á la pubertad consi-

ga tal solidez, es necesario que se ponga un especial cuidado en dirigir sus facultades intelectuales de manera que ni un solo momento de su vida sea perdido.

El tiempo de que la mujer puede disponer para su educacion, es mucho más corto que el del hombre, porque tiene que entrar en el lleno de sus obligaciones de esposa y de madre cuando apenas ha salido de la niñez.

El cúmulo de conocimientos, tan inútiles como superficiales, con que se llena hoy su cabeza, es un obstáculo para que su educacion sea sólida, y si no tuviera otro inconveniente que el de ocuparle un tiempo tan precioso como necesario, seria ya un gran mal. Pero como además encierra otros gravísimos errores, nunca nos cansaremos de clamar contra tal educacion, lamentando que nuestra voz no sea más autorizada para que fuese más atendida.

Se habla en general con cierto desden de la inteligencia femenina, y seguramente, al hacerlo, no se fija la idea en lo complicadísimo y heterogéneo de la educacion que hoy se la dá, pues de otro modo, necesario seria reconocerla una comprension facilísima y superior, cuando en tan pocos años se la hace aprender, siquiera sea superficialmente, tantas y tan variadas cosas, sin contar el tiempo que ha de invertir en el tocador, en el baile, en las visitas, en los paseos y en las otras mil futilidades á que la sujeta la sociedad. ¡Lástima causa ver tantas horas perdidas por quien

tiene contados todos los minutos de su vida para llenar en cada uno de ellos un sagrado deber!

Mientras de la educacion de la mujer no se descarte lo innecesario y vicioso; mientras no se la considere apta para elevar su espíritu á más altas esferas por medio de una instruccion sólida, no sólo no llegará al grado de perfeccion á que la dá derecho su importantísimo papel en la sociedad, sino que los males que hoy se lamentan irán en aumento, relajándose más cada dia los sagrados lazos de la familia.

El amor al lujo, el deseo immoderado de una peligrosa independendencia, la mala inteligencia de lo que se ha dado en llamar emancipacion de la mujer, el afan de figurar en esferas que no son las suyas, las aberraciones, en fin, de todo género, serán el resultado de la culpable apatía, con que se viene mirando un punto tan esencial.

Además de lo que están obligados á hacer los que tienen á su cargo la educacion, la sociedad está interesada en que el mal se corte y el remedio se ponga.

La mujer misma, cualquiera que sea su clase y posicion, puede y debe hacer algo por sí, pues nunca para el bien es tarde.

Para empuñar con mano segura el cetro de reina del hogar y de la familia, es necesario abandonar un tanto el de la moda. Para adquirir el derecho de ser escuchada y consultada, ocupando al lado del esposo y de los hijos el lugar de un ser inteligente y

no el de un autómeta, es necesario cultivar la inteligencia.

En una palabra, para tener derechos, es preciso cumplir deberes, y para cumplirlos, conocerlos.

Los deberes de la mujer son muchos, son complicadísimos y son hasta difíciles: por lo mismo necesita más sólida base para sostener el pesado edificio del equilibrio social que descansa muy particularmente sobre ella.

Donde quiera que la mujer se ha viciado, la sociedad se ha disuelto: por eso todos los grandes reformadores, si bien con escasos resultados, han tenido presente que al frente de toda reforma social, debe marchar la educación de la mujer.

Excusado nos parece indicar que el primer paso que en este gran camino debía darse, es el de empezar por instruir á nuestro sexo, dándole conocimientos sólidos y profundos de lo que es la verdadera moral y la verdadera idea religiosa, descartando de lo primero la hipocresía, que consiste, no en ser buena, sino en parecerlo; y de lo segundo la superstición y el fanatismo que nos separan en lugar de acercarnos á Dios, haciéndonos tomar por religión la forma y no la esencia.

La instrucción bien dirigida; el exacto conocimiento del bien y del mal; el estudio de las grandes verdades filosóficas, de los hechos heroicos y de las hermosas virtudes que, en todo tiempo, han florecido

en el mundo como palmeras cultivadas por la mano de la Providencia para servir de oasis en donde descansa la vista en medio del desierto de la vida, engrandeciendo el espíritu y elevando la inteligencia, dispondrían el ánimo para cumplir sin esfuerzo los penosos deberes que sobre la mujer deben pesar. La elevación de la inteligencia la haría comprender que en el cumplimiento del deber están los verdaderos goces, y que no hay dicha comparable á la que siente una conciencia tranquila.

Si á la mujer se le presenta la vida real tal como es en sí, desnuda de toda poesía, de todo encanto, ¿qué mucho será que retroceda aterrada de tal aridez?

Si se le dice que la carrera que ha de recorrer está sembrada de espinas y en vano será que vuelva la mirada á uno y otro lado, pues no hallará ni una sola flor, ¿qué mucho que retroceda? Así, pues, el deber de quien toma á su cargo la educación de ese sér tan fuerte en esencia, como delicado en la forma, tan necesario á la armónica marcha de la humanidad, como inútil se quiere que aparezca, es fortalecer su espíritu, formar su corazón, desarrollar su inteligencia, asentar su razón sobre sólidas bases, y despues decirle: «marcha: tu camino es un camino de abnegación, de sacrificio; pero todo sacrificio, toda abnegación tiene su recompensa. La tuya será el bien de tus hijos, el amor de tu esposo, la estimación de la sociedad, la inmensa satisfacción de tu conciencia y las bendiciones de cuantos

te hayan conocido. ¿Eres vanidosa? Pues en todo esto encontrarás motivo sobrado para envanecerte, y de este modo no habrá vicio del que no pueda hacerse brotar una virtud. ¿Eres orgullosa? Pues cuando tu cabeza esté coronada por la nieve de los años, sobre tus blancos cabellos podrás ostentar una triple corona, porque habrás reinado sobre tu esposo, sobre tus hijos y sobre tí misma, haciéndote superior á las vicisitudes de la vida.»

La esposa, en el hogar doméstico, es tan absoluta soberana que, si la prudencia dirigiese sus actos, su primer súbdito seria el que la sociedad parece darla por señor.

Las exigencias insensatas; los celos ridículos; el afan de mandar; la falta de resignacion en las contradicciones; la obcecacion, hija de la ignorancia, la falta de fé en sus derechos y la invocacion de éstos, cuando apenas los conoce, son el semillero de todos los disturbios que con tan desconsoladora frecuencia vemos surgir en la vida conyugal.

Si la mujer estuviera mejor educada, los malos matrimonios serian ménos numerosos, y la moralidad de las costumbres el fruto que recogeria la sociedad como premio de sus desvelos.

Segun hemos dicho al comenzar, tan enemigos de la mujer creemos á los que no la enseñan cuáles son sus deberes y la dan los medios de cumplirlos, como á los que la niegan sistemáticamente sus derechos,

porque hallándose íntimamente unidos entre sí derechos y deberes, no se puede llegar á la posesion de aquellos sin llenar éstos cumplidamente.

CAPITULO IX.

La importancia que la mujer tiene en la sociedad y en la familia la prueban las mismas controversias que por ella se han suscitado en todas las épocas de lucha y movimiento, ya político, ya social é intelectual. Si es una verdad inconcusa que «de la discusion brota la luz», por una estraña fatalidad, poca, muy poca luz ha brotado de las innumerables discusiones entabladas y sostenidas acerca de esta importante entidad social llamada mujer. Extraviados lastimosamente sus apologistas y defensores, concédendle grandes dotes de sentimiento, de magnanimidad, delicadeza en las ideas, pronta comprension, esquisita sensibilidad, corazon generoso y compasivo, y entusiasmo por todo lo grande, lo bueno y lo bello, por una inconcebible aberracion se han detenido siempre ante la idea de que la inteligencia femenina pudiera ser susceptible de abarcar, además de todas esas delicadezas del sentimiento y del corazon, ideas sérias, grandes y filosóficas que la hicieran comprender que su mision en la tierra no es marchar sobre una senda de flores ó de

espinas, reír ó llorar, sino que está sujeta á las mismas y mayores peripecias que el hombre, porque su destino es el mismo, acercarse á la perfeccion.

Cuando despues de una de estas discusiones entabladas acerca de la mujer se ha creido dar un gran paso, han salido á plaza la emancipacion, los derechos de asistir á la cátedra y subir á la tribuna; y puestas manos á la obra, ha resultado de tales alharacas que una señora ó señorita, ha tomado la borla de doctor en medicina ó el grado de bachiller en artes, prestándose al ridículo del primer chusco que ha encontrado sublimemente gracioso decir cuatro necedades sobre tal acontecimiento.

Ahora bien: segun nuestro pobre juicio, no es este el camino, no esta la verdadera ilustracion que debe dársele á la mujer, destinada ante todo á ser en la sociedad el ángel del hogar doméstico, la guardadora del sagrado fuego del amor conyugal, el lazo de union entre la fuerza y la gracia, entre el dolor y el placer; en una palabra, la base segura y fundamental de la familia.

Extremados en todo nuestros defensores, lo mismo que nuestros detractores, creen los primeros, á los cuales concedemos una absoluta buena fé en sus aspiraciones, creen los primeros, repetimos, que la mujer puede aspirar á todos los puestos; que nada la debe estar vedado; que el foro, la tribuna, la cátedra, la clínica médica, la mesa de diseccion y hasta el campo

de batalla, son dignos palenques en los que debe luchar, puesto que sus facultades intelectuales son en un todo idénticas á las del hombre.

Green los segundos, y lo que es á estos no les concedemos tan buena fé como á los primeros, que la mujer, para ser buena esposa, buena madre y fiel administradora de los intereses morales y materiales de la familia, no necesita poseer una inteligencia cultivada, ni conocimientos profundos, ni ideas sólidas, bastándola con algunas nociones ligerísimas de los más rudimentarios y generales conocimientos; pues á la mujer instruida no la consideran apta para llenar las complicadas obligaciones de esposa y madre.

Nosotros preguntamos: ¿Qué razon puede haber para pensar de este modo? ¿Cómo es posible que precisamente el conocimiento de un deber sea la causa de que no se llene cumplidamente? Pero volvamos al punto de partida.

Que lo que piden los panegiristas extraviados de la mujer es un absurdo, que, de realizarse, nos llevaria al caos, es una cosa fuera de toda discusion. Que hay bastantes médicos, suficientes abogados, sobrado número de bachilleres, más soldados de los necesarios, muchísimos diputados, oradores y tribunos del sexo masculino, para que sea una necesidad el aumentarles con abogados, oradores ni soldados femeninos, lo sabemos todos, y lo saben mejor que nadie los que abogan por la mujer de una manera tan errónea; pero tambien

debe saberse, porque desgraciadamente se toca todos los días, que la instrucción de la mujer destinada á ser esposa y madre, papel mucho más importante en la humanidad que el de todos esos señores, es muy limitada é imperfecta.

Como estamos tratando de la mujer en general, no podemos ahora extraviarnos tocando, ni aun de paso, la necesidad de que ésta encuentre abiertas las puertas de la ciencia, de la industria y del arte, como un recurso contra las vicisitudes de la vida: eso vendrá despues. Más creemos necesario consignar que las excepciones no son la regla, y querer regir el mundo y la sociedad por medio de las excepciones, seria el mayor de los absurdos.

Limitándonos por el momento á tratar de la instrucción de la mujer en general y para los casos generales, pedimos con insistencia una modificación en la manera de educarla. Es un error gravísimo suponer que la ilustración despojaría á la mujer de ninguno de sus encantos; error que necesariamente lleva consigo la afirmación de que la ignorancia y la frivolidad son encantadoras. Porque la mujer sepa algo de lo mucho que encierra la ciencia de la vida; porque alcance á comprender que su misión es tan elevada que el mismo Dios al hacerse hombre la consagró, queriendo tomar forma humana en el seno de la mujer, obedeciéndola, amándola y respetándola como madre durante treinta y tres años, no es posible que deje de ser insinuante,

amable, sumisa, comedida, prudente y graciosa, sobre todo con esas gracias del alma que, unidas al encanto que Dios y la naturaleza la han concedido, hacen de ella un sér transitorio entre el hombre y el ángel, según ha dicho Balzac.

Cierto que si á la mujer se la educa, como hoy sucede, de una manera incompleta, dándola solo nociones de todo sin que llegue á profundizar nada, será vana y superficial, engriéndose con lo que sabe, por lo mismo que no sabe nada útil. Cierto que con tal clase de instruccion se hace insoportable, pedante y nécia; y precisamente para obviar esos inconvenientes es para lo que pedimos verdadera instruccion en la mujer.

Nada hay tan modesto como el verdadero mérito. Cuando la mujer sepa de un modo sólido todo lo que hoy conoce tan á la ligera, será instruida sin petulancia, y lejos de ser un mal, como muchos creen, la ilustracion en nuestro sexo, traerá consigo todas las ventajas de que ya varias veces nos hemos ocupado.

No hay ninguna clase ni condicion social en la que una sólida y bien cimentada educacion no sea un manantial de bienes morales y materiales. La más humilde, como la más elevada, tiene constantemente que luchar contra las vicisitudes de la vida, pues colocada la humanidad en la tierra para llenar una mision que ha de terminar en otro mundo mejor, no es posible que encuentre en este una felicidad tan completa que le haga olvidar el fin para que fué criada.

El pobre, como el rico, tienen que sufrir las penalidades de un destierro transitorio, y el pobre, como el rico, necesitan para cumplir su mision, la cual es acercarse á Dios por medio de la mayor perfeccion posible, necesitan, repetimos, tener una idea exacta del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y que su corazon esté formado y dispuesto para elegir el buen camino.

Nadie habrá que niegue la verdad de estas aseveraciones, y no negándolas, no es tampoco posible que de una cosa obligatoria al hombre, es decir, á la humanidad, se quiera excluir á la mujer, parte la más integrante de ella.

La mujer, que es primero hija, y luego esposa y madre, parece precisamente, por este triple é importante papel que tiene en la familia, la destinada por la Providencia para realizar la grande obra del perfeccionamiento de la humanidad. Cuando hija, su mision es la de sostener la fé que los desengaños y dolores de la vida pudieran hacer vacilar en el alma de sus padres. Esposa, su primero y más sagrado deber es el de ayudar á su compañero á llevar la pesada carga de una existencia siempre rodeada de luchas y contrariedades, apartando con mano solícita los obstáculos que le impidan la marcha hácia el bien; y una vez madre, sus deberes son tan grandes y complicados, que ya no sólo necesita la educacion profundamente moral y religiosa que para ella pedimos, sino que el mismo Dios la presta su poderoso apoyo, poniendo en su corazon esos te-

soros de sublime amor maternal que tantas veces ha convertido en heroínas á las madres.

Si todas estas razones no son bastante poderosas para convencer á la sociedad de cuán necesario es que la educacion de la mujer sufra importantes reformas, y de que lejos de ser un peligro el que se la instruya, es un bien inapreciable, aun podemos apelar á otras que, si bien más positivas y materiales, no son menos convincentes.

Ya al comenzar este trabajo indicamos algo de lo mucho que, aun bajo el punto de vista material, pierde el hombre dejando á nuestro sexo sumido en la ignorancia; ó lo que es aun casi peor, dándole una educacion tan extraviada como incompleta.

Para las almas sensatas, para los corazones rectos dejamos las razones expuestas en las anteriores líneas. Para los egoistas aun tenemos otras con las que, atacándoles por sus mismos defectos, les hagamos ver la necesidad de educar sólida, extensa y profundamente á la MUJER.

CAPITULO X.

La mujer, considerada como esposa, aun sin llegar á ser madre, tiene ya una importantísima mision que cumplir. Nada es tan necesario para llenar un deber

como conocerle de una manera clara y precisa, y sería la falta de su cumplimiento tanto más censurable, cuanto más elevada fuera la inteligencia de quien faltase á él.

Que todos entramos en la senda de la vida teniendo grandes é ineludibles deberes que llenar, es una verdad innegable: que del cumplimiento de esta sagrada obligacion moral depende el perfeccionamiento de la humanidad, y que el hombre alcance sobre la tierra la mayor suma de felicidad posible, es tambien otra verdad tan innegable como la primera; y que no se puede hacer responsable de una falta al que no sabe que la comete, es tambien una verdad tan en absoluto como las anteriores. Ahora bien; una vez reconocida la perfecta igualdad intelectual de la mujer comparada con el hombre; una vez rota la valla que entre estos dos séres, distintos solamente en cuanto es necesario que lo sean, para completarse y formar ese todo que se llama humanidad, habia levantado el orgullo y ceguedad del más fuerte, preciso será que aun los incrédulos tengan que confesar lo injusto y torcido del proceder del hombre. No hay un solo filósofo, un solo sabio, un solo declamador, que, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, haya dejado de emitir su opinion (desfavorable por supuesto) acerca de la mujer. Desde Platon hasta Balmes, desde Confucio hasta Mahoma, en todos los pueblos, bajo todas las dominaciones, al abrigo de toda clase de creencias religiosas,

en el Gentilismo lo mismo que en la Era Cristiana, bien haya imperado en las conciencias el panteísmo griego ó el fanatismo cristiano de los primeros siglos de la iglesia, á la mujer se la ha mirado como un constante peligro para la humanidad. Con una admirable falta de lógica se la señala como temible y se la tacha de nulidad, y negándola inteligencia se quiere que responda de hechos que no se la cree capaz de comprender. Si la mujer tuviera ménos sentimiento, ménos generosidad, deduciría de todos esos anatemas lanzados contra ella, que no debe ser tan pequeña cuando tanto se la teme. Pero volvamos á nuestro punto de partida.

Sin necesidad de apelar á la justicia ni á la razón, y sólo sí á las más bastardas pasiones que dominan al mundo, aun encontraríamos medios de probar el grandísimo interés que la sociedad tiene en que la mujer se instruya. Si queremos suponer que por desgracia vivimos en un siglo todo positivismo, todo materialismo, en el cual la vida es el único objeto atendible, el egoísmo es el primero en aconsejarnos que la mujer sea instruida, porque de su ilustración, de su cultivado talento, pueden nacer goces y bienestar material que aumente las satisfacciones de la existencia.

Afortunadamente para la humanidad esto no puede pasar de una suposición. La Providencia, que en sus altos designios creó al hombre para acercarle á sí por medio del bien, no puede permitir que la semilla

del bien se pierda, y si deja que las bastardas pasiones dominen por algun tiempo, es para que brille más claro su poder y el ascendiente de la virtud sobre el vicio. Por eso vemos que de en medio de tantas aberraciones salen triunfantes las ideas elevadas y los sentimientos generosos.

El hogar y la familia son el altar en que debe conservarse el sagrado fuego á cuyo calor germinan todas las virtudes y elevados sentimientos; y como nadie seria tan nécio que pusiera á un ciego, mudo é inepto para guardian de un rico tesoro, si la mujer es el guardian destinado á proteger, conservar y fomentar las virtudes, tesoro de la familia y de la sociedad, necesario es que no sólo no sea muda, ciega, nula é ingnorante, sino que comprenda el valor de las riquezas que están á su cargo.

Los mismos anatemas lanzados en todos los tiempos contra la mujer prueban de una manera harto clara su incontrastable influencia, y nos parece mucho más lógico que toda esa energia gastada en combatir una influencia que está en la naturaleza misma, y de la cual no puede librarse el hombre, porque seria ponerse en abierta contradiccion con todas las leyes providenciales, la gaste en hacer que ese influjo que quiere anular, se tornase en beneficio suyo, lo cual conseguiria bien fácilmente y con solo querer.

Que el hombre ha nacido para la familia lo prueban todas sus tendencias, todas sus aspiraciones. El sabio

como el ignorante, el rústico labriego lo mismo que el habitante de las grandes ciudades necesitan, para el desarrollo de su vida moral y material, del dulce calor del hogar. Todos los días estamos viendo mil ejemplos en corroboración de esta verdad. El que no tiene familia propia trata de creársela ó se arrima al calor de una estraña. Legales ó ilícitos, los lazos de la familia son necesarios al hombre como la luz, el aire y la tierra lo son para su existencia. Todos los días estamos viendo que si un matrimonio se desune, pronto, por medio de una unión culpable, el hombre vuelve á buscar otra compañera, y aun quizá la mujer, arrojando el anatema de la sociedad, hace lo mismo.

Luego si la familia es el estado más perfecto de la humanidad, ¿por qué no ha de procurarse que ésta sea todo lo mejor posible, poniendo á la mujer en situación de que realice con su influencia estas mejoras?

La mujer, considerada solo como compañera del hombre, aun sin que la Providencia la conceda la dicha de la maternidad, puede y debe ser un amigo fiel de su esposo, un apoyo en la adversidad, un consejero tierno y solícito, la que endulce sus pesares y aumente sus alegrías. Pronta siempre para el bien, debe avivar su fé, excitar su caridad, reanimar su esperanza, combatir en él las malas pasiones por medio de la dulce persuasión y el buen ejemplo; ser, en una palabra, su ángel tutelar, empleando la gracia contra la fuerza, la razón que convence contra el despotismo que manda á

ciegas, completando, en fin, el sér moral de su compañero y el suyo propio por medio de la energía del uno y la debilidad del otro.

Para realizar este programa, la mujer necesita una educación moral y religiosa que sirvan de base al edificio en que han de descansar sus virtudes públicas y privadas. Necesita que sus facultades intelectuales sean convenientemente cultivadas, haciéndola conocer sus deberes antes que sus derechos, porque en el cumplimiento de los primeros es donde reside la sanción de los segundos. Si á la mujer no se la dá una idea exacta del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto; si no se la hace conocer á Dios por medio de sus eternas verdades; si no se inculcan en su espíritu los sanos principios de la moral y de la virtud, el hombre y la sociedad perderán todo derecho á recriminarla cuando falte, y á escarnecerla si es frívola, ligera, inconsecuente, y si la encuentra llena, en fin, de mil pequeños defectos que pudieran muy bien desaparecer con una acertada educación.

La mujer misma, ya lo hemos dicho otras veces y ahora lo repetimos, la mujer misma debe poner todo cuanto esté de su parte para enmendar este error social. En todos los tiempos, en todas las edades y estados, se puede instruir la mujer. Esta vida, que tan corta nos parece, está sin embargo marcada por el dedo de la Providencia, y al llegar á su fin, todo sér humano deberá haber llenado su misión. Si no lo hace, la culpa

será suya y esa cuenta más tendrá que rendir al Criador. Si la mujer, por educarla mal, gasta los mejores días de su existencia en ocupaciones frívolas, y esto lo hace porque, además de la torcida educación que ha recibido, nada ha puesto de su parte para enmendarla, también ella es culpable, porque no hizo de sus facultades intelectuales el uso que debía.

Lejos de nosotros la idea de aconsejar á las mujeres que abandonen por completo sus encantos y todo cuanto pueda concurrir á realzarlos, pues para algo se los ha concedido la naturaleza; pero de esto á convertir el tocador y la coquetería en única y exclusiva ocupación, hay sin duda un abismo.

El paseo, las visitas, todas esas ocupaciones sociales de las que se ha hecho una obligación, roban á la mujer un tiempo precioso que la hace falta para ilustrar su espíritu y enriquecer su inteligencia. Sin abandonar los dulces lazos de la amistad, sin renunciar por completo á los placeres de la vida, puede hacerse un prudente reparto del tiempo entre el trabajo y el esparcimiento, para ir allegando ese hermoso caudal que, enriqueciendo el espíritu, sirva más tarde para instruir á nuestros hijos y amenizar los días de la vejez.

Nosotros nos dirigimos á todo nuestro sexo en general, y á las madres y á las jóvenes en particular. A las primeras, porque pueden hacer mucho en favor de esa generación que empieza, enmendando los errores en que para con ellas cayó la sociedad, y haciendo de sus

hogares un hermoso plantel de futuras esposas y madres prudentes, instruidas, modestas y juiciosas, que hagan la felicidad de su familia. A las segundas, porque aun están á tiempo de coger en sí mismas el fruto de nuestros desinteresados consejos. El estudio es un amigo cariñoso, un amante dulce, apasionado, que todo lo quiere para nosotros mientras nada guarda para sí. Un buen libro es un tesoro de goces desconocidos que solo desea prodigarse. Con el propósito firme de instruirse, se puede llegar muy lejos, puesto que estudiar es poder apropiarse para sí todos los conocimientos de los demás. Estudiar con fé, con entusiasmo, es abrir las doradas puertas de lo desconocido, vivir en otros mundos, en otros pueblos, en otras edades, ver cómo la humanidad ha crecido y se ha desarrollado, seguir paso á paso su marcha progresiva, y mirar cómo Dios, en sus inescrutables designios, la va marcando la senda que ha de seguir para acercarse á él, que es su principio y su fin, por medio del perfeccionamiento moral.

ULTIMA PARTE.

CAPITULO I.

LA MADRE DE FAMILIA.

¿Quién será capaz de abarcar todas las consecuencias que una mujer convertida en madre de familia trae á la sociedad? Seguramente no seremos nosotros. Profundos filósofos, eminentes escritores, sabios moralistas, grandes hombres de todos los pueblos, de todos los tiempos y bajo el dominio de toda forma de gobierno, han reconocido unánimemente la gran influencia que la madre de familia ejerce en la moralidad, desenvolvimiento material, creencias religiosas y políticas de los pueblos.

Los más grandes rasgos de heroísmo, las más sublimes virtudes públicas y privadas, y á veces, por desgracia, las acciones más punibles, han sido inspiradas por el ejemplo de una madre.

Su madre marcó el camino del martirio á los macedoneos, y su madre tambien señaló la senda de los crímenes á Neron. Hé aquí, pues, la diferencia entre la buena y la mala.

El primero y más atendible de los deberes de un legislador debería ser la educación moral, intelectual, física y religiosa de la mujer, toda vez que al educarla educaba con ella á los pueblos que le estaban encomendados.

No tenemos la pretension de decir nada nuevo en estas líneas, ni en las que aun escribamos sobre la misma materia; más por pequeña que sea la piedra que alleguemos al gran edificio social, mientras abriguemos el convencimiento de ser útiles de alguna manera, no hemos de cejar en nuestro empeño.

Decíamos que mucho, muchísimo puede hacer la mujer por sí misma en cuanto á su ilustración.

El derecho de pensar no es un don exclusivo del hombre, y puesto que ésta, como todas las demás facultades intelectuales, nos han sido concedidas por la Providencia en un grado igual, ya que no superior al de el otro sexo, no debemos dejarlo todo á la voluntad de que se quiera ó no instruirnos. Nosotras mismas, si nos paramos á considerar cuán útil puede sernos el poseer algunos conocimientos que nos lleven al cumplimiento fiel de nuestros deberes, buscaremos los medios de conseguirlo.

Toda madre, por ejemplo, apenas llegan sus hijos á la edad de la razón, ya piensa que debe darles una carrera ó enseñarles un oficio para que más tarde se encuentren á cubierto de la miseria y de las desgracias que con ella vienen. Ahora bien: ¿quién es más des-

graciado y miserable que el ignorante? Pues siendo esto así, deber de la madre es instruirse para conocer el bien y separarse del mal, para cumplir su grandiosa mision en la tierra. Instruirse para conocer á Dios, amarle en sus obras y respetarle en sus decretos. Instruirse para ser profundamente religiosa por convencimiento y no por rutinario fanatismo; instruirse para conocer á fondo el vicio y la virtud, y separando el oro de la escoria, huir del primero y practicar la segunda; y una vez que la mujer haya conseguido esto, ella inculcará en la tierna inteligencia de sus hijos su fé, su moralidad, su religion y sus virtudes, y la sociedad será quien recoja el sazonado fruto.

Por eso, despues de habernos dirigido á los padres, á los tutores, á los maestros y á la sociedad en general, nos dirigimos á la mujer misma.

Ya antes hemos hecho una triste, aunque verídica pintura del estado de degradacion á que han llegado los pueblos en donde la mujer se hallaba sumida en la ignorancia. Tambien, aunque con tintas mucho ménos sombrías que la realidad, les hemos hecho un ligero bosquejo del cuadro que presentaban las sociedades en aquellos tiempos en que la mujer, considerada como un sér nulo en cuanto á sus facultades intelectuales, sólo le estaba reservado el humillante lugar de *hembra*. Tampoco les hemos ocultado los profundos é irremediables males que este abandono en la educacion de nuestro sexo ha traído sobre la humanidad, y si

de todo esto resultan cargos sobre el hombre que se abrogó el derecho de educar, ó mejor dicho, de anular la inteligencia de la mujer, tampoco ella está del todo exenta de culpa, pues algo puede hacer por sí misma.

Afortunadamente para la humanidad, la Providencia enmienda con su infinita sabiduría los errores del hombre aun contra la voluntad de éste. La senda de progreso que Dios le ha trazado con su divina diestra, habrá de recorrerla hasta llegar á la meta que le tiene marcada; y por lo tanto, hoy las tinieblas no son tan densas en derredor de la mujer. Ya no se la prohíben los libros, y este es un gran paso; mañana quizá se la ayude á elegirlos y conocerlos, y entonces habremos avanzado más.

Tampoco hemos tratado de disculpar la gran injusticia con que á la mujer se la tacha de frívola, ligera é inconsecuente, siendo así que se la educa para que tenga estos y otros muchos defectos, que los partidarios de la ignorancia apellidan encantos y seducciones.

No hemos asimismo ocultado lo erróneo que nos parece el afán de emancipación que, de algún tiempo á esta parte, se había apoderado de algunas ilusas que, sin comprender el verdadero sentido de la palabra, se dejaban alucinar por frases pomposas y faltas de sentido y de lógica y por promesas imposibles de realizar.

Más de una vez hemos tratado de hacerlas ver, que

allí donde creían hallar esa suspirada libertad, era donde residia la verdadera esclavitud, y todavía hoy y muchas veces más se lo repetiremos; pero volvamos ahora al asunto de que estábamos ocupándonos.

Puesto que el día de la verdadera emancipacion de la mujer ha llegado, y el libro, el periódico, las discusiones de sociedad, y hasta los ateneos y las reuniones científicas y literarias le brindan con sus luces, haga la mujer algo por sí misma. El libro es un amigo que nos enseña todo lo que sabe, que repite sus lecciones cuantas veces queramos preguntárselas, y en donde el ejemplo, el consejo y la resolucion de la duda se encuentran siempre bajo nuestra mirada de una manera clara y precisa.

La ilustracion del espíritu trae consigo la calma y la tranquilidad de la conciencia, porque aprendiendo á conocer á Dios, se comprende cuánta es su bondad, cuán grande su misericordia, y con que paternal esmero atiende á todas nuestras necesidades, no habiendo creado un solo átomo en el aire, ni un solo grano de arena en el mar que no esté destinado á mantener la perfecta armonia del mundo que habitamos, en el cual nos ha puesto para realizar un fin, que es acercarnos á El practicando la virtud.

A la mujer, la cual quiso Dios que fuese la madre, la está encomendado el más grande de todos los deberes, que es el de formar el corazon del hombre para que ame, honre y bendiga á su Criador; por eso no

debe perdonar sacrificio alguno para ponerse en estado de llenar tan sublime mision.

Ya lo hemos repetido muchas veces; no se crea que nosotros abogamos por esa instruccion que ha de llevar á nuestro sexo á la vida pública. Nuestra verdadera emancipacion está dentro del hogar, en el seno de la familia. Queremos á la mujer ilustrada, para que instruya á sus hijos; para que mantenga, con su claro y recto juicio, la paz doméstica; para que en la prosperidad, como en la desgracia, sea la fiel compañera del esposo, el arca sagrada que encierre el gérmen de todas las virtudes, la guardadora de esos ricos tesoros que se llaman amor conyugal, amistad sincera, caridad inagotable, dulzura, generosidad y elevados sentimientos, tesoros que, distribuyéndolos en torno suyo, enriquecerán á la humanidad toda.

Queremos que sea instruida, no sábia; religiosa, no fanática; sensible sin romanticismo, agradable sin coquetería, juiciosa sin rigidez, digna sin orgullo, y tenemos el convencimiento de que la verdadera ilustracion realizaria este bello ideal, haciendo de la mujer lo que debia ser siempre, el ángel del hogar.

Si calcular todas las consecuencias que la madre de familia puede traer sobre la sociedad, es imposible; no ménos difícil nos ha de ser poner de relieve toda la influencia que la mujer ejerce en el hogar doméstico, y cuán inmensa es la responsabilidad que echan sobre sí los que, desconociendo ó negando sistemáticamente

dicho influjo, educan á la que ha de tener en sus manos el porvenir de la humanidad de un modo no sólo incompleto, sino absurdo y vicioso. Por más que los sábios, los filósofos y los reformadores de todos los tiempos hayan procurado desentrañar esta materia, necesariamente han debido hacerlo de una manera incompleta, porque no era posible que sucediera de otro modo. La mujer, y sólo la mujer, es la que puede saber en absoluto cuánto dominio ejerce en el ánimo de los que la rodean en el seno de su vida privada, y por lo mismo, á ella es á quien hay que enseñarla el uso que debe hacer de ese dominio para labrar la felicidad de su familia. Así como no habria nada tan notoriamente perjudicial como una máquina de gran potencia, á la cual se la diera impulso no cuidando de dirigirla, pues destruiría, devorando entre sus brazos de hierro, cuanto estuviera á su alcance, así la influencia de la mujer, influencia que rara vez es nula, tiene necesidad de ser dirigida por una recta educacion, para que no vuelva sus fuerzas en contra de la sociedad.

Si tantos graves pensadores y moralistas como emplean sus vigilias en dar á luz nuevos sistemas filosóficos, con los cuales pretenden mejorar la humanidad y las costumbres, pensaran en estas sencillísimas verdades, lo primero, quizá lo único que aconsejarían en sus libros, sería la educacion moral, intelectual y religiosa de la mujer. Los libros, las ciencias, las acade-

mias, las discusiones filosóficas, la práctica de la vida y las condiciones sociales en que el hombre se encuentra, pueden afirmar su razón, ilustrar su entendimiento, corroborar sus creencias, elevar su carácter y acrisolar sus virtudes. Pero el gérmen de todas estas cualidades ha debido encontrarle en el seno materno; sólo la madre es la que posee la facultad de sembrar esos frutos que la sociedad, con sus mil recursos, puede sazonar.

El más absurdo, el más cruel de los contrasentidos que vemos puesto en práctica, es precisamente el que ha puesto la pluma en nuestras manos para tratar esta delicadísima materia.

Aunque siempre, con más ó ménos rapidez, según las condiciones en que se han encontrado los pueblos y las sociedades, la humanidad ha marchado hácia el progreso, porque tal es la voluntad é inexcrutables designios de la Providencia, no puede negarse que en nuestro siglo esa marcha es más veloz. En vertiginosa carrera hemos visto huir y desaparecer de entre nosotros multitud de errores y supersticiones que parecían destinados á vivir eternamente. Los conocimientos humanos han ensanchado su esfera de acción de un modo prodigioso. La palabra *progreso* se halla hoy en todos los lábios, y las artes, las ciencias y la filosofía se disputan el premio de la carrera, sin que pueda decirse quién lo merece más justamente. Ahora bien: ¿qué se ha hecho en medio de tan rápidos adelantos

para educar é instruir á la mujer? Se la ha permitido que lea novelas, que salga y éntre sin el obligado apéndice de la adusta dueña; que hable bien ó mal de muchas cosas que no entiende; que tenga libertad individual; que piense, y hasta que manifieste lo que piensa. Se la ha educado y educa con esmero para que represente su rango y su fortuna, sabiendo cantar, bailar, tocar el piano, vestirse con elegancia, prender con coquetería una flor ó un lazo en sus cabellos, y hacer con distincion y amabilidad los honores de una fiesta de familia.

Preparada moralmente con tan *sólidas* bases, no siendo más profundas ni más estables las que puede prestarle la educacion moral, religiosa é intelectual, que no dudamos en afirmar que es casi nula, entra la mujer en el lleno de sus deberes de madre, y aquí comienza lo absurdo y contradictorio.

Cuando, segun decimos antes, la palabra *progreso* está en todos los labios; cuando las tendencias filosóficas no parecen tener otro fin que mejorar la humanidad; cuando tanto se habla de la educacion moral y religiosa de los pueblos; cuando en religion, en moralidad, en política, en artes, en ciencias y en filosofía creemos haber adelantado tanto, que un paso más casi nos llevaria á la perfeccion, á la mujer, es decir, á la entidad más importante de la sociedad se la dejá vegetar entre las brumas de la ignorancia, olvidando las fatales consecuencias que tal sistema ha de traer ne-

ce:ariamente consigo. No creemos decir nada nuevo en estas líneas; pero no por eso hemos de retroceder. El hombre, según lo ha demostrado una experiencia tan antigua y prolongada como lo es la existencia del mundo, el hombre, repetimos, no es, no ha sido y no será otra cosa que lo que quiera la mujer; y siendo esta una verdad demostrada, la sola razón natural aconseja que, para perfeccionar la humanidad, lo primero que debe hacerse es perfeccionar á la mujer.

La influencia de la mujer en la sociedad empieza para el hombre en la cuna y concluye al borde de la tumba. No hay un solo día en la carrera de su vida en el que no esté sujeto por lazos invisibles á este débil sér, y todas sus acciones tienen necesariamente que llevar el sello que esta influencia les imprima.

¿Quién será el hombre que no conserve toda su vida algo de lo que en su mente de niño dejó grabado el cariñoso acento de su madre? No hay hombre fuerte ante las lágrimas de una madre, la súplica de una esposa, la sonrisa de una amiga ó la caricia de una hija. Desde las más heróicas virtudes hasta los más horrendos crímenes, todo lo puede conseguir la mujer, del hijo, del esposo ó del amante. Por eso es tan necesario que la educación moral y religiosa de un sér que tanto influye en el desenvolvimiento y marcha de la humanidad, sea sólida, recta y profunda.

La Providencia, en su sabiduría infinita, ha dotado á la mujer tan pródigamente de atractivos físicos y

morales, que con facilidad se comprende, á poco que se esfuerce la inteligencia, que en sus inmutables designios la reservó desde luego una importantísima mision que cumplir en la vida.

Despues de la debilidad fisica que atrae á la fuerza, dióla la dulzura que subyuga, la sensibilidad que cautiva, la ternura que vence y el sufrimiento que desarma. Si á todas estas cualidades uniese, por una perfecta y bien dirigida educacion, la prudencia en el consejo, la persuasion en la súplica, la resignacion en la adversidad, la dulzura en el mando y la dignidad en la obediencia, ¿cómo no habia de ser respetada, amada y obedecida? Pues bien; el hijo que ama, respeta, honra, obedece, escucha y sigue los prudentes consejos de una buena madre, necesariamente tiene á su vez que ser buen padre, buen esposo y buen ciudadano. De este modo, y por tan trillada senda, se llegaria á esa tan deseada perfeccion; porque si, desgraciadamente, se ven hijos criminales nacidos de padres virtuosos, como dá ramas torcidas y viciosas un hermoso tronco, esas son aberraciones de la naturaleza que no pueden establecer regla, ni aminorar en nada el poder del santo y benéfico influjo materno.

El hombre se forma en el hogar, como el niño en el seno de su madre, y sale deforme y vicioso del seno de la familia, si en ésta no vé buenos ejemplos que seguir y sanos consejos que le guien, como sale deforme el niño si su madre tenia una constitucion débil y

enfermiza. La influencia de la madre se sobrepone á todo: ni las lecciones del maestro, ni los consejos del preceptor quedan nunca tan grabados en la inteligencia del hijo como las tiernas máximas que, entre una caricia y una lágrima, le enseñó su madre cuando apenas podía comprenderla.

Las pasiones, las ideas, las aspiraciones de la humanidad son siempre las mismas. Lo que cambia es la forma, no la esencia. El corazón late hoy al impulso de los mismos sentimientos que ha latido siempre, por lo cual es el mayor de los absurdos creer que los adelantos materiales, y aun morales, nos llevarán al extremo de una libertad de espíritu, de una independencia absoluta, en la cual la inteligencia no sufrirá la presión de ninguna influencia. Si esto pudiera suceder, el mundo sería un caos inmenso; la sociedad dejaría de existir; no habría pueblos; no habría más que individuos, y esa tan anhelada perfección sería un imposible. Dios, demasiado grande, demasiado bueno, demasiado misericordioso, ha dispuesto las cosas de un modo tan perfecto, que el hombre no tiene que hacer más que ayudarse; y si Dios dispuso que el hijo amara, obedeciera y respetara á su madre; al hombre, á la sociedad, les toca hacer que la madre, sea un modelo digno de ser imitado, respetado y obedecido.

La educación religiosa, física, intelectual y moral de la mujer considerada como madre de familia, es tan necesaria para la marcha y desenvolvimiento de

la humanidad, que faltándola una sola de estas condiciones, cualquiera que sea, los resultados funestos se tocan necesariamente en un período brevísimo. En todos los pueblos y en todas las épocas en que la educación de la mujer ha sido descuidada en materias religiosas, la relajación de costumbres ha venido como consecuencia inmediata á viciar la sociedad lastimosamente. La religión es el primer lazo que, uniendo al Criador con la criatura, une después al hombre con el hombre.

Puede haber pueblos sin reyes, sin ciencias, sin artes, sin comercio, sin literatura, que vivan en la más completa ignorancia, desconociendo todos los ramos que abarca la civilización, no teniendo ni la idea más ligera de cuanto contribuye á formar las sociedades; pero no existe, no ha existido, ni podrá existir jamás un pueblo sin religión. Es que Dios se deja ver y sentir en todas partes; es que la idea de la Providencia, que vela por sus obras, es innata en el corazón del hombre, y sólo la corrupción y el vicio pueden hacer que esa idea se oscurezca en su espíritu. Por muy lejos que se vaya á buscar el origen del mundo y el principio de la sociedad del hombre con el hombre, como base de los pueblos primitivos, siempre se encuentra ante todo, y sobreponiéndose á todo, la idea religiosa. Poco importa que la forma fuese esta ó aquella para lo que nosotros tratamos de probar; el hecho es que la religión existía, existe y existirá, por-

que sin ella no existiría el mundo. Ahora bien; si la religion es el eje principal, la base, el cimiento de los pueblos, de la sociedad y de la familia, ¿qué cosa más lógica que desear que el eje, la base y el cimiento sean sólidos? Pues ni el padre, ni el tutor, ni el maestro pueden ejercer en el ánimo del niño la influencia necesaria para inculcarle las ideas religiosas con tanta seguridad de éxito como puede hacerlo una madre. Por lo tanto, á la mujer se la debe dar una perfecta educacion religiosa, tan sólida, tan clara y precisa que, empapado su espíritu en ella, comprenda en el deber que se halla de inculcarla en la tierna inteligencia de sus hijos.

La religion es la fuente constante de todos los consuelos. Con ella encontramos resignacion en la adversidad, humildad en la opulencia, moderacion en el mando, dignidad para obedecer, é indulgencia para con las debilidades de nuestros semejantes.

En la religion se encuentra la fé, la esperanza y la caridad. Con estas hermosas virtudes puede embellecerse la más penosa existencia, y la madre que diera á la sociedad hijos profunda y sólidamente religiosos, prestaria ella sola más servicios á la humanidad que todos los filósofos, pensadores y moralistas juntos.

Ya varias veces hemos explanado ó tratado de explanar nuestras ideas en este punto; por lo tanto, no nos creemos en la necesidad de repetir cuánto dista la religion del fanatismo, y precisamente la educacion

de la mujer en esta materia deja en nuestros dias muchísimo que desear. ¿Creen los padres, los tutores ó los maestros haberlo hecho todo enseñando á una jóven las fórmulas religiosas? Desgraciadamente no nos equivocamos al suponerlo así. La educacion religiosa que hoy recibe la mujer no tiene nada de sólida, y no puede suceder otra cosa siendo, como es, tan limitada su ilustracion intelectual. Para ser profundamente religioso, se necesita conocer á Dios, admirarle en sus obras, reverenciarle en sus insondables juicios, y obedecerle en sus decretos. La ilustracion del espíritu no puede ménos de llevarnos á este fin; porque ¿cómo sería posible conocer á Dios sin amarle y bendecirle á todas horas, viendo su infinita bondad, su inagotable misericordia y su paternal amor? A Dios, que es principio de todo bien, consuelo de todo mal y fuente inagotable de todas las venturas á que puede aspirar la humanidad, sería necesariamente á quien la madre religiosa encomendara la felicidad de sus hijos, prendá la más querida de su corazon; y como no hay madre que no desee ver dichosos á esos tiernísimos pedazos de su alma, ella les enseñaría á conocer y amar á Dios; es decir, á ser verdaderamente religiosos, con la esperanza de hacer su felicidad y su ventura.

El indiferentismo en religion ha sido siempre el más funesto de los síntomas que han anunciado la descomposicion social. Por él empezó la decadencia de la opulenta y sábia Grecia, haciéndola esclava de Roma,

que conservó su fuerza mientras tuvo su fé religiosa.

El resfriamiento de esa misma fé, la corrupcion de las costumbres, la relajacion de los lazos de la familia, lazos que tampoco pueden existir sin la verdadera idea religiosa, y por último, el fatal indiferentismo en religion, causó á su vez la ruina del más poderoso imperio del mundo, de esa misma Roma que habia sido la señora de todos los pueblos, que habia dado sus leyes á todas las naciones, y á la que habian rendido vasallaje todos los grandes de la tierra. Aún más cerca de nosotros tenemos tristísimos ejemplos de esta verdad. Por eso repetimos que uno de los primeros cuidados debe ser dar á la mujer, es decir, á la madre de familia, una educacion sólida y profundamente religiosa, como base de la prosperidad de los pueblos, y medio seguro de llevar á la humanidad por el camino de la tan anhelada perfeccion.

Para no confundir nuestras ideas, damos aquí por terminado el presente capítulo, dejando para los inmediatos el tratar de la unidad que debe reinar en la educacion física, moral, intelectual y material.

CAPITULO II.

Habiendo tratado ya, aunque de una manera harto concisa, de la necesidad que tiene la mujer de ser edu-

cada religiosa, física, moral é intelectualmente, res-tamos ahora ordenar este trabajo de modo que, probando cuán unidas están entre sí todas las partes que deben formar la educacion, hablemos sin embargo de cada una separadamente para no confundirnos ni confundir á nuestros lectores.

Ya en el capítulo anterior nos ocupamos de la educacion religiosa; y por ser materia de suyo tan delicada, redujimos á breves consideraciones todo lo que sobre tan importante asunto se le alcanzaba á nuestro limitadísimo criterio. Así, pues, pasemos al segundo punto, es decir, á la educacion física, ménos aislada de lo que parece á primera vista, de la religiosa, de la moral y del desarrollo de la inteligencia. «Dame un cuerpo sano y te daré un alma sana,» dice el proverbio, y por cierto que en ningun caso podrá ser aplicado este axioma con más verdad que tratándose de la mujer: La mujer, vaso frágil, naturaleza delicada, su buena ó mala constitucion necesariamente ha de influir de una manera directa en todo cuanto toque, empresa ó desempeño. La salud del cuerpo engendra la alegría y la tranquilidad del espíritu, y el espíritu tranquilo y alegre, está siempre dispuesto á la benevolencia y á dar en sí cabida á todas las ideas nobles, generosas y elevadas. Si fuéramos materialistas aduciríamos, sobre todas las demás razones en apoyo de lo que vamos á decir, que la conveniencia social, el aumento de poblacion sana y robusta, el desarrollo de

la riqueza pública y los adelantos materiales de la civilización están pidiendo, como de primera necesidad, la educación física de la mujer, como pide cuidados la tierra que ha de dar después sazonados frutos. Confesamos desde luego, que no son despreciables tales argumentos; pero aun podemos emplear otros de más peso y que respondan á miras más elevadas. Que el desarrollo de la inteligencia está íntimamente unido á la armonía física del individuo, es una verdad harto clara. Cuando alguna vez se produce un caso contrario, se le considera como un fenómeno, y se busca en vano la explicación en las causas naturales, pues como no está en ellas, se escapa á toda investigación.

Del perfecto desarrollo físico dependen, pues, además de la armonía y de la belleza, la feliz disposición del ánimo para la bondad de sentimientos, la mayor y más fácil aptitud para el cultivo de la inteligencia, y por lo tanto, las ventajas morales y materiales que reportaría una perfecta y acertada educación física en la mujer, saltan de tal manera á la vista, que ni siquiera es necesario tomarse el trabajo de enumerarlas.

Hemos dicho que si fuéramos materialistas aun encontraríamos razones más que suficientes para apoyar la necesidad que creemos tiene la mujer de ser educada físicamente. No siéndolo, como no lo somos, nuestras consideraciones pueden basarse en argumentos más sólidos aún que en las conveniencias sociales y materiales.

Si la mujer, en su relacion más íntima y necesaria con la sociedad, es decir, la mujer madre, es un ente cuya importancia está ya reconocida como superior á la del hombre por la influencia directa que ejerce sobre sus hijos, claro está que todas las deformidades ó bellezas físicas y morales tienen que reflejarse en la sociedad.

Un cuerpo endeble y una imaginacion enferma, sólo vástagos débiles puede producir, y sólo ideas enfermas, calenturientas ó exaltadas puede inculcar.

La educacion física de la niña, mirada hoy con tan culpable indiferencia, influirá mañana en todo lo más importante que encierre la sociedad. El escritor, el poeta, el hábil diplomático, el valiente guerrero, el entendido jurisconsulto y el profundo pensador, es decir, todo cuanto puede servir de eje y de palanca á la marcha del progreso humano, está supeditado á la organizacion débil ó robusta, de donde toma sus principios vitales; y todo habrá de resentirse física, moral é intelectualmente de la debilidad ó robustez de donde bebió las primeras aguas.

La inflexible lógica de la naturaleza nos hace ver diariamente que en vano se oponen á sus inmutables leyes los sofismas que nos inspira nuestro pobre orgullo. El olmo no dará peras jamás por muchos que sean los cuidados que le prodigue el agricultor. La madre enfermiza y de constitucion empobrecida por falta de desarrollo, no dará hijos robustos ni con felices

disposiciones para el cultivo de su inteligencia, por más que ayos, preceptores y maestros les prodiguen sus cuidados morales y materiales. Todas las ventajas que éstos adquieran con la educacion, tendrán siempre un lado débil, un punto vulnerable. Repetidísimas veces se ha visto una inteligencia brillante sufrir eclipses más ó ménos largos á consecuencia de una afeccion nerviosa, heredada de la débil constitucion de la madre. Grandes capitanes, hábiles calculistas, filósofos profundos, escritores de gran fama, banqueros, hombres políticos, y expertos gobernantes han estado y están sujetos á multitud de dolencias físicas y entorpecimientos morales, cuyo origen no habria necesidad de buscarlo más allá de su cuna. Lo que en la mujer, por efecto de su constitucion delicada, es una ligera dolencia nerviosa, por ejemplo, en el hombre se convierte en un carácter irascible, que por la más pequeña causa estalla en arrebatos de ciega cólera, llena de terribles consecuencias.

¿Por qué, pues, se descuida de tal manera la educacion física de la mujer? ¿Por qué encontrando muy natural que el hijo tenga el rostro parecido al de su madre, se ha de suponer que no participe en todo de ese mismo parecido? Cuanto sobre el particular pudiéramos decir, nada añadiria á lo dicho y á las consideraciones que están en la mente de todo el que piense. Así, pues, réstanos sólo indicar algunos de los inconvenientes que, segun nuestro juicio, tiene la li-

mitadísima educacion física que hoy se dá á la mujer.

Siguiendo en esto, como en otras muchas cosas que ya hemos indicado, el mismo sistema, á la mujer se la educa para ser un mueble más en la casa, un adorno en el salon, sin cuidarse para nada de su desarrollo físico, que casi siempre corre parejas con el cultivo que se dá á su inteligencia. La nulidad es el resultado natural del error en que está basado tal sistema. La mujer no necesita, se dice, ejecutar las fuerzas físicas: cuidemos sólo de que sea esbelta, distinguida, elegante, que tenga fina la mano, pequeño el pié, delgado el talle, y habremos conseguido que una jóven, por muy poco favorecida que haya sido por la naturaleza, se convierta en una mujer encantadora.

Para llegar á estos resultados, á la niña se la prohíben los juegos bulliciosos, se la reprende si corre demasiado, si salta, si se agita de manera que la sangre circule con rapidez y coloree sus mejillas; se presionan sus piecitos en un calzado hartamente estrecho é incómodo, de elevados tacones; se aprieta su cintura desde la más tierna edad; se la priva de cierta clase de alimentos que, si parecen groseros, son sin embargo sanos, mientras que se la prodigan otros, más que provechosos, nocivos. Por lujo unas veces, por vanidad otras, y algunas quizá por un exceso de cariño mal entendido, se acostumbra á vestir á las niñas de seda, cuando sería más conveniente quizá el linó ó la lana.

Por las mismas causas se las preserva del frio ó

del calor, del aire libre, de la atmósfera pura y vivificante del campo, criándolas como flores de estufa, destinadas á vivir y morir entre cristales. Jóvenes ya, cuando aun ostenta su rostro toda la frescura y toda la gracia que la naturaleza tiene reservada á esa feliz edad que se llaman *los quince abriles*, el uso de los cosméticos, de los perfumes y de esos mil venenos disfrazados que encierra el tocador, viene á destruir esa gracia, esa frescura, cerrando los poros, dando lugar á muchas y peligrosas dolencias que minan lentamente la salud de la mujer, mientras que los perfumes, desarrollando con exceso su sistema nervioso, hace de ellas un sér, no solamente nulo en muchos momentos, sino irascible, caprichoso y mal humorado, inútil para sí y para los demás, y con el doble inconveniente de que tal afeccion sea trasmisible á sus hijos, como lo son otras muchas contraídas del mismo modo y que ahora nos parece ocioso enumerar.

De este modo la naturaleza se empobrece, las madres de familia, colocadas en cierto rango social, no pueden criar á sus hijos, teniendo que confiarlos á manos mercenarias, á mujeres que, gracias á su pobreza y rusticidad, no han sido educadas físicamente y conservan la fuerza y la salud. Los niños crecen, pero llevan en sí el gérmen del empobrecimiento; se desarrollan lentamente, y la inteligencia y todas las demás facultades morales, si no se anulan, viven una existencia penosa y raquítica.

El carácter, los sentimientos, las ideas y los gustos, necesariamente han de seguir la misma marcha, y los resultados fatales no tardan en tocarse en la familia y en la sociedad.

Para dar á la mujer una educacion física que responda á las necesidades del importantísimo papel que ella representa en la humanidad, es necesario que, como en todos los demás puntos que abarca la educacion, se arranquen de raíz ciertas preocupaciones y ciertos errores; que se pongan los ojos en miras más elevadas; que se tenga en cuenta que la madre de familia tiene una mision que cumplir en la tierra que está por encima de todas las pueriles consideraciones de vanidad, y que si Dios permite que el hombre empequeñezca sus obras, es porque en sus errores halla el más verdadero y justo castigo.

De los errores de la educacion nacen, pues, todos los males que diariamente lamentamos, y como quiera que en una educacion perfecta todo está enlazado íntimamente, de aquí resulta que la educacion física y material influya tan directamente en la moral é intelectual. El tiempo gastado en el tocador, que es un robo hecho á la instruccion, tiene además el inconveniente de ser nocivo á la salud. La limpieza y el cuidado propios del aseo, no deben confundirse con el uso de los afeites, cosméticos y perfumes.

El ejercicio moderado que mantiene la salud y ayuda al desarrollo en las jóvenes, no es tampoco el que

se las obliga á que hagan en ciertos paseos, ni mucho ménos el que hacen en los bailes, en donde pierden un tiempo precioso que tan ventajosamente podrian emplear para instruirse.

Los trajes sencillos, elegantes y cómodos que además de favorecer á la belleza no perjudiquen al desarrollo material, no tienen nada de comun con las exigencias y exageraciones de la moda, que tan poco se cuida de la comodidad, y las más veces es ridícula, y sin otro mérito que el de su misma extravagancia y á la que se rinde culto sólo porque es variable.

En esto, como en todo, lo supérfluo sustituyendo á lo necesario, lo nulo á lo útil, es una aberracion de la que quisiéramos que la mujer saliera de una vez, y sobre todo aquellos que están encargados de su educacion.

Al hacer estas consideraciones, no nos dirigimos á ninguna clase de la sociedad exclusivamente, por más que nuestro libro lleve un título que parece determinarle así.

Las condiciones materiales en que hoy se halla colocada la sociedad, hacen casi insignificante la separacion, y todas las clases sociales se confunden en una cuando se trata de la ilustracion intelectual y sus efectos. La aristocracia, en constante roce con la clase media, deja ver á ésta el interior de sus palacios, y cuando no se asombra de su lujo, lo envidia y procura parodiarlo. Otro tanto hace el pueblo, que á su vez

toma de la clase media el patron para sus aspiraciones, y todo esto, que podia y debia ser un bien si la sensatez y la cordura presidieran á este natural deseo de elevarse, es un mal, porque cada cual toma del otro lo que puede perjudicarle.

En la educacion de la mujer, ya lo hemos dicho antes, es en donde más se deja sentir este funesto error.

Por una extraña fatalidad, sólo lo defectuoso de ella copian las clases inferiores á la superior. La aficion al lujo, la costumbre de pintarse y pasar lo mejor del dia en el tocador; la manía de ocuparse en labores fútiles y de ninguna utilidad; el perder el tiempo en visitas y paseos y no alimentar el espíritu con nada sério y verdaderamente provechoso, son achaques de la educacion femenina que la clase media copia con prodigiosa exactitud de la aristocracia, y desgraciadamente el pueblo, marchando sobre las huellas de los dos, reproduce muchos de estos errores, de los cuales paga las consecuencias más cruelmente, porque teniendo ménos base, vacila con mayor facilidad.

La educacion moral no sale mejor librada del naufragio. Nada sério, nada que lleve á la mujer al exacto cumplimiento de sus múltiples deberes, tiene que imitar el pueblo de las otras clases, porque no existe en ellas sino muy vagamente y de una manera incompleta; y en cuanto á la religiosa, el fanatismo y las exterioridades, ocupando el lugar del verdadero

sentimiento, del deber que el hombre tiene para con Dios, es lo único que en ella puede encontrar. De suerte que en todos ellos, las reformas de la educación femenina son igualmente necesarias.

A pesar de lo complicado que á primera vista parece todo lo que para la educación de la mujer debe hacerse, tenemos el convencimiento de que es fácil y hacedero si se toma con verdadero empeño y todos ponemos algo de nuestra parte.

El hombre, en quien antes que en nadie recaen las consecuencias, debe ser el primero en ayudarnos. La jóven es frívola, coqueta y amante del lujo, porque así cree agradarle más; que la pruebe lo contrario, concediendo su amor y su estimación á la modesta, sencilla y juiciosa, y todas querrán serlo.

Que los padres entiendan mejor el cariño y no extremen el lujo en sus hijas, despertando su vanidad por una pueril satisfacción, y más tarde no se verán sacrificados á las exigencias del tocador y de la modista; esto, en cuanto á la parte material. En cuanto á la moral é intelectual, que no se tenga tanto miedo á la mujer instruida y se convenza el mundo de que la ilustración, lejos de ser un peligro, debe y puede ser un guía para marchar por la senda del bien y de la virtud. Que mal puede huir el peligro quien no le conoce; que la ignorancia no es la inocencia, pues se puede ser supinamente ignorante y extremadamente malicioso. En una palabra; que la luz es la vida, es

la inteligencia, es el bien con todas sus grandes y elevadas aspiraciones, y Dios no puso en nosotros esa chispa divina que nos hace semejantes para que nos empeñemos en cerrar los ojos y no ver sus resplandores. El día en que estas verdades estén en la conciencia de todos y á la mujer se la eduque, se la instruya y se la ilustre, la humanidad habrá entrado en la verdadera senda del progreso y del mejoramiento. La madre, la esposa y la hija, ocuparán en el hogar y en la familia su verdadero lugar, y llenarán la altísima misión que Dios y la naturaleza la han confiado, cual es la de ser en su misma debilidad el más fuerte apoyo moral del hijo, del esposo y del padre.

Rayo de sol, alegrará con su dorada luz los días oscuros en torno de los que ame. Flor de esencia pura y delicada, embalsamará con la fragancia de sus virtudes el ambiente en el templo sagrado de la familia. Angel de paz y de amor, endulzará todas las penas y será fuente inagotable de todas las alegrías, que para todo esto tiene condiciones y facultades el alma sensible y entusiasta de la mujer, si esta sensibilidad, si este entusiasmo es bien dirigido por una sólida y acertada EDUCACION.



Esta obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias.

Los pedidos se dirigirán á Anllo y Rodríguez, calle del Olivo, núm. 6 y 8, librería, Madrid.

En la misma se hallan de venta las siguientes obras:

ESTUDIOS

SÔBRE LA

HISTORIA DE LA HUMANIDAD

POR F. LAURENT

Profesor de la Universidad de Gante, traduccion de Gavino Lizárraga.

Se han publicado los tomos I, que contiene «El Oriente.—II. La Grecia.—III. Roma.—IV. El Cristianismo.—V. Los Bárbaros y el Catolicismo.—VI. El Pontificado y el Imperio.—VII. El Feudalismo y la Iglesia.—VIII. La Reforma.»

Está en prensa el tomo IX que contiene «Las Guerras de Religión.»

Esta importante obra constará de 18 tomos y se publicarán los 9 siguientes sin interrupcion, cuyos títulos son: «Las Nacionalidades.—La Política real.—La Filosofia del siglo XVIII y el Cristianismo.—La Revolucion francesa, primera y segunda parte.—El Imperio.—La Reaccion religiosa.—La Religion del porvenir, y La Filosofia de la Historia.»

Formando cada tomo de esta publicacion una obra independiente, se venden sueltos al precio de 24 rs. en Madrid y 30 en provincias.

Los pedidos se dirigirán á los Señores ANLLO Y RODRIGUEZ, Calle del Olivo, núms. 6 y 8, librería.

MADRID.—Imp. de Enrique Vicente, Cuesta de Santo Domingo.

SOP
ARTI

IA
SAN

PAG. 145

PAGA 1.8

DUCA. CUI

PEPU. GAR

PREL. IO:

10 reales

Madrid

SP - 2734